



# ESTUDIOS

## JURIDICOS E HISTORICOS

POR

ANTONIO L. VALVERDE

DOCTOR EN DERECHO

PROFESOR DE LA ESCUELA DE COMERCIO

DE LA HABANA



HABANA

IMP. "AVISADOR COMERCIAL"

AMARGURA 30

1918

---

ES PROPIEDAD

---

## *A Luis Octavio Diviño*

---

*Te dedico este libro. No sé si tienen o no algún valor sus páginas; pero en todo caso, acéptalo como una expresión débil del cariño fraternal que desde el colegio nos profesamos, que no ha logrado entibiar el transcurso del tiempo, que con su lento y continuo avance, destruye cuanto existe sobre la tierra.*

*El Autor.*





# OBRAS DEL AUTOR

---

**Usufructo Vidual.** Derecho del cónyuge viudo a la sucesión del premuerto.

**De los Bienes reservables,** según los precedentes y cuerpos legales del antiguo derecho de Castilla, el Código civil vigente y la jurisprudencia. Con un prólogo del Dr. José A. del Cueto.

**Abordaje marítimo.** Estudio de Derecho internacional privado. Tesis para el Doctorado.

**La Intervención.** Estudio de Derecho Internacional público. Obra premiada por el Círculo de Abogados de la Habana. Con un prólogo del señor Rafael Montoro.

**Programa para explicar un curso de Historia del Comercio.**

**Compendio de Historia del Comercio,** para uso de las Escuelas Comerciales.

**Estudios jurídicos e históricos. Derecho de familia. La trata de chinos en Cuba. El estanco del tabaco en Cuba. Los imperios del Perú y México. Epoca precolombina. La prenda agrícola. La carrera comercial en Cuba.**

## EN PRERARACION

---

**Historia del Comercio de Cuba. 1492-1915.**

**El Comercio en la Edad Contemporánea.** (Europa, Asia y Africa).

**El comercio de América. 1492-1915.** (Excepto Cuba).



---

# Derecho de Familia

---

¿Hasta qué punto nuestra legislación civil, respecto a las relaciones de familia, es inadecuada a nuestro medio social? (1)

Lema:

“Toda época que vive de la ciencia de otra anterior, es una época decadente”.

N. Amaudi.

SUMARIO.—1. La sociología y el derecho.—2. El Derecho Romano.—3. La familia romana.—4. Las Partidas.—5. El Código Civil vigente.—6. El derecho de familia en el Código Civil.—7. Crítica de este derecho.—8. Conclusión.

---

1. Los fenómenos jurídicos constituyen una gran parte de los sociales, porque consisten en normas precisas que regulan las acciones más importantes de la vida; tienen por su naturaleza, un aspecto externo visible y mayor precisión que los fenómenos de la moral, de la conciencia pública o de los sentimientos sociales. Por estas dos razones el estudio del Derecho presta un gran auxilio a la Sociología y ejerce sobre ella una provechosa influencia. En tiempos pasados eran los jurisconsultos los escritores que

---

(1) Trabajo premiado en los Juegos Florales celebrados en la Habana, por el Ateneo, el 14 de Mayo de 1908.

**BIBLIOGRAFIA.**—Ortolan: Explicación histórica de las Instituciones del Emperador Justiniano.—Fustel de Coulange: La Ciudad Antigua.—Sumner Maine (trad. de Courcelle Seneuil): Ancient Droit.—Ardigó: La Moral de los positivistas.—Cimballi: La Nueva Fase del Derecho Civil.—Cogliolo: Estudios acerca de la evolución del derecho privado.—Pisanelli: Relación sobre el proyecto de Código.—Sánchez Román: La codificación civil en España.—Vigliani: Relación senatoria del Código Civil.

se ocupaban de investigaciones políticas y de observaciones sociales, pues de las disciplinas jurídicas sacaban sus conceptos, y este estado de cosas no ha desaparecido por completo, si bien la división del trabajo científico va formando una clase de hombres de estudio que se dedican únicamente a la indicación de las leyes sociales. Este positivismo, que es la dirección de la moderna sociología, apareció implícitamente en la ciencia jurídica al finalizar el Renacimiento italiano de los siglos XVI y XVII, y fué ampliamente aplicado en Alemania a principios del presente por la escuela histórica, que, bajo este aspecto, tiene una importancia filosófica que ha hecho resaltar Blas Brugu en un trabajo reciente.

2. Según un autor, Cogliolo, la evolución jurídica debe siempre responder a determinadas exigencias. Debe presentar, dice, una directa correspondencia entre las necesidades prácticas y económicas y las instituciones jurídicas. El derecho romano, según ese escritor, tuvo esos caracteres muy marcados. Su pausado desenvolvimiento, nos demuestra que no obedecieron las leyes que rigieron en Roma, al afán de legislar, ni a deseo de los gobiernos de promulgar preceptos legales. El derecho romano se fué formando paulatinamente según las exigencias de la época, del tiempo, de las circunstancias, del momento. Donde quiera que surgía una necesidad, allí venía el Pretor a satisfacerla por medio del edicto, y mediante estos edictos y leyes especiales, se fué formando el Cuerpo del derecho en aquel Pueblo. La evolución lenta y progresiva del derecho romano se nota, según se estudian sus leyes, pues en ella se va viendo, como un inmenso panorama, las costumbres de la sociedad, según las épocas que atravesaban, porque a cada tiempo, correspondían distintas costumbres, y a estas, distintas leyes.

El vasto campo del derecho romano, ha sido por mucho tiempo el lugar en donde han ido a estudiar los pueblos para buscar reglas de conducta. Algunos con verdadero acierto, otros con grandísimo error, porque, siendo el derecho regla de conducta, y rama importantísima de la ciencia social, es claro que no todas las leyes son aplicables a todos los pueblos, porque para ello se

debe tener en cuenta las costumbres, educación y medio dentro del cual se desenvuelve el pueblo a quien se va a aplicar la ley.

3. Por eso vemos que la familia, por ejemplo, en el derecho romano fundada en la religión del hogar, impuso al legislador sus leyes que nacieron de los antiguos principios que la constituían. La familia se componía del padre, de la madre y de los hijos, y por extensión de los esclavos y clientes. El padre, jefe superior de la familia, era también jefe superior de la religión doméstica, no reconociendo ningún poder superior en el hogar. Tenía el derecho de reconocer o rechazar al hijo cuando nacía; de repudiar a la mujer; de casar a la hija, traspasando la autoridad que sobre ella ejercía; de emancipar, excluyendo de la familia al hijo; de nombrar tutor a su hijo, y otros muchos derechos que correspondían exclusivamente al padre, incluso, por ejemplo, el de propiedad que era un derecho de familia. La personalidad de la madre desaparecía ante la autoridad del padre, hasta el extremo de que la mujer no tenía ni siquiera el derecho de divorciarse, y siendo viuda no podía emancipar ni adoptar, ni ser tutora de sus hijos, pues en caso de divorcio, el padre se quedaba con los hijos.

Hasta tal extremo era original el derecho de familia en Roma, que el padre, según afirma Gayo, podía vender a su hijo por el hecho de poder disponer de toda la propiedad que había en la familia, considerándose al hijo como una parte de ella.

Con el transcurso del tiempo ese rigor del derecho en la antigua Roma, se fué suavizando, pero no lo suficiente para que el "pater familia" siguiera con la facultad de Jefe superior y poseedor de todos los derechos que sobre los miembros que componían la familia existían. Por eso se dice con gran fundamento, que el vínculo de familia en el derecho romano no era el vínculo de la sangre, el vínculo producido por el matrimonio y por la generación, sino un vínculo de derecho civil, un vínculo de poder. La familia romana sin embargo, sufrió grandes modificaciones. En tiempos de Justiniano la patria potestad alcanzó importantísimas reformas; tanto con relación a los bienes, cuanto con relación a

las personas: el hijo de familia recibió una capacidad y una propiedad: su personalidad fué reconocida. El pretor, declarándose por los parientes de sangre, se inclinó en sus instituciones a darles cada vez más derechos de familia; senados consultos, constituciones imperiales, y la legislación de Justiniano cooperaron a ese objeto: por las novelas de este emperador, casi desaparece la familia antigua. A la familia política, siguió la familia religiosa, después la de derecho civil, y más tarde la familia natural.

4. Con razón dice un autor, que la victoria del Cristianismo marca el fin de la sociedad antigua. Pero poco influyó el cristianismo, en el progreso de la legislación. España sin embargo tuvo en sus primeros tiempos una eminentemente nacional por los Códigos Fuero Juzgo y Fuero Real que, de seguirse en su mayor parte, hubiera dado un gran impulso a la codificación del derecho. Postergados estos cuerpos legales con la gran importancia que se dió al Código de las Partidas, la legislación, o mejor dicho, el derecho, sufrió un grandísimo atraso. Las Partidas se infiltraron de ideas ultramontanas desconocidas en el derecho genuinamente español, a quién vino a reemplazar el elemento romano. Tal vez se diga que esas ideas eran hijas de aquella época y que el Rey Sabio no hizo otra cosa que darles forma y trasladarlas al Código; pero, esto no le excusa de las censuras, toda vez que el Fuero Juzgo y el Fuero Real existían cuando la promulgación de las Partidas. No hemos de negar nuestra admiración a éste Código, aunque no fuera nada más que por su perdurabilidad a través de los siglos. Sus leyes rigieron a España y sus colonias hasta ayer, pues el Código Civil que derogó la obra de Don Alfonso X, se promulgó en el año de 1889.

Un Código como el de las Partidas que se escribió en el año 1256 de la era cristiana, para una sociedad y costumbres que han totalmente desaparecido hace largos años y que estuvo rigiendo hasta el año 1889, es claro que sus disposiciones se hallen en completa disonancia con las ideas dominantes de nuestro tiempo. En lo que se refiere al derecho penal, es muy original: nada en absoluto de lo que dispuso es hoy apreciable. Respecto a la ma-

eria civil, nada resulta tan original como esa legislación de familia, para el siglo XIII y para una familia sui generis, rigiendo a instituciones del siglo XIX. El Código de las Partidas resultaba en este siglo, y sobre todo a fines de él, un cuerpo legal anacrónico e imposible de aplicación.

5. Poco adelantó al Códigos de las Partidas el Civil vigente. Fué su base fundamental la obra del Rey Sabio, con algunas modificaciones, especialmente en lo que respecta a la familia. que leyes especiales, como las de matrimonio civil y otras, se encargaron de suavizar un tanto la despótica autoridad del padre como jefe supremo, con relegación incomprensible de la madre.

El Código Civil no fué una obra original. El estado de la legislación española a su promulgación, requería una obra más científica, no sólo por su forma, sino también por su fondo. El derecho en aquella época era hijo de tiempos y necesidades que pasaron, muy distintas de los presentes, cuyas leyes formaban un conjunto abigarrado con las modernas, inspiradas en tendencias bastantes opuestas. Las legislaciones forales por otra parte, traían elementos extraños que no respondían a las necesidades de la época presente. Si a todo esto se une la copiosísima doctrina emanada de las sentencias del Tribunal Supremo de España que por su excesivo número y por la común aspiración que todas ellas ofrecían de ir borrando, hasta donde las leyes lo permitían, las diferencias entre tan variadas legislaciones y elementos contradictorios dentro de cada una de ellas y entre sí, son un nuevo testimonio de la imperiosa necesidad que había de acabar con este caos, promulgando un Código que se basara sobre las modernas tendencias del derecho.

La codificación del derecho español fué una obra lenta y laboriosa. No se atendió para ella a las necesidades de la época, costumbres de la sociedad en estos tiempos y tendencias modernas del derecho: fué una obra ecléctica, que se ocupó principalmente de no romper con las tradiciones del derecho antiguo, de conservar las instituciones, atendiendo no a su valor intrínseco, sino a su abolengo. Cada legislación especial de las que



regían en España, quiso conservar su sello especial, y vino, como era natural, la lucha de las regiones, y como consecuencia, las mutuas concesiones, saliendo de esto un Código, cuya revisión se pide sin cesar en libros y tribunas.

Tan se cree necesaria esa revisión del actual Código civil, que por algunos escritores se dice que no debe perpetuarse esta especie de interinidad y estado casi embrionario y mal zurcido de la legislación civil en que vivimos.

6. El derecho de familia según el vigente Código es en resumen anacrónico, con relación a las actuales tendencias de la sociedad moderna.

Establece el Código dos formas de matrimonio: el canónico y el civil y también las excepciones de matrimonio in articulo mortis, de conciencia y peligro inminente, determinando la capacidad de los contrayente, reconociendo como única forma de disolución el divorcio en cuanto a la suspensión de la vida común.

Los esponsales desaparecen del Código, y solo se les reconocen eficacia en cuanto a resarcir los gastos hechos por razón de matrimonio prometido.

Trae el Código una cuestión no tratada en la legislación anterior, cual es, la separación del régimen económico en el matrimonio, según este se contraiga a pesar de determinadas prohibiciones, tales como cuando el menor se casa sin licencia o consejo de quien deba dárselo; la viuda antes del tiempo que le marca la ley; el tutor o sus descendientes con los menores si no ha precedido la aprobación de las cuentas de la tutela. La mujer debe seguir a su marido. Es requisito indispensable para la celebración del matrimonio canónico la presencia del Juez municipal, con el fin de verificar la transcripción del acto en el registro civil. El matrimonio por medio de poder es válido, si antes de su celebración no se hubiera notificado al apoderado, en forma auténtica, la revocación del mandato.

Respecto a la sociedad conyugal, se establece que el marido es el administrador de ella, salvo en lo que respecta a los bienes

parafernales, cuyo dominio y administración corresponde a la mujer, a no ser que esta se los hubiera entregado bajo la fé de notario. Salvo estipulación en contrario, el matrimonio se considera contraído bajo el régimen de la sociedad legal de gananciales; siendo requisito esencial de las capitulaciones matrimoniales que estas se otorguen antes del matrimonio.

Una novedad trajo el Código: la dote obligatoria para el padre o la madre a favor de las hijas que se casen, consistente dicha dote en la mitad de la legítima rigurosa presunta, a no ser que la hija tuviera bienes propios equivalentes a dicha legítima. Esta disposición es completamente ilusoria, pues el Código prohíbe toda indagación en la fortuna del donante a pesar de que da reglas a los tribunales para hacer, en determinados casos, estas indagaciones.

La sociedad legal de gananciales empieza con el matrimonio, siendo nulo todo pacto en contrario, no siendo renunciable, sino en el caso de separación judicial.

Los hijos naturales en su concepto, sufren una gran modificación. La ley 11 de Toro se deroga, limitándose esa calidad a los que nazcan de personas que podían casarse al tiempo de la concepción; pudiendo hacer el reconocimiento el padre y la madre juntos, o uno de ellos, no pudiendo en este último caso, revelar el que reconoce el nombre del otro. La investigación de la paternidad se prohíbe, salvo los casos de sentencia dictada en actuaciones civiles o criminales, o resulte de documento indubitado del padre o la madre.

La patria potestad la ejerce el padre y en su defecto la madre, con apoyo de la autoridad gubernativa o la del juez municipal para la reclusión de los hijos en establecimientos o imponerles castigos. La madre pierde la patria potestad sobre sus hijos cuando contrae segundas nupcias y el marido premuerto no la ha autorizado. Silencia el Código los modos de perderse la patria potestad que establecía la legislación anterior, consistente en cambio de naturalidad del padre, dignidad del hijo y profesión religiosa. Hay también el caso de

pérdida de la patria potestad, ordenado por los tribunales, cuando el padre trate con dureza a sus hijos, o les dieren órdenes, consejos o ejemplos corruptores.

Respecto a la adopción se capacita a la mujer para adoptar, puesto que no se le prohíbe como en el antiguo derecho, y no se establecen derechos hereditarios entre adoptantes y adoptado, a menos que en la escritura de adopción se haya obligado el primero a instituir heredero al segundo.

Los alimentos se fijan en lo indispensable para el sustento, habitación, vestido y asistencia médica, y la educación o instrucción del alimentista cuando este es menor de edad, declarándose recíproca la obligación entre los cónyuges, ascendientes y descendientes legítimos, padres e hijos legitimados por concesión real, y los descendientes legítimos de estos, padres e hijos naturales reconocidos y los descendientes legítimos de estos, y en términos más reducidos los padres y los hijos ilegítimos que no sean naturales, que por defecto físico o moral o cualquiera otra causa que no sea imputable al alimentista no pueda este procurarse la subsistencia. Expresamente declara el Código que los alimentos no son renunciables ni transmisibles a un tercero ni compensables, por lo que el alimentista deba al que ha de prestarlos, pero sí son compensables y renunciables las pensiones alimenticias atrasadas, las cuales pueden transmitirse.

Respecto a la tutela de los menores, suprime el Código la curatela y unifica la institución bajo el nombre de tutela, desempeñada por un solo tutor, por regla general. Al lado del tutor se crea la institución del protutor, que tiene atribuciones propias entre otras, la de suplir al tutor en los casos de incompatibilidad de intereses entre este y el menor o incapacitado, sustituyéndose así al antiguo curador ad litem. Reconoce el Código la tutela testamentaria, la legítima y la dativa, si bien el tutor de esta última especie, ha de ser nombrado por el Consejo de familia, creación ésta también del vigente Código. Este consejo compuesto de parientes hasta el número de cinco o por vecinos honrados, tiene carácter deliberante, sustituyendo en

muchos casos a los jueces de Primera Instancia en ciertos asuntos de los menores e incapacitados. El tutor no puede ejercer su cargo sin inscribir antes su nombramiento en el registro de tutelas: esta es una de las novedades del Código.

El recurso extraordinario de restitución in tegrum ha sido suprimido.

7. Del examen suscito que hemos hecho del derecho de familia, se ve claramente, que el Código Civil se redactó exclusivamente atendiendo a la sociedad española, y si hemos de decir la verdad desnuda, se inspiró simplemente en consideraciones de orden personal. El eminente jurisconsulto señor Alonso Martínez que había acariciado por largos años la idea de ser él el autor de la codificación del derecho español, aprovechó la oportunidad que se le presentaba y ayudado eficazmente por el señor Romero Girón, presentó a las Cortes el Proyecto de Código y lo sacó adelante. Poco importaron las protestas de los hombres de ciencias, que como el señor Comas, pedían una tregua para que ese Proyecto se revisara, se corrigieran sus erratas, se le quitaran los preceptos contradictorios que tenía, se aclararan algunos de sus artículos, en una palabra, se corrigiera su estilo, que resultaba hasta en algunos casos anti-gramatical; todo fué en vano. Se acordaron unas pequeñas correcciones, y se promulgó el Código por la ley de veintiséis de Mayo y Real Decreto de 24 de Julio de 1889.

¿Se dictó el Código Civil atendiendo al estado social y político de aquella época? Hay forzosamente que contestar negativamente. Con razón, dice un autor, que toda la edad media y aún toda la edad moderna han vivido del derecho romano. Algunas influencias se han ejercido sobre él y lo han modificado más o menos profundamente; pero las mismas legislaciones nacidas de la revolución francesa, no lograron emanciparse de aquel derecho, aunque lo reformaron por virtud de ciertas tendencias individualistas, muy en boga en aquellos tiempos.

Más hemos llegado a un punto en que parece, continúa diciendo el citado autor, haberse olvidado el derecho romano,

en que por otra parte lo encontramos falto del ambiente que necesita la vida moderna estrecho para los horizontes que nos anuncia el porvenir, y empieza a sentirse la necesidad de nuevos moldes, de nuevos principios, de métodos nuevos. Parece que estamos a la puerta de un período histórico en que el derecho toma tonos nuevos y la ciencia del derecho primero, y las legislaciones más tardes, van a constituirse de un modo enteramente original y propio.

Una de las instituciones que mayor reforma necesita en nuestro Código vigentes es el matrimonio. El legislador español tuvo un solo criterio en este asunto: el que estableció el Código en sus artículos 42 y siguientes: es decir, se reconoció dos formas de matrimonio, el canónico y el civil. Constituidos nosotros en República, hemos variado dos veces de 1898 a la fecha, la forma de esta institución, estableciendo el matrimonio civil para todos, sean católicos o no, y después se volvió a la dos antiguas.

Es evidente que la sociedad cubana es eminentemente religiosa. Contra su costumbre no se puede ir, y así hemos visto que una inmensísima mayoría de todos aquellos a quienes se les obligaba celebrar matrimonio civil, lo contraían con arreglo a los cánones del Concilio de Trento, respetando así las ideas de sus antepasados. Aún aquellos que blasonan de libre pensadores, cuando contraen matrimonio, ellos o sus hijos, lo han contraído canónicamente.

Es indudable que nuestra legislación en esta materia necesita una reforma radical. El matrimonio debe ser una institución eminentemente civil, teniendo en cuenta las múltiples relaciones de orden civil que entraña antes y después de su celebración. Esa indecisión misma que se nota en nuestra legislación a favor unas veces del religioso puro y otras del civil, demuestra que va abriéndose camino el aspecto civil de esta institución. Por eso dice Vigliani, que el matrimonio constituye "una gran institución social que nace de la voluntad

del marido y de la mujer, más recibe de la sola e inmutable autoridad de la ley, su forma, sus normas y todos sus efectos”.

Nos llevaría muy lejos si examináramos aquí la naturaleza contractual del matrimonio, refutando las teorías, entre ellas las de Pisanelli, que no admite esa naturaleza, por que según él son esencialmente distintos estos dos hechos: la venta de un terreno y el matrimonio.

La evolución actual que se nota en la sociedad cubana, hija de su mundialidad, si se nos permite la frase, nos demuestra también la evolución que se opera en el matrimonio. Tal vez se nos diga que esa evolución es ficticia y que obedece a corrupectela en las costumbres; pero sea cual fuere la causa, resulta un hecho incontrovertible, que no existiendo entre nosotros, por ejemplo, el divorcio, lo hayamos establecido de hecho. Y tan es esto cierto, que más de una vez se han planteado en nuestros tribunales de justicia, la validez o nó de esos matrimonios, y siempre ha quedado el caso sin solución.

La institución del divorcio, mientras se concilie y sea consecuencia legítima de la índole contractual de matrimonio, no contradice para nada el oficio de función e institución social que éste representa. Desde el momento que desaparecieron las causas que dieron origen y motivo al matrimonio, debe este cesar. No queremos decir con esto que el mutuo consentimiento e incompatibilidad de caracteres entre los cónyuges, sean causas de divorcio: estas deben obedecer a causas de reconocida gravedad.

Claro está que la indisolubilidad del matrimonio representa el ideal de la sociedad doméstica, pero esto no es óbice para que la ley lo consagre como un contrato puramente civil. Consistiendo esencialmente la esencia de este contrato en la libertad del querer, es evidente que en aquella sociedad doméstica en donde el ideal de la indisolubilidad esté fuertemente arraigado por costumbre tradicional, allí poco importará que la ley consagre el carácter contractual del matrimonio, porque

mientras duren esos ideales, perdurarán las ideas de perpetuidad en el vínculo matrimonial.

La sociedad cubana, es indiscutible que evoluciona. La guerra de independencia la ha precipitado rápidamente y busca campo donde desenvolverse. No somos partidarios de reformas radicales; pero sí estamos dispuestos a aceptar las modificaciones que el variar del tiempo aconseje, porque como dice un notable escritor, Cimbali, ningún sistema, ninguna institución, ningún organismo científico, artístico, social, aunque tenga el sello y la consagración de los siglos, se considerará como sagrado e inviolable, por que todo cae y se transforma bajo el martillo inexorable de la crítica, bajo el impulso irresistible de nuevas necesidades.

La reforma de la institución matrimonial se impone, pero hay que confesar paladinamente que es una reforma que requiere mucho acierto, mucho cuidado. Deben jugar en ella elementos de suma importancia, que el legislador por sí solo no debe afrentar. Institución eminentemente social y que, responde fisiológicamente a determinados fines, habría que establecerla en condiciones que respondiera a su objeto.. A esto debe ir indispensablemente unido la idea de la disolubilidad del matrimonio. Estamos por eso conformes con un autor que establece, como causas de esa disolubilidad, el delito, la infidelidad, vicios profundos e incurables, aversión completa e invencible, producto de causas graves y permanentes, "porque esas vienen a romper la solidaridad del vínculo conyugal, abriendo un abismo entre los esposos que hace absolutamente intolerable la vida matrimonial, irreconciliable los ánimos".

Nos llevaría muy lejos si expresáramos nuestro criterio respecto a los efectos del divorcio. Mucho se ha escrito sobre ellos y se nos hace difícil condensarlos en estas cuartillas. Pero es lógico suponer que roto el vínculo, cada cónyuge recupera su libertad, como si uno para el otro hubiera muerto: esta es la mejor idea que se puede dar del asunto. El problema de los hijos es el más árduo; pero como nosotros no admitimos la di-

solución del vínculo por mutuo acuerdo, es claro que los hijos deben quedar al abrigo, mientras lo necesiten, del cónyuge inocente. Para los hijos varones, en estos casos, nosotros aconsejaríamos una mayoría de edad más prematura.

Otras de las instituciones que no responde a nuestro medio social, es la del Consejo de familia para la guarda de los menores. Institución exótica en nuestro derecho, pues aunque se quiera traer su origen de la junta de parientes de que nos habla la ley de 20 de Junio de 1862, es un punto fuera de toda discusión, que dicho Consejo de familia fué un calco del Código francés, que en muchos casos sirve de molde a nuestra actual legislación. ¿Quién no conoce la manera de funcionar nuestros Consejos? ¿Quién no sabe que en todos ellos hay siempre una o dos personas que son las que hacen y deshacen a su antojo con la benevolencia o indiferencia de los demás miembros? Raro, muy raro, es el Consejo de familia que celebra sesiones. Se extiende, casi siempre el acta, y los vocales se enteran de ellas, cuando se les recoge las firmas.

Y es que esa institución no ha entrado aún en nuestras costumbres. La familia cubana es unida, está constituida, en tesis general, en el afecto intenso; es, si se permite la frase aunque parezca una paradoja más “doméstica” que cualquiera otra, y además, somos, y este es uno de nuestros defectos capitales, indiferente a todo aquello que no sea nuestro hogar, nuestra familia. Quizás por esto, el Consejo de familia no responde, entre nosotros, a sus fines. Si el Consejo está formado por parientes allegados al menor, confiamos en un todo, en el tutor, y encontramos bueno, todo lo que hace, por que consideramos ipso-facto, que debe cumplir bien con su encargo. Si por el contrario el Consejo lo forman personas extrañas, estas han ido a él, no por cumplir un deber social, sino para hacerle un favor al tutor, que como amigo de ellos, se los ha pedido.

La práctica se ha encargado de demostrar que es completamente inadecuada la institución del Consejo de familia. Desapareciendo de la legislación, vendría a ser sustituida por



la voluntad del padre o de la madre expresada en el testamento, quien designarán tutor a su hijo. Si el padre o la madre no se cuidan de esto, el pariente más cercano vendría a serlo, estableciéndose, en uno y otro caso, acciones de remoción de tutores.

¿Quién puede asegurar que el régimen dotal que establece el Código es incompatible con nuestras costumbres? ¿Cuántos casos de dotes se ven en nuestra sociedad? Tan raros son, que nosotros no hemos visto una sola escritura de dote, lo mismo que de capitulaciones matrimoniales. Pero no nos hemos de detener en esta materia, porque hay algo en estas instituciones que escapan al concepto que nosotros tenemos del derecho de familia que debe solo comprender las relaciones de carácter personal que integran el hogar, pero no las de carácter económico.

De la patria potestad, poco tenemos que decir: salvo uno que otro precepto exótico, los demás responden a nuestras necesidades. En la organización de nuestra familia no se concibe, sino por motivos excepcionadísimos, de los que aún nosotros no conocemos ninguno, que el padre en apoyo de su autoridad llame en auxilio el de la gubernativa para la retención y reclusión de los hijos en establecimientos de instrucción o en institutos legalmente autorizados, y la del Juez Municipal para imponerles hasta un mes de detención en el establecimiento correccional destinado al efecto. ¿Se concibe entre nosotros este precepto?

Por fortuna ha sido derogado por la Orden número 219 de 1900.

Es también otro precepto, cuya explicación satisfactoria es difícil hacer, la pérdida de la patria potestad de la madre cuando contrae segundas nupcias. Las madres cubanas no necesitan esta cortapisa. Hemos visto más de un caso en que la madre en lucha con sus hijos del primer matrimonio y su segundo marido, se ha inclinado abiertamente a favor de los primeros. Y la mejor razón de que el precepto es inadecuado, está en que siempre, con muy rarísimas excepciones, se nombra tutor de

los hijos, o al padrastro o a un pariente que hace y deshace lo que a la madre se le antoje.

La materia de alimentos y la determinación de los hijos naturales, son cuestiones sobre las cuales no cabe decir nada. Y no en orden a nuestra sociedad, sino en consideración a las nuevas tendencias del derecho social, debería sufrir importantes reformas. Hay que confesar que nuestro Código reconoce un principio que merece nuestro sincero aplauso: el de la investigación de la paternidad, cuando los hijos tienen la condición de naturales.

8. La obra de los modernos legisladores, dice un escritor, completamente consagrada a aliviar las condiciones materiales de la sociedad y a estudiar con inteligente amor, aquellas reformas que mejor puedan contribuir a restaurar la armonía y el equilibrio en medio de las luchas y de las vivas disidencias de las clases sociales, olvida demasiado las condiciones morales. Se quiere regenerar al hombre en las varias manifestaciones de su actividad, y no piensa en tanto regenerar antes las causas permanentes de esta.

La sociedad cubana está, repetimos, en un período de álgida evolución. Necesita códigos que se adapten a ella y no los que nos rigen, que en su inmensa mayoría, han sido redactados para otros tiempos y para otra sociedad.

Hay que traer a nuestra legislación elementos, hechos e instituciones sustraídos hasta ahora a la sociedad cubana, para hacer una legislación adecuada a nuestro medio social.

Mucho tendríamos que escribir sobre el tema: el plazo es corto y la materia muy extensa; y nada nos parece más adecuado para terminar estos ligeros apuntes, que copiar estas palabras del Sumner Maine: "La causa más grande de los errores en las cuestiones de derecho está en la que los motivos que nos determinan hoy a mantener una institución existente tienen, necesariamente, algo de común con los sentimientos que en otro tiempo la crearon".





## La trata de chinos en Cuba

---

El día 23 de Septiembre de 1817 se firmó en Madrid, entre la Gran Bretaña y España, un tratado para la abolición del tráfico o comercio de negros africanos. Este tratado fué la realización de las promesas consignadas en el artículo segundo del firmado entre esas mismas naciones, el día 5 de Julio de 1814. En este artículo se consignó que “siendo conformes enteramente los sentimientos de su Majestad católica con los de su Majestad Británica, respecto a la injusticia e inhumanidad del tráfico de esclavos, su Majestad católica tomaría en consideración con la madurez que se requería, los medios de combinar estos sentimientos con las necesidades de sus posesiones en América. Su Majestad católica prometió además prohibir a sus súbditos que se ocuparan en el comercio de los esclavos cuando fuese con el objeto de proveer de ellos a las islas y posesiones que no pertenecieran a España, y también el impedir por medio de reglamentos y medidas eficaces, que se concediera la protección de la bandera española a los extranjeros que se emplearan en este tráfico, bien fuesen súbditos de su Majestad Británica, o de otros estados o potencias.”

Estas promesas o estipulaciones se llevaron a vías de hechos en el citado convenio de 1817, estipulándose en el artículo primero lo siguiente: “Su Majestad católica se obliga a que el tráfico de esclavos quede abolido en todos los dominios de España el día 30 de Mayo de 1820, y que desde esta época en adelante no será lícito a ningún vasallo de la corona de España

el comprar esclavos o continuar el tráfico de esclavos en parte alguna de la costa de Africa, bajo ningún pretexto ni de ninguna manera que sea; bien entendido, sin embargo, que se concederá un término de cinco meses desde dicha fecha de 30 de Mayo de 1820, para que completen sus viajes los buques que hubiesen sido legítimamente habilitados antes del citado día treinta de Mayo." Por este tratado el tráfico de negros debía terminar el 30 de Mayo de 1820, y cesar la introducción de esclavos a los cinco meses contados desde esa fecha. La medida fué de gran trascendencia para el mundo entero; pero influyó en la Isla de Cuba de manera tan especial, que casi se puede decir, que ella tuvo su aplicación concreta en dicha Isla.

\* \* \*

Con relación a la América, tuvo la esclavitud en el siglo XV un fundamento económico muy marcado: la aplicación de la ley que establece el principio de que el máximo de utilidad debe obtenerse con un mínimo de esfuerzo. El esclavo representaba este esfuerzo, y se le consideraba como un poder igualado a cualquier otro instrumento destinado a la producción, gastándose en él lo que era exclusivamente necesario para su **entretenimiento**.

Por estas razones la esclavitud de los negros quedó tan íntimamente ligada a nuestro movimiento económico que no es posible hablar de su desarrollo con anterioridad al año 1820, sin ocuparse conjuntamente de aquélla. La fabricación del azúcar de caña, se consideraba factible, porque existía la esclavitud: sin ella se estimaba casi imposible su existencia. Hasta tal extremo se discurría sobre este punto, que Arango y Parreño en su conocido "Discurso sobre la agricultura de la Habana". (1) enumera entre los inconvenientes que impedían el desarrollo de la industria azucarera, el valor crecido que tenían los negros

---

(1) Obras de D. Francisco Arango y Parreño. Tomo I.

esclavos y los utensilios en el mercado, lo que hacía imposible la competencia con los portugueses, ingleses y franceses, quienes además de obtenerlos a más bajo precio, gastaban menos en mantenerlos y los hacían trabajar más. Así se ve que en tiempo de don Luis de las Casas, este pidió consejo al Real Consulado sobre la necesidad o no de fomentar en la Isla la colonización de negros, celebrando aquella Corporación sesiones con asistencia de todos los propietarios, hacendados y comerciantes, tratándose en ellas del problema, oponiéndose el Marqués de Casa Peñalver a la introducción de más negros, combatiéndole don Francisco Arango y Parreño, cuya opinión prevaleció.

Era, pues, la población negra el elemento casi único de que se valía el hacendado para fomentar las industrias del país, y especialmente la azucarera. Cuando se firmó el tratado del año 1817, el censo de población de la Isla de Cuba arrojaba las siguientes cifras: blancos, 239,830; de color libres, 114,058; de color esclavos 199,145. Estas cantidades nos dan a conocer que en ese año de 1817 la población blanca en Cuba era inferior a la negra en 73,373 personas. Si observamos los censos anteriores de 1774 y 1792, veremos que según el primero la población blanca era de 96,440 y la negra, comprendiéndose a libres y esclavos, de 75,180, y según el segundo la población blanca ascendía a 133,559 y la negra a 138,742, notándose ya una diferencia a favor de ésta de 5,183. (2)

Por esta somera exposición que acabamos de hacer, se comprenderá que no era muy beneficiosa a Cuba la colonización de negros africanos, pues de continuar en la forma que indican los censos de los años 1792 y 1817, poco a poco iría desapareciendo la población blanca o fundiéndose con la negra, como ya se nota en el censo de este último año en el cual aparece una población mestiza o de mulatos, ascendente en total, sin distinguir entre libres y esclavos, a 92,184 individuos.

El tratado de 1817, prestó como se ve, no sólo un servicio

---

(2) Pasarón, "La Isla de Cuba considerada económicamente".

a la humanidad suprimiendo la trata de negros, sino que favoreció extraordinariamente la población de Cuba, impidiendo el progreso creciente que desde 1792 se notaba a favor de la población negra.

Pero, a pesar de este convenio, la trata de negros africanos no desapareció por completo. Parece natural que después de él, la raza negra no tuviera más aumento que el originado por la reproducción; y es lo cierto que conforme al censo del año 1827 la población blanca era de 311,051 y la de color entre libres y esclavos, de 393,436, es decir, que esta población se aumentó en 80,233. De esta cifra habría que rebajar la de 57,514 que corresponde a la raza mestiza o mulatos, quedando para la raza negra pura la cantidad de 22,719. En los censos sucesivos de los años 1841 y 1846, aparecen, con relación al primero, una población total de 1.007,624 habitantes, de los cuales 418,291 son blancos y el resto de 589,333 eran negros, correspondiendo de esta cifra la de 149,553 a un aumento en la población de negros esclavos. Con respecto al año de 1846 resulta un total de 898,752 habitantes, siendo blancos 425,767 y negros 472,985. En este año la población disminuyó en 108,872 habitantes, aumentando la blanca en 7,476 habitantes y disminuyendo la negra en 116,348.

No cortó, pues, el tratado de 1817 el tráfico de negros: se siguieron introduciendo furtivamente para satisfacer las exigencias de la agricultura. No concebían nuestros hacendados el trabajo de los campos, sino utilizando al esclavo; así es que una vez que se hizo imposible la entrada del negro se buscó otro que lo sustituyera. Se pensó entonces en el chino, disfranzándolo con el nombre de colono. En los catorce años que corrieron desde 1827 a 1841, según hemos visto, los esclavos se aumentaron en 149,533; pero las penas que establecía la ley de 1845, (1) promulgada por Isabel II en 2 de Marzo, hizo, sin duda algu-

---

(1) Zamora, "Legislación Ultramarina".

na, que esa enorme cifra disminuyera en 1846 a 112,736, resultando en 1849 un aumento insignificante de 138 individuos.

Desde el año 1845 en que parece cesar la trata de negros, el comercio de la Isla tuvo una merma considerable, pues sus exportaciones alcanzaron sólo la suma de 18.792,872 pesos dos y medios reales, habiendo ascendido ésta en el año anterior a la cantidad de 25.426,591 pesos uno y medio real. Despues de este año las exportaciones sufren diversas fluctuaciones, alcanzando estas cifras: en mil ochocientos cuarenta y seis, 22.000,568; en mil ochocientos cuarenta y siete, 27.998,770; en mil ochocientos cuarenta y ocho, 26.077,098; en mil ochocientos cuarenta y nueve, 22.436,556 y en mil ochocientos cincuenta, 2.631,948 pesos. (1)

Estas alternativas de las exportaciones correspondían casi siempre con la baja o alta de las exportaciones de cajas de azúcar, (2) observándose que en 1846 se exportaron 987,742 cajas; en mil ochocientos cuarenta y siete, 1.274,811; en mil ochocientos cuarenta y ocho, 1.228,718; en mil ochocientos cuarenta y nueve, 1.099,884, y en mil ochocientos cincuenta, 1.249,613. Las demás producciones de la Isla, que constituían los artículos principales de su riqueza, como miel de purga, aguardiente, café, mineral de cobre y tabacos en rama y elaborados, poco fluctuaban.

Y es que en Cuba se fijó la atención en el azúcar, desde los primeros momentos, y se hizo de este producto su principal artículo de comercio. Ese aumento que se nota en las exportaciones, acentuado especialmente durante los años de 1847, 1848 y 1850, no pudo consistir exclusivamente en el esfuerzo material de los trabajadores, sino que en esa época empezaron a recibirse en el país numerosas máquinas de vapor para la fabricación del azúcar, reemplazando con creces el trabajo bracero.

No lo creyeron así los hacendados, quienes desde el año 1847 empezaron a lamentarse de la falta de brazos que para el

---

(1) "Balanza general del comercio de la Isla de Cuba en 1850".

(2) La caja de azúcar contenía 16 arrobas poco más o menos.



cultivo de la caña y fabricación del azúcar había traído la supresión del tráfico negro.

Todas las tentativas que se hicieron para traer colonos blancos, fracasaron; y así se observa que la Real Junta de Fomento tuvo la iniciativa en el año 1847 trayendo, para sustituir a los negros africanos, las primeras importaciones de chinos. La Real Orden de 3 de Julio de ese año, aceptó lo propuesto por la citada Junta, y al mismo tiempo dictó reglas para la inmigración de esos nuevos colonos, nombre éste con el cual se disfrazó a los nuevos esclavos. Esta empezó con una contrata o asiento celebrado por la Real Junta de Fomento con don Julián de Zulueta para traer 600 chinos, cuyo pensamiento encontró plausible el gobierno de España “por haber acreditado la experiencia que esos colonos eran dóciles, laboriosos, frugales, morigerados y duros para las fatigas del cultivo de la caña.”

La esclavitud de los negros renacía con la de los chinos. A éstos quisieron aplicarles los mismos procedimientos y fueron considerados tan esclavos como lo eran los negros africanos. Así se observa que en el Reglamento del gobierno dictado para el manejo y trato de los colonos asiáticos de 10 de Abril de 1849, (3) se consignaron disposiciones de carácter inquisitoriales, impropias para colonos libres. Ese Reglamento se dictó según el mismo expresa en su preámbulo, porque “los hacendados comenzaron bien pronto a tocar obstáculos en la manera de tratar y manejar la raza asiática, ya porque constituía un elemento nuevo y desconocido en el país, ya por que se carecía de reglas para darles dirección al lado de otra, sujeta a disposiciones muy especiales.” Acostumbrado el hacendado a tratar al negro como esclavo, no supo tratar al chino como libre, y lo sometió también a la esclavitud.

En ese Reglamento se le obligaba al patrono o dueño, que iniciara a los chinos en los dogmas de la religión católica, enseñándoles además respeto y obediencia a las autoridades. Se les

---

(3) Erenchun, “Anales de la Isla de Cuba”. 1855.

fijaba como salario la suma de cuatro pesos al mes, a más del alimento que se hacía consistir en ocho onzas diarias de carne salada o bacalao y libra y media de plátanos, boniatos u otras raíces alimenticias, y de dos **mudas** de ropa anualmente, una frazada y una camisa de lana. Si el chino se enfermaba, y su dolencia duraba más de quince días, perdía el salario mensual de cuatro pesos. Diez asiáticos en un mismo fundo requerían la dirección de un mayoral blanco que los cuidaba y vigilaba. Existía en ese Reglamento el artículo 11 que decía así: “El colono que desobedezca la voz del superior, sea resistiéndosele al trabajo, sea cualquiera de sus obligaciones, podrá ser corregido con 12 **cuerazos**; si persiste con 18 más, y si aún así no entrase en la senda del deber, se le pondrá un grillete y se le hará dormir en el cepo.” En el artículo 12 se hacía subir el castigo a 25 **cuerazos**, si la resistencia era de dos o más colonos, haciéndoles llevar grilletes y dormir en el cepo durante dos meses. Si el chino se fugaba perdía su salario, y llevaba el grillete por dos meses, por cuatro en caso de reincidencia y por seis en la segunda, durmiendo en todos los casos en el cepo. El prófugo estaba obligado a pagar al amo cuatro reales diarios y además los gastos hechos para su restitución. Esto demuestra que no fueron los chinos menos esclavos que los negros.

La introducción de los primeros chinos hecha en el año 1840, no dió resultado, porque se tropezó con el inconveniente que no podían ser tratados como se trataban a los bozales de Africa. Sin embargo, a la Real Junta de Fomento se remitieron varios informes, unos favorables y otros contrarios, de los principales hacendados de la Habana, sobre la conveniencia de fomentar en Cuba la inmigración de chinos, encontrándose entre los primeros de esos informes, el de don Francisco Diago, de 17 de Octubre de 1851, en el que consignaba que los colonos asiáticos que tomó en 1847 en el reparto que hizo la Real Junta de Fomento, se encontraban empleados a completa satisfacción de sus patronos en todas las faenas a que acostumbraban dedicarse nuestra población esclava, desde las suaves tareas del servi-

cio doméstico de la ciudad, hasta las más fatigosas que exigía la explotación de nuestros ingenios. El señor Diago agregaba: “Una experiencia de cuatro años adquirida en mi propia casa y en las de mi familia, y la opinión de varios vecinos entendidos que emplean cuadrillas numerosas de esta clase de trabajadores, no han hecho sino confirmar el juicio favorable que formé desde los primeros tiempos de su introducción acerca de su aptitud para toda clase de trabajos, y de suma facilidad con que se les conduce y gobierna sin necesidad de violencia física, cuando se emplea para ellos un sistema racional y humano que guarde armonía con su condición e inteligencia muy distinta de las de nuestros esclavos etiípicos. No titubeo, por tanto, en decir que el ensayo hecho por la Real Junta de Fomento, ha tiempo por algunos respetables hacendados, hayan determinados informes contrarios emitidos o con indiferencia o antes de tiempo por algunos respetables hacendados, hayan determinado en la opinión pública cierto recelo contra el empleo de esos colonos, y entibiado quizás el laudable ardor de aquella corporación en asuntos de tan vital importancia para el fomento de la industria y agricultura de la Isla, amenazada en su desarrollo por la creciente escasez de brazos que tan vivamente se hace sentir”. (1)

En aquella época se hacía difícil la colonización blanca, por cuyo motivo, a pesar de ser los menos, triunfó la idea de importar chinos en gran cantidad para dedicarlos a las faenas grícolas. La Real Junta de Fomento fué la encargada de propender al desarrollo de la inmigración china y ante ella presentó en 10 de Diciembre de 1851 la “Comisión de población blanca”, compuesta de los señores Domingo Arozarena, Francisco de Goyri y Juan B. de la Cantera, un informe aprobado por unanimidad en el cual se consignó: “que la inmigración de colonos asiáticos contratados en China era no sólo conveniente, sino indispensable y que merecía una especial protección de la Junta y del

---

(1) Torrente, “Bosquejo económico político de la Isla de Cuba”.

Gobierno.” En este informe se citaba el ejemplo dado por Inglaterra para el fomento de sus posesiones y los brillantes resultados que en la Isla de Mauricio se obtuvieron con la colonización china, planteada en escala de nueve mil a más individuos por año. Con este motivo se citaba un párrafo de Mr. Wray, que en su obra **The Practical Sugar Planter**, decía: “De todos los labradores que he tenido ocasión de observar, no conozco ninguno que bajo ningún concepto se pueda comparar con los chinos bajo el punto de vista de su espíritu industrial, su energía, sobriedad, inteligencia, aplicación, fuerza física, perseverancia, agudeza y prudente economía combinadas. Este es el resultado del más maduro examen y de la más constante observación durante más de diez y seis años de experiencias en las Indias Orientales, Bengala y los establecimientos de Malaya, en cuyo tiempo he tenido por trabajadores bajo mi inspección centenares (millares pudiera decir) de negros, indostanes, bengalíes, malayos y chinos”.

Surgieron otra vez los contratos o asientos y las compañías dedicadas al tráfico, como existieron para la trata de negros. La casa de Villoldo, Waldrop y Ca. propuso a la Real Junta de Fomento un asiento o contrato mediante el cual se comprometía a introducir de seis a ocho mil chinos bajo la condición de que la citada Junta fuese la fiadora de los hacendados que se comprometieran, por escritura, a recibir el lote de colonos que de antemano habían fijado. Este contrato fué elevado al gobierno de España para la introducción de tres mil chinos, lo mismo que a la sociedad citada, fijándose como precio de cada uno la suma de 125 pesos y que habían de servir por lo menos cuatro años. Se trataba, pues, de una compraventa, sometién dose al chino a una esclavitud.

Concedido el permiso para la introducción de seis mil chinos, se dictó la Real Orden de 16 de Septiembre de 1852, en la que se dispuso, “que en lo sucesivo para conceder en la Isla nuevos permisos de introducción de asiáticos, preceda consulta

y autorización del Gobierno supremo''; y que se procediera sin demora, a la revisión del Reglamento, ya citado, de 10 de Abril de 1849 o a la formación de otro nuevo en que se fijara todo lo relativo al buen trato que debería darse a los colonos chinos desde que salieran de su país hasta su regreso.

En cumplimiento de esta orden, el marqués de la Pezuela, que entonces gobernaba la Isla, dictó un nuevo Reglamento, el cual no llegó a regir por haberlo reformado el gobierno de España al revisarlo. En veinte de Mayo de 1852 se remitió a Madrid una instancia de don Manuel B. Pereda y otra de la casa Villoldo, Waldrop y Compañía, en las cuales los interesados solicitaban que se les ampliara hasta seis mil el permiso que habían obtenido para introducir tres mil chinos. A estas solicitudes contestó el Gobierno con la Real Orden de 16 de Enero de 1853, negando la autoriación que se pedía, "pues si bien resulta—decía—justificada la escasez progresiva de brazos, no así el que los colonos chinos puedan sustituir a la población negra en las fincas agrícolas, ni menos la moralidad y cualidades de los asiáticos, sobre lo cual los informes son del todo contradictorios''.

Pero, a pesar de esta Real Orden, y sin esperarse los datos que se pedían en ella, fueron dictándose decretos y reales órdenes autorizando la introducción de chinos en la Isla.

El mayor incremento que ésta tuvo, fué durante los años de 1847 a 1859, en cuyo período entraron por el puerto de la Habana, único autorizado a ese objeto, 120 buques de diversas banderas, conduciendo 43,690 chinos. Según un interesante cuadro estadístico publicado en el "Diario de la Marina" del 18 de septiembre de 1859, que alcanza hasta el 18 de agosto de ese año, en el transcurso de ese tiempo se embarcaron en Amoy, Macao, Swatan, Hong Kong y Wampoa para la Habana, 50,123 chinos, de los cuales murieron durante la travesía 7,722, siendo consignatarios la Real Junta de Fomento, Villoldo, Waldrop y Ca., M. Pereda y Ca., P. Torice y Ca., Julián de Zulueta, Drake y Hermanos, Campbell y Ca., Compañía Colonizadora, J. M. Mo-

rales y Ca., F. Schimper y Ca. Caro y Compañía y L. M. Zangroniz. En este cuadro estadístico, se consignan los siguientes datos: fecha de su llegada en los buques, sus nombres, sus toneladas, sus banderas, su procedencia, días de navegación, número de chinos embarcados, número de los desembarcados los fallecidos durante la travesía y la entidad consignataria, consignándose en una casilla, destinada a observaciones, el número de hembras que llegaron, que fué de 52.

Para mejor comprensión de la forma en que se llevaron a cabo las importaciones hasta el citado día 18 de agosto de 1859, véase el siguiente cuadro.

AÑOS	Buques entrados	CHINOS			Observaciones
		Embarcados	Desembarcados	Muertos en la travesía	
1847 .....	2	612	571	41	
1853 .....	15	5,150	4,307	843	
1854 .....	4	1,750	1,711	39	
1855 .....	6	3,130	2,985	145	
1856 .....	15	6,152	4,968	1,134	7 hembras
1857 .....	28	10,116	8,347	1,589	
1858 .....	33	16,414	13,385	3,029	45 idem
1859 .....	13	6,799	6,127	778	
	116	50,123	42,501	7,722	52 hembras

Este cuadro no alcanza nada más que hasta el 18 de Agosto de 1859, debiéndose agregar las importaciones posteriores de este mismo año, que ascendieron a 1,189 chinos distribuidos en esta forma: en el mes de Septiembre se importaron 553, en Octubre 553, en Noviembre 556 y en Diciembre 82; lo que da un total desde 1847 a 1859, de 43,690 chinos.

Conforme a unos datos estadísticos que publica Erenchun, (1) sin explicar el origen de ellos, en el año 1860 existían en Cu-

(1) "Op. cit."

ba 17,101 chinos, de los cuales solo 13 eran hembras. Los mayores núcleos se encontraban en las siguientes poblaciones: Colón tenía 3,762; Cárdenas 3,037, de los cuales cinco eran hembras; Matanzas 2,020 y la Habana 2,008, de los cuales cinco eran hembras; correspondiendo a las demás poblaciones un número inferior a mil. Estos datos se separan mucho del censo oficial de población de la Isla formado en 1861, en el cual se hace constar que el número de chinos en ese año era de 34,384, estando incluidas en esa suma las hembras que ascendían a 57. La diferencia de 177,733 que existe entre el censo de 1861 y los datos del Erenchun no nos la explicamos, por carecer de antecedentes.

No debió ser muy benigno el trato que recibían los chinos durante el tiempo de sus contratas o esclavitud. A la vista tenemos la estadística de la criminalidad durante el año 1855, y en ella se observa que en ese año se cometieron por los chinos 90 delitos, de los cuales 62 consistieron en suicidios. En el año 1856, en el que se fija la población china en 11,825 individuos se cometieron por éstos 129 delitos de los cuales fueron suicidios 101. En el año 1857 se fijaba la población china en 16,178 individuos, quienes cometieron 181 delitos, de los cuales fueron 151 suicidios.

Como se ve, el suicidio constituía una idea fija en ellos. En el discurso que leyó el Regente de la Real Audiencia en la apertura de los tribunales el año 1858, se decía: “el aumento está, pues, en los suicidios y a evitarlos deben dirigirse los esfuerzos de los patronos. Los individuos de esta raza tienen poco apego a la vida y tanta afición al opio que no debe causarnos admiración su propensión al suicidio. Recién llegados a un país extraño, sometidos a un trabajo constante, ignorantes de nuestro idioma, e imposibilitados por lo mismo de hacerse entender, y de que lo entiendan, buscan en el suicidio, por medio del opio, regularmente, el término de males, que su imaginación abulta tal vez por haber venido con ilusiones que no puedan realizarse.” ¿No sería mejor una explicación más fácil la dureza en el trato y la esclavitud a que se les sometía, la que no podían re-

sistir, como la resistían los negros bozales, por ser superiores a éstos?

En comprobación, léanse las siguientes líneas: “Además, la posición en que se ha colocado a los “culís” (chinos) en Cuba, especialmente en los ingenios, constituye un estado verdaderamente excepcional, del que asimismo resultan especiales consecuencias. Excitados a abandonar su patria por el estímulo de falaces promesas que a los pocos días de embarcados sospechan no ver realizadas, alejados de ella por una distancia que todavía su imaginación les exagera al recordar la inmensidad de su recorrido durante una larga travesía, desalentados por los accidentes y penalidades de la navegación, explotados por la rapacidad de las tripulaciones, contristados por los estragos de la epidemia, perturbada su conciencia por la adopción forzosa de otro orden de creencias religiosas, aplicados mucho de ellos a trabajos extraños a su oficio, sujeto a la disciplina de una hacienda regida por el criterio y tradiciones de la esclavitud, caminando de decepción en decepción hasta ver en muchos casos falta de religiosidad en el cumplimiento de las contratas; exceptuados de la familia por carecer de mujeres de su raza, despreciado por el blanco, odiados por el negro, desligados de sus patronos más que el esclavo, a medida que avanza el término de la expiración del contrato y por la misma razón menos considerados; párias verdaderos de la sociedad cubana, reducidos a la suya propia, ¿cómo puede extrañar esa mancomunidad que ostenta hasta en los crímenes y vicios? ¿Con qué derecho, con qué razón se imputa a toda una raza los defectos que manifiesta una colonia metamorfoseada por una sucesión de engaños, despojados de sus peculiares cualidades y transformada hasta en su condición moral?” (1)

Examínese el “Reglamento dictado en 22 de Marzo de 1854

---

(1) M. Villanueva, “La emigración de colonos chinos”, “Revista Contemporánea”, Madrid, 1877, tomo VII.—En este trabajo se pueden ver las formas que se empleaban en Macao para contratar chinos con destino a Cuba.



para la introducción y régimen de colonos en la Isla'', y se verán en él los artículos 27 y 28, preceptos que afirmaban el poder del patrono sobre el colono y por consecuencia la esclavitud de éste. Para mayor claridad, léase el texto de esos artículos:

“Art. 27.—Los colonos que hayan celebrados sus contratas siendo menores de 20 años, tendrán derecho a rescindirlas cuando cumplan los 25. Los que se hayan contratado siendo mayores de veinte años, tendrán igual derecho a los seis años de contratas. Los patronos podrán a su vez rescindirlas en los mismos plazos en que los colonos tengan ese derecho. En todo caso no podrá el colono hacer uso del derecho que se le reconoce en este artículo mientras no indemnice a su patrono, con su trabajo o en otra forma, de lo que le debiere.

“Art. 28.—Todo colono podrá redimirse en cualquier tiempo de la potestad de su patrono, siempre que le abone al contado: 1º La cantidad que haya satisfecho por su adquisición. 2º Lo que el mismo colono le deba por indemnización de trabajo u otro motivo cualquiera. 3º El mayor valor que a juicio de perito hayan adquirido los servicios del colono desde que entró en poder del patrono. El colono no podrá hacer uso de este derecho en tiempo de zafra u otra faena perentoria de las permitidas en los días festivos”.

Todavía a los patronos les parecían pocas las condiciones que les imponían a los colonos para obtener su libertad, y exigían, al firmarse las contratas, que renunciaran a los beneficios que esos artículos les otorgaban. A tal grado llegó este abuso, que en la **Gaceta de la Habana** del día 22 de Abril de 1858 el Gobernador General, don José de la Concha, publicó un Decreto fecha 19 de ese mes y año, declarando “que todas las modificaciones introducidas en las contratas de los colonos separándose de las bases establecidas en el Reglamento de 1854, aún cuando aquellos hayan intervenido renunciando los derechos que el mismo les concede, son nulas y de ningún valor y efecto.”

En la **Gaceta de la Habana** correspondiente al día 11 de Febrero de 1860, publicó el Gobernador General, don Francisco

Serrano, un decreto fecha del día anterior, en el que declaró suspendida la introducción de chinos en la Isla, “mientras el Consejo de Estado evacuaba la consulta que en esta importante cuestión se le tenía pedida y su Majestad resolvía definitivamente lo conveniente sobre ella.” Se consignó en ese decreto que: “a fin de no perjudicar los intereses de los que tengan hechos pedidos y contratas de asiáticos, las expediciones de éstos que lleguen desde la fecha del presente acuerdo hasta el 31 de Diciembre próximo, serán indistintamente admitidas por vía de tolerancia, a no ser que lo impidiesen circunstancias extraordinarias o razones de salud pública.” El decreto además prohibía terminantemente la entrada de chinos desde el día primero de Enero de 1861 en adelante.

Indudablemente la introducción de chinos en la Isla fué un mal y no mejoró en nada la falta de braceros que existía. Aquella clase de colonos, según decía la **Revista Judicial y Administrativa** de 1858, pertenece a una raza, civilización, religión y costumbres tan diametralmente opuestas e irreconciliables hasta tal grado con las nuestras, que era imposible esperar la fusión que debe ser la base y último objeto de todo buen sistema de inmigración. Y si a esto se agrega la de que la colonización asiática se compuso exclusivamente de varones, no obedeció a reglas científicas, sino al lucro y afán de sustituir con una nueva esclavitud la negra que se extinguía.

El error fué comprendido, y a subsanarlo tendió el decreto del Gobierno Superior de 3 de Mayo de 1858, inserto en la **Gaceta** del día siguiente, en el cual se dispuso que los colonos chinos no podían permanecer en la Isla, una vez terminadas o rescindidas sus contratas, debiendo ser remitidos por su cuenta al país de donde procedía o al que ellos eligieran fuera de Cuba y Puerto Rico. Sólo podían permanecer, si obtenían permiso, solicitado al Gobernador, quien elevaba la petición con su informe. Esta facultad de otorgar esos permisos, se concedió a los propios Gobernadores y Tenientes Gobernadores por Real Orden de 5 de Marzo de 1860.

¿Terminó realmente la trata de chinos con ese Decreto de 1860? Poco duraron sus efectos. En la **Gaceta de la Habana** del día 7 de Agosto de ese mismo año, se insertó la Real Orden de 7 de Julio anterior, que contenía el nuevo Reglamento para la introducción de trabajadores chinos en la Isla de Cuba, dictado “con objeto de proporcionar a la agricultura los brazos que le eran necesarios para que su prosperidad no decayera y considerando que la introducción de ellos era entre todos los ensayos el que menos inconvenientes presentaba”.

A la sombra de ese Reglamento continuaron las importaciones de asiáticos, que como la de los negros anteriormente, dieron causa a las protestas de las naciones y especialmente de Inglaterra. La misma China denunció el hecho alegando que los reclutamientos se hacían en su país empleando la violencia y el engaño: y el populacho de Cantón amenazó con sublevarse, y dió muerte a diez y ocho agentes de chinos que estaban al servicio de las casas importadoras de la Habana. El 28 de Noviembre de 1857, el Gobernador de Shanghai—cuenta Leroi Beau-lieu (1), dirigió a los diversos cónsules europeos una protesta contra los abusos del reclutamiento de chinos. Esta protesta no surtió efecto. Así se ve que en 1868 ocurrieron revueltas o sublevaciones a bordo de los barcos franceses e italianos que conducían chinos a la Habana y al Perú; lo que prueba que eran falsas las contratas y que los traían mediante el engaño y la violencia. Los chinos durante las travesías no tenían más anhelo que recobrar su libertad, y así se prueba con todas las sublevaciones ocurridas a bordo del barco “L’Esperance”, de Nantes, en “La Theresa” en su viaje de Macao a Callao, en las cuales siempre se lanzaban a la cámara en busca de armas, ocurriendo en el último barco citado, una horrible matanza en donde casi toda la tripulación pereció a manos de los desgraciados chinos. Esto explica la idea latente del suicidio que existía en ellos, no porque, como afirma un escritor, creyeran que después

---

(1) “De la colonisation chez les peuples modernes.

de muertos volvían a sus hogares en China, sino por horror a la esclavitud. ,

La prueba más palmaria del trato poco humano que se les daba durante la travesía, la tenemos en la Real Orden de 22 de Marzo de 1867, publicada en la **Gaceta de la Habana** del día 12 de Mayo de ese año, en la que se confirmó una multa impuesta de cinco mil escudos a la Compañía de Colonización asiática, titulada “La Alianza”, Ferrán y Dupierris, por haber faltado a varias disposiciones del Reglamento de 1860. Para que se vea la naturaleza de esas infracciones, vamos a copiar los fundamentos en que descansa esa resolución. Dicen así: “Considerando que se ha acreditado suficientemente que en las expediciones verificadas por los buques “Vasco de Gama” y “María de la Gloria” no ha observado la Empresa lo prescripto en el artículo 11 del citado Reglamento, puesto que no teniendo la fragata “María de la Gloria” más que 592 toneladas, y habiendo embarcado 296 colonos no han quedado dos toneladas de vacío para cada uno después de haber hecho el preciso cargamento de víveres y aguadas, medicinas, jarcia, velamen y utensilios de respeto, y dejando el espacio necesario para el alojamiento de la tripulación; y que el “Vasco de Gama” no midiendo más que 1013 toneladas embarcó sin embargo 508 chinos de cuya cifra resulta evidentemente la falta de cumplimiento del indicado artículo 11.—Considerando que la empresa ha faltado también a lo prescripto en la disposición primera del artículo 12, puesto que los chinos conducidos en la fragata “María de la Gloria”, declararon que el agua estaba llena de pequeños animales que parecían lombrices, y los del “Vasco de Gama” dijeron que se la daban con gran escasez, hasta el punto que algunos de sus compañeros se habían arrojado al mar por no poder resistir los tormentos de la sed.—Considerando que según la declaración del capitán de la “María de la Gloria” tuvo este buque que arribar al Cabo de Buena Esperanza para proveerse de medicinas por carecer de ellas a bordo, lo cual implica transgresión en la parte segunda del ya citado artículo 12.—Considerando que según

el informe de la Junta de Sanidad a la falta de aire y agua debe atribuirse la extraordinaria mortandad ocurrida en las dos expediciones a que este expediente se refiere..." ¿Puede darse una prueba más concluyente para justificar las sublevaciones a bordo de los buques que traían chinos a Cuba?

El Reglamento del año 1860 contenía preceptos originales. Toda contrata debía expresar: la edad, sexo y pueblo de la naturaleza del chino contratado; el tiempo de duración de la contrata; el salario y la especie, cantidad y calidad de los alimentos y vestidos que había de recibir; la obligación de darle asistencia médica; si cesaba o no el salario por causa de enfermedad; el número de horas del trabajo y si el patrono tenía facultades para aumentarlas; la indemnización por parte del trabajador de las horas de trabajo que pierda por su culpa; la obligación de someterse a la disciplina de la finca, taller o establecimiento en donde trabaje, y, por último, debía consignarse una cláusula que dijera: "Yo, N. N. me conformo con el salario estipulado, aunque sé y me consta que es mucho mayor el que ganan los jornaleros libres y los esclavos en la Isla de Cuba, porque esta diferencia la juzgo compensada con las otras ventajas que ha de proporcionarme mi patrono y son las que aparecen en el contrato". Establecía también el Reglamento que los trabajadores al firmar o aceptar sus contratas, renunciaban al ejercicio de todos los derechos civiles, que no fuesen compatibles con el cumplimiento de las obligaciones que contraían; autorizándoseles para contraer matrimonio con el consentimiento de sus patronos; para ejercer sobre sus hijos todos los derechos de la patria potestad y sobre sus mujeres los de la potestad marital; a los hijos se les obligaba a seguir la condición de su madre, pero al cumplir los 18 años, recobraban su libertad; y podían los colonos adquirir bienes y disponer de los que poseían por títulos lucrativos u onerosos, siempre que no fuera contrario con sus contratas. Se repitió en este Reglamento el derecho y la forma de ejercitarlo que tenían los colonos para emanciparse y que se consignaron en los artículos 27 y 28 del Reglamento del

año 1854. Los patronos además ejercían sobre sus trabajadores jurisdicción disciplinaria y en virtud de ella podía imponerles las correcciones siguientes: 1ª arresto de uno a diez días; 2ª pérdida del salario durante el mismo tiempo. La primera de estas correcciones podía imponerse sin la segunda, pero ésta nunca se podía aplicar sin aquélla. Cuando algún patrono trataba con sevicia a su trabajador o faltaba a las obligaciones contraídas con él, podía el trabajador acudir al protector delegado, que lo era el Capitán General de la Isla, y en los distritos a los Gobernadores o Tenientes Gobernadores, quienes eran auxiliados sin necesidad de delegación previa, por los Capitanes de partidos, y este protector podía acordar la rescisión del contrato, si procedía la queja, y sin derecho el patrono a indemnización.

Respecto a la capacidad para disponer de sus bienes, los trabajadores chinos estaban sujetos a limitaciones que hacían aquélla ilusoria. Siempre que el trabajador trataba de enajenar bienes propios, muebles o semovientes tenía que ponerlo en conocimiento de su patrono, quien era preferido por el tanto a otro cualquiera adquirente. A los trabajadores les estaba prohibido salir de la finca o establecimiento en que servían, sin permiso escrito de su patrono o de su delegado.

Este Reglamento suavizó un poco la esclavitud a que estaban sometidos los trabajadores chinos, pero no los libertó por completo. Todavía después de cumplidas sus contratas, disponía este Reglamento, que era condición esencial que debía ser cláusula expresa de ella, la de que terminado el tiempo de su empeño, el trabajador chino no podía permanecer en la Isla sino contratado de nuevo con el mismo carácter, como aprendiz u oficial bajo la responsabilidad de un maestro, o destinado a la agricultura, criado doméstico, garantido por su amo; en caso de que así no sucediera, debía salir de la Isla a sus expensas y apremiado a hacerlo a los dos meses de terminada la contrata. Durante esos dos meses, no permanecía libre el asiático, como era lógico que sucediera, toda vez que había cumplido sus compromisos, sino que por una disposición del Gobierno Superior

Civil de 13 de Junio de 1861, inserta en la **Gaceta de la Habana** del día siguiente, se ordenó que las autoridades locales remitieran a disposición del citado Gobierno los asiáticos que en esas condiciones, no encontraban patrono o no querían contratarse, y que interin transcurrían los dos meses, ingresarán en los talleres del ramo de composición de calles “donde sobre evitar gastos infructuosos, tendrían la ventaja de no perder el hábito del trabajo y contar con medios para subsistir”.

La inmigración o contrata de chinos sufrió un cambio notable en 1864. El día 10 de octubre de ese año se firmó en Tien Tsin, entre España y China, un tratado en el que se consignó—artículo X—que “las autoridades imperiales permitirán que los súbditos chinos que deseen ir a trabajar a las posesiones españolas de Ultramar celebren contratos al efecto con los súbditos españoles, y se embarquen solos o con sus familias, en cualquiera de los puertos abiertos en China, y las autoridades locales establecerán los reglamentos necesarios en cada puerto, de acuerdo con los representantes de S. M. Católica, para la protección de los mencionados trabajadores.”

Como se ve, el tráfico quedó autorizado por el gobierno de China; y aunque en el tratado se estipuló la contratación de trabajadores, sin embargo, se siguió ejerciendo un tráfico semejante al de los esclavos, como lo justifican las expediciones de los buques “Vasco de Gama” y “María de la Gloria”, que hemos mencionado anteriormente.

En el año 1870 se promulgó un Real Decreto dejando sin efecto el reembarque de los chinos al terminar sus contratas, autorizándolos para permanecer en la Isla.

Otro tratado celebró España con China, que se firmó en Pekín el 17 de Noviembre de 1877, en el cual se consignaron estos dos artículos: “Art. I.—Las Altas Partes contratantes convienen que, en lo sucesivo, la emigración por contratos de súbditos chinos de que habla el artículo X del tratado ajustado en Tien Tsin el 10 de octubre de 1864, queda anulada. Art. III.—Las Altas Partes contratantes convienen que la emigración de

sus respectivos súbditos, vayan o no acompañados de sus familias, será, en lo sucesivo, libre y voluntaria, y desaprueban todo acto de violencia o de engaño que se cometa en los puertos de China o en otra parte, con objeto de expatriar súbditos chinos contra su voluntad. El Gobierno de S. Majestad el Rey de España ofrece al de la China tratar a los súbditos chinos que se hallan en Cuba, o que vayan en lo sucesivo, de igual modo que a los extranjeros de la misma categoría súbditos de la Potencia más favorecida.”

Así terminó el tráfico de los chinos. Según los censos de 1861 a 1907, la existencia de chinos en Cuba ha sido:

En 1861.....	34,777	varones y	57	hembras.
En 1877.....	43,733	„ y	78	„
En 1899.....	13,694	„ y	163	„
En 1907.....	23,282	„ y	392	„

Este aumento que resulta en 1907 tiene esta explicación. Ya en el censo de ese año no se enumeran “chinos”, sino individuos de la “raza amarilla”, quizás para comprender dentro de este epígrafe el cruzamiento de las razas blanca y negra con la asiática, propiamente dicha. Y esta creencia queda demostrada con sólo decir que, según el censo oficial, durante los años 1902 a 1907 entraron por los puertos de la Isla, como inmigrantes, sólo 2,980 chinos, suma esta que no puede justificar el aumento ya expresado.

Por el examen que hemos hecho, la colonización china en Cuba revistió todos los caracteres de una trata o tráfico tan infame como la de los negros. No fué ella obra exclusiva del Gobierno, sino del abuso de los traficantes que no reparaban, como hemos visto, en los medios para conseguir el mayor lucro posible. Los Reglamentos de los años 1854 y 1860, son obras que respondieron a su época y a las circunstancias; por eso no es posible juzgarla hoy con severidad. La colonización española en América ha sido juzgada con apasionamiento, y no merece las agrias censuras que de común se le dedican.



España, con Francia, afirma Leroy Beaulieu, (1) fué casi la única nación colonizadora que supo mantener, elevar, asociar y asimilarse los indígenas. Sobre el continente americano hizo una obra duradera; y si no siempre por su propio beneficio, al menos por la civilización general, fundó jóvenes y vigorosas naciones cuyas vidas y desenvolvimientos parecen asegurados. Esto es un gran mérito: ella es, en definitiva, a pesar de sus faltas, una **magna parens virum**: una madre fecunda de hombres.

---

---

(1) "Op. cit".



# El Estanco del Tabaco en Cuba

(1698-1817)

---

¿Quién no conoce el origen del tabaco? ¿Quién no ha visto repetido en más de cien libros, la descripción que hace Fr. Bartolomé de las Casas en su **Historia General de las Indias**, de los dos marineros que mandó Colón a explorar la Isla de San Salvador, quienes encontraron un gran número de naturales que regresaban a sus chozas llevando en la mano un tizón formado de yerbas que los indios llamaban **tabaco** y que chupaban por una de sus puntas aspirando su humo? ¿Quién no sabe que Colón en su segundo viaje llevó semillas de esta planta a Europa y que desde entonces se empezó a cultivar como medicina? ¿Quién ignora que los europeos lo fumaron primero, siguiendo el ejemplo de los indios, y después hicieron un uso tan exagerado de él, que según cuenta Molière, los señores de la corte de Luis XIV no se contentaban con olerlo, sino que se presentaban en los salones con la cara embadurnada con él? ¿Quién no sabe que los gobiernos se espantaron de los progresos que hacia su empleo y los efectos dañinos que se le atribuía, que en 1604 Jaime I, rey de Inglaterra y en 1624 el papa Urbano VIII, prohibieron en sus respectivos estados el uso del tabaco? ¿Quién ignora que Francia permitió su venta y encontró en su comercio una fuente de rentas considerables, lo que dió motivos a que las demás naciones retiraran la prohibición que habían dictado contra el uso de esa planta? ¿Quién no conoce las teorías pere-

grinas de Pauli pretendiendo demostrar que el humo del tabaco ennegrecía el cráneo; y las afirmaciones de Borrrhy referentes a que una persona se había secado tanto por el excesivo uso del tabaco, que al morir su cuerpo ennegrecido solo se componía de membranas apergaminadas?

En Cuba el cultivo del tabaco no se propagó, como era de esperarse dado su carácter de planta indígena, hasta el año de 1850. Desde esa época empezó a adquirir un notable desarrollo, debido especialmente a su calidad inmejorable.

La costumbre de fumarlo se introdujo en Inglaterra, cuando a fines de 1585, Francis Drake, con una escuadra de veintiun barcos, quemó la ciudad de Santiago de Cuba, saqueó las de Santo Domingo y Cartagena y destruyó dos fuertes españoles en las costas de la Florida. En estas expediciones las enfermedades le mataron setecientos hombres y llevó a Inglaterra el resto de los colonos que el caballero Walter Raleigh había enviado a Virginia: éstos fueron los que llevaron el tabaco a Inglaterra.

Al principio del siglo XVII ya se cultivaba el tabaco a orillas del Guanabo y Canasí, en la costa Norte, y del Arimao, Caracucey, Agabama y en la costa Sur de Cuba. Libre era su cultivo en la Isla, sin que existieran restricciones de ninguna clase. Su venta y consumo y el precio que cada día iba adquiriendo en el mercado, hizo que el Gobierno de España se fijara en él, y concibiera la idea de sujetarlo a un monopolio especial, además del que estaba sometido junto con todo el comercio de Cuba.

Empezó por declarar libre su siembra, libertad que ya existía; pero además dispuso que los agricultores o vegueros envasen registrado, a la Casa de Contratación de Sevilla, todo el tabaco que sobrara del consumo de la Isla y provincias productoras.

Así lo dispuso el Rey Felipe III en la Cédula de 20 de Octubre de 1614 que dice así: "Sin embargo de la antigua prohibición, ocasionada del comercio con extranjeros enemigos de nuestra Real Corona: Es nuestra voluntad que los vecinos de las Islas de Barlovento, Tierra Firme y otras partes donde se

siembra y coje tabaco, no pierdan<sup>s</sup> el aprovechamiento que en él tienen, y nuestra Real Hacienda goce el beneficio que resulta de su comercio. Y tenemos por bien y permitimos que lo puedan sembrar libremente, con que todo el tabaco que no se consumiere y hubiere de sacarse de cada isla o provincia donde se cogiere, venga registrado derechamente a la ciudad de Sevilla; y los que contrataren en él por otros partes, incurran en pena de la vida y perdimiento de sus bienes mitad a nuestra Cámara, y la otra mitad al Juez y denunciador por iguales partes..” (1)

En 15 de Octubre de 1659, siendo Gobernador de Cuba, Don Juan Salamanca, dictó éste un auto, a petición del Síndico procurador general de la Ciudad de Trinidad, para que libremente pudiesen los vecinos hacer siembras de tabaco en las vegas de los ríos Agabama, Caracucey y Arimao, según la costumbre que tenían desde cuarenta años atrás, prefiriendo otorgar este permiso a mandar destruir las vegas existentes, declarándose en ese auto: “que podían proseguir abriendo rozas en dichos ríos con casas y lo demás necesario para el beneficio del tabaco, sin que lo pudiesen embarazar los dueños de hatos y corrales por donde pasan sus corrientes, pena de cien ducados; y que en las sucesivas mercedes de tierras se exprese y declare, que se dan sin perjuicio de la apertura y labranza de vega de tabacos, que no podían impedir los poseedores de corrales o hatos por ningún título.” (2)

Estas dos disposiciones, una del gobierno de España, y la otra del Gobernador de la Isla, demuestran el desarrollo que cada día adquiría la siembra del tabaco y el comercio que proporcionaba a los vegueros o cultivadores. Los mercados de Europa, ya en esta época, procuraban el tabaco de Cuba que por su calidad obtenía el mejor precio en venta.

Como consecuencia de esto, surgió en el Gobierno español la idea de explotar este comercio por cuenta propia. De aquí la promulgación en este período, de varias cédulas, tendentes todas

---

(1) L. IV, tit. 18, lib. 4 de Indias.

(2) Zamora. Leg. Ultramarina.

a recomendar el fomento de las siembras del tabaco, comisionando a determinadas personas para que compraran y remitieran tabaco a la Metrópoli por cuenta de la Real Hacienda. Ejemplo de esto lo tenemos en la Cédula de 12 de Abril de 1698, que comisionó a D. Manuel Palacios para realizar esas compras y a quien se le mandó entregar la suma de doscientos mil pesos, tomada ésta de la existente del buceo de los buques.

En 1701 se comisionó también a Don Agustín Palomino para que comprara y remitiera a España tabaco por cuenta del Rey (2). Estas comisiones, hasta el año 1708, se confirieron a particulares, ordenándose que por los Gobernadores de la Isla se les facilitaran los fondos necesarios para las compras.

Pero desde ese año empezó el Gobierno español a comisionar a los Gobernadores, con objeto tal vez de obtener más ganancias y seguridades en el negocio. A ese fin se encargó en ese año 1708, al que entonces era Gobernador de la Isla, Don Laureano de Torres, para que directamente comprara hasta tres millones de libras de tabaco con dinero que de México le enviaren. Esta primera compra, según afirma Pezuela, no impresionó a los vegueros, porque a éstos les era indiferente la venta de sus frutos a unos o a otros compradores, quienes los pagaron a precios ordinarios.

La compra hecha por el Gobernador Torres proporcionó tal ganancia al Gobierno metropolitano, que el Ministro de Hacienda de Felipe V., D. Juan Orry, repitió la operación varias veces, habiendo transportado considerables cargamentos por cuenta de la Real Hacienda, sobre todo el que hizo en 1710 el General D.

---

(2) Arango y Parreño, a quien sigue Saco, en su informe al Superintendente Director general de tabacos, inserto en el tomo I de sus obras, dice que Palomino fué el primero a quien se le dió comisión para comprar tabacos; pero esta afirmación queda desvirtuada por la Real Cédula que acabamos de citar que comisionó a Palacios, para esas compras, en 1698, citada por Zamora en su Legislación Ultramarina, tomo VI y por Pezuela en su Historia de la Isla de Cuba, tomo II.

Andrés de Pez, en las dos flotas de Veracruz y Portobello, que zarparon del primer puerto el 22 de Mayo de ese año.

Estas comisiones fueron mal recibidas por el comercio de toda la Isla. Con ella se acaparaba por el Gobierno la cosecha del tabaco, sin darle margen a los especuladores, para obtener, en la reventa, las ganancias que hasta entonces habían obtenido. El descontento se inició y fué el germen de los motines y alteraciones del orden público que algunos años más tarde turbaron la tranquilidad de la Habana. Nada hizo el Gobierno por callar esas primeras quejas: sordo a toda reclamación, sólo perseguía el fin que se propuso: especular directamente ejerciendo uno de los monopolios que más persistió, y que, como dijo un escritor, tantas lágrimas hizo derramar a los vegueros de Cuba.

Comprendiendo D. Juan Orry que el tabaco remitido era insuficiente para cubrir las necesidades del mercado y que podía obtener grandes ganancias con él, resolvió estancar definitivamente la venta, cuya producción excedía en aquella época de treinta mil quintales al año.

Sucedió a D. Laureano de Torres, (a quien se le recompensó por sus gestiones, con el título de Marqués de Casa Torres) el Gobernador D. Vicente Raja el 26 de Mayo de 1716, quien vino acompañado de una comisión destinada a estudiar y plantear todas las reformas necesarias a fin de llevar a cabo el estanco del tabaco. Esa comisión estaba formada por D. Salvador Olivares, intendente del ramo en España, D. Diego Daza, primer visitador y el Licenciado Don Pedro Nicolás Morales en su doble carácter de asesor y juez especial de la renta.

Los informes de esta comisión fueron favorables al estanco; y con ese motivo se dictó un decreto en 11 de Abril de 1717 y un detallado reglamento, estableciendo en la Habana una Factoría general para la compra del tabaco, con sucursales o dependencias en Trinidad, Santiago, Sancti-Spíritus y Bayamo. Fué nombrado D. Manuel de León y Navarro visitador-factor general

de tabacos, con la misión de cumplir todas las órdenes que sobre ese ramo se dictaran.

Ese reglamento, que fué comunicado en diez y seis de Diciembre de 1718 al citado visitador, explica la razón que se había tenido para decretar el estanco, que no fué otra, según él, que la de atajar los daños que resultaban de la extracción de tabaco de la Isla para países extranjeros, dejando a la Metrópoli sin el que necesitaba para su abasto, por cuyo motivo se prohibía expresamente esa exportación; autorizándose a la Dirección General de la Superintendencia para comprar todo el que se cosechara por cuenta de la Real Hacienda, interviniendo en la compra el veedor, contador y tesorero de la dependencia. Fijábase también en ese decreto el consumo en Europa y América en estas cifras: para España, cinco millones de libras; para las naciones extranjeras, un millón quinientas mil libras; para Lima y Buenos Aires, doscientas mil libras; para Chile, cien mil libras; y para Portobello, Cartagena y Campeche, quinientos mil manojos.

Fué objeto también de regulación las porciones y precios de cada una de las cuatro clases que existían en la hoja, fijándose en real y medio en plata la libra de tabaco verdinflor; en un real plata la libra de seco molido y pasado por la la misma tela que el verdinflor; en once reales plata la arroba de hoja de tabaco para cigarros y morteros, y en un real plata la libra de tabaco de rollo.

Las compras y remesas a España se convino con una compañía comercial a la que, por medio de su comisario en Cádiz, se entregaban anualmente doscientos mil pesos para el empleo de efectos de comercio, libres a la entrada en la Habana, a condición de devolver cuatrocientos mil por cuenta de la negociación de tabacos.

Por Real Cédula de 5 de Enero de 1719 se le pidió al Director D. Manuel de León el envío de dos millones setecientas mil libras de tabaco de las varias clases de hojas, rollo, verdin molido y molido seco de la mejor calidad que fuese posible; y

por otra cédula del 19 del mismo mes y año, en virtud de la oposición de los cultivadores a esa compra, se confiaba a la discreción y prudencia del Gobernador para devolverla a aquellos, luego que realizado el establecimiento del estanco y pasado algún tiempo, se creyera conveniente. (1)

Este monopolio dió por consecuencia que los vegueros y especuladores se pronunciaron en abierta rebeldía contra él. La impopularidad de la comisión que había venido con el Gobernador Raja aumentaba de tal modo, que no podían presentarse en las calles sus miembros sin que los silbaran y lanzaran improperios. (2)

El Obispo D. Jerónimo Valdés pudo calmar esta primera rebelión; pero habiendo llegado dos meses después al puerto de la Habana unos barcos para cargar tabaco y llevarlo a España, volvieron los vegueros a levantarse armados, reuniéndose en Mavoa, Guanabacoa, Santiago de las Vegas, Bejucal y márgenes del Almendares, apoderándose un grupo de quinientos sublevados en Jesús del Monte, de las reses que venían para la Habana. Este motín, que no reseñamos por no ser necesario al objeto de este trabajo, dió causa a que el Gobernador Raja y los tres que formaban la comisión, Olivares, Daza y León, se embarcaran para España.

Con la salida de éstos, se calmó el malestar, pero no se extinguió. En vano trataban los agricultores de producir más de lo que el Rey podía comprar, según la cantidad de antemano fijada, por que el exceso de la producción se consideraba siempre como fruto averiado y se destruía, por prohibir las leyes las ventas a particulares.

Para suceder a D. Vicente de Raja se nombró a D. Gregorio Guazo Calderón, quien concedió el perdón por los sucesos que motivaron la salida violenta de su antecesor. Pero como el monopolio se sostenía y el nuevo Gobernador amparaba los de-

---

(1) Zamora. Op. cit.

(2) Pezuela. Historia de la Isla de Cuba.



rechos de la Factoría, volvieron a producirse nuevos motines, que hubieran tomado proporciones mayores que los anteriores, si no hubieran intervenido, para calmar a los vegueros, el Obispo Valdés y D. José Bayona que ejercía gran influencia sobre ellos; consiguiéndose del Rey, en 1720, como transacción en el asunto, que se les permitiera a los vegueros vender el tabaco sobrante a las otras colonias y a la Metrópoli, una vez cubiertas las compras de la Factoría. Por este servicio se le otorgó a Bayona el título de Conde de Casa Bayona.

No fueron estas medidas suficientes para calmar el malestar. En 1722, con motivo de haber salido del puerto de la Habana para España los galeones del cargo de D. Baltasar de Guevara con tabaco para la Real Hacienda, se produjo un gravísimo motín, que dió origen a que los vegueros acordaran arrancar las siembras y no sembrar más en lo sucesivo, hasta que la falta de tabaco diese a éste el valor que ellos querían. Al amanecer del día 20 de Febrero de ese año, en el puente del Calabazar, se reunieron de ochocientos a novecientos hombres armados en actitud amenazadora. Se convocó con este motivo la Junta de Guerra, y ésta acordó que salieran doscientos hombres escogidos, con una compañía de caballos y noventa granaderos, al mando del capitán D. Ignacio Francisco Barrutia, con instrucciones, sobre lo que debían ejecutar. El resultado de esto fué que la guardia encontró a los rebeldes, les acometió y les hizo fuego, ocasionándoles muchos heridos, un muerto y doce prisioneros, los cuales, condenados a la pena de muerte, fueron colgados de los árboles que existían en el camino real de Jesús del Monte.

Participado a Madrid estos sucesos, el Gobierno de España comunicó al Gobernador de la Isla la orden reservada fecha 17 de Junio de 1724, en la que después de hacer la relación de los hechos, decía en su parte final lo siguiente: “Y habiéndose visto en mi Consejo de las Indias, con la representación que en el asunto hicieron los labradores residentes en los partidos de esa jurisdicción refiriendo el suceso con variedad, y oí-

do a mi fiscal, y consultándoseme; como quiera que solo han sido de mi aprobación las primeras providencias que el referido Gobernador dió para disipar e impedir el tumulto, así en lo que mira al bando que mandó publicar para que se aquietasen imponiendo pena de la vida a quien contraviniese a él, como en la de haberles puesto a la vista tropas que los contuviese, y de mi desagrado la ejecución del castigo en los aprisionados, por la suma celeridad con que obró, sin haber señalado otro, aunque fuere breve para oírlos en justicia, y poder averiguar por sus declaraciones quienes hubiesen sido los primeros motores del tumulto para que con ellos se executase el castigo correspondiente al delito que hubiesen cometido. He resuelto participaros reservadamente de esta mi declaración, a fin de que lo tengáis presente para que en adelante por si se ofreciese caso semejante, previniéndose que por la vía reservada he mandado se repitan las órdenes dadas por despacho de 25 de Octubre y 17 de Noviembre de 1720 para que se permita a mis vasallos el libre uso de los tabacos de esa Isla, cesando en comprarlos de cuenta de mi Real Hacienda, y que los que ya estuviesen comprados se remitan a Cádiz.”

Con esta Cédula quedaron suprimidas las compras de tabaco por cuenta del Gobierno y la Factoría con todas sus sucursales; pero poco duraron sus efectos.

El tabaco, en sus múltiples manifestaciones, constituía el artículo de comercio más importante de Cuba en esta época. Suprimida la Factoría y el estanco, no por eso el Gobierno persistió de sus compras, y celebró un asiento en 1734 con D. José de Tallapiedra para que cada año se remitiera a España ciento veinte mil arrobas de tabaco en esta forma: cuarenta mil hojas para chupar de primera calidad de los partidos de Santiago de Cuba, Sierra y Bejucal; cincuenta y seis mil arrobas buenas para moler, y veinte y cuatro mil arrobas en polvo molido, rancio, aterronado y labrado, de hoja limpia y despalillada.

En virtud de este asiento, Don José de Tallapiedra celebró en 1735 un contrato con los cosecheros o vegueros de la juris-

dicción de la Habana para la compra del tabaco que producían sus vegas, con objeto de cumplir los compromisos que había adquirido con el Gobierno. Tallapiedra fijó a los vegueros los precios siguientes: por el tabaco de estancias doce reales la arroba y por el de chupar o fumar de vegas, ocho, doce y diez y seis reales la arroba.

El asiento de Tallapiedra estuvo vigente hasta el año 1736, en que por las extraordinarias ganancias que obtenía, hubo quien propuso al Gobierno un nuevo contrato, más ventajoso para él, pues le ofreció una rebaja de un veinticinco por ciento o un cuarto de vellón en cada libra sobre la misma cantidad de ciento veinte mil arrobas de tabaco de vegas y estancias, que constituían el asiento celebrado con Tallapiedra. Este nuevo asiento se celebró con el Marqués de Casa Madrid. Esta rebaja que ofreció el Marqués, despertó en los habitantes de la Habana, el deseo de utilizar a su favor el derecho de tanteo; y con ese objeto propusieron al Ayuntamiento de la Habana en el año 1738, por medio del Procurador del común, que se pidiera al Gobierno la preferencia en esos asientos.

Aunque no hubo en el Municipio unanimidad de pareceres, sin embargo, la mayoría acordó gestionar en España el asiento, informando los notorios beneficios que resultarían a todos los gremios y poblaciones de la Isla. Nombróse para llevar la representación a D. Martín de Aróstegui, vecino de la Habana y Alguacil Mayor de la Inquisición, hombre rico, práctico y eficaz, a quien se confrieron los poderes e instrucciones necesarias, pasando a verificar las reclamaciones a Madrid. (1)

Las gestiones de D. Martín Aróstegui, que tendieron a demostrar los perjuicios de los asientos celebrados con Tallapiedra y Marqués de Casa Madrid, suponiendo que por término medio se podría graduar en cien reales la arroba de tabaco en esta Isla, tuvieron éxito, y el Gobierno de Madrid le adjudicó a

---

(1) Arrate. Historia de Cuba.

él y a sus representados en 13 de Agosto de 1739 el asiento general y exclusivo del tabaco, autorizándole en 18 de Diciembre de 1740 para la constitución de una sociedad destinada al transporte de mercancías y otros objetos, que se denominó "Real Compañía del Comercio de la Habana."

El movimiento comercial aumentó considerablemente en esta época en Cuba. La agricultura progresó: el tabaco, el azúcar y otros productos alcanzaron un desarrollo notable. En Europa la formación de compañías de comercio iba propagándose también, y eran autorizadas y apoyadas por los Gobiernos, mediante determinadas concesiones, dedicándose a la explotación del comercio, bajo el sistema de monopolio, en las Indias orientales y occidentales. De aquí la formación en Cuba, siguiendo esta corriente, de una compañía de comercio que autorizó el Gobierno de Madrid y que constituyó, como dice Pezuela, uno de los monopolios más absurdos y monstruosos que registran los fastos coloniales.

Se constituyó la "Real Compañía del Comercio de la Habana" por la citada Cédula de 18 de Diciembre de 1740; y siguiendo las costumbres religiosas de aquella época, se puso bajo la protección de la Santísima Virgen del Rosario, nombrándose Juez conservador de la misma al Gobernador y Capitán General de la Isla, que lo era a la sazón, Don Juan Francisco Güemes Horcasitas y Presidente D. Martín de Aróstegui, designándose también director, tesorero, contador y veedor.

No hemos de exponer aquí la constitución detallada de la Compañía, por no ser oportuno, limitándonos solo a consignar que entre los varios objetos que tenía dicha Compañía, uno de los principales era el de la siembra, compra y remisión de tabacos a España, en virtud de haberse suprimido los asientos con los particulares. Según un escritor, el contrato del tabaco durante todo el tiempo que lo tuvo la Real Compañía, produjo anualmente la cantidad de 5,484,556 pesos plata.

La Real Compañía obtuvo a su favor un asiento en dos de

Agosto de 1744 (1) por el cual se obligaba a entregar anualmente en los almacenes y fábricas de Sevilla, dos millones de libras de tabaco en polvo, molido, de hoja limpia, de medio pie arriba, sin palos ni astillas, de los partidos de la Habana; seiscientas mil libras de hojas de chupar, manejado con tres majaguas, de los partidos de Vegas, Santiago, Bejucal, Sierra, Matanzas y Habana, sin puas, meselas, palos y astillas, pagándosele a la Compañía por el polvo a razón de diez y seis onzas la libra, ciento cuatro maravedises de vellón por cada libra, y por el de chupar ciento diez y siete maravedises por cada libra. Debía remitir también doscientas mil libras en manojos de los partidos de Cuba, Bayamo Güines, cortos y largos, de hoja limpia y sana, pagándosele cincuenta y dos cuartos reales de vellón; doscientas mil libras de manojos de hojas de chupar de los partidos de Trinidad y Sancti-Spíritus, pagándosele cuarenta y dos cuartos reales de vellón. La entrega de este tabaco se hacía por la Compañía libre de todo derecho vigente y de los que se impusieran en lo sucesivo, debiéndose hacer la remisión por cuenta y riesgo de la Compañía. Este asiento no tenía tiempo fijo de duración; pero podía darse por terminado a los treinta años, habiendo prestado la Compañía una fianza para su garantía.

No cumplió nunca la Compañía el compromiso que contrajo en ese contrato o asiento; pues resulta de las cuentas formuladas por la Real Hacienda que el tabaco que remitió aquella durante los siete años que transcurrieron desde 1753 a 1759, solo fué de 80,773 arrobas y seis libras, 21 libras de polvo y 38,728 libras de ramá.

En 19 de Diciembre de 1748 publicó la Real Compañía un informe dando cuenta de su situación, en el cual informe se consignó que desde el año 1744 había sido preciso aumentar los precios que hasta entonces se pagaban por el tabaco y que ya mencionamos al hablar de los contratos celebrados con Tallapiedra y el Marqués de Casa Madrid, para contentar los vegueros que

---

(1) Colección del Tribunal de Cuentas. Tomo II. Archivo Nacional.

se quejaban del bajo precio que se les pagaba. El tabaco de primera calidad de Güines, Guane y Bayamo, llegó a valer en esa época de treinta a treinta y dos reales la arroba, diciéndose en el citado informe “que el mal siguió en incremento, y que por los malos tiempos y el valor de los comestibles fué preciso llegar a pagar el tabaco selecto de moler a setenta y dos reales.”

Todos estos datos que se consignaron en el informe de la Real Compañía, fueron completamente falsos, según demostró Don Francisco Arango y Parreño. Léase lo que sobre este particular dice en la nota 29 del informe dirigido al Director General de tabacos. (1)

Decía así: “Aunque yo no hubiera visto falsificada esta especie en los libros mismos de la Compañía, que por hacerme el favor ha registrado con cuidado el Secretario del Consulado D. Antonio del Valle Hernández; aún cuando en ellos no constase que los precios más altos de sus compras fueron desde veintiocho hasta treinta y siete reales y aún cuando no tuviese yo los dos convincentes hechos que voy a referir, hasta la generalidad y confusión con que se explican el citado manifiesto, para que se conozca su chocante falsedad. De bulto se toca que en los tres años que mediaron desde 1745 hasta 1748 no era posible tanta alteración, y que la Compañía, cuyo interés y objeto eran alucinar, exagerando sus quebrantos, echó por el medio, y dijo lo que no era. A principio del mismo año de 1748 murió mi abuelo paterno, y en el inventario de sus bienes, consta que en su vega de “La Zarza”, situada en el partido de Ariguanabo, se encontraron existentes 533 arrobas de tabaco en rama; las 333, según dice la partida, de **primera calidad**, y las otras doscientas de **segunda**, y los mismos tasadores, que allí apreciaron el azúcar a 16 y a 12, avaluaron a 12 reales el tabaco de primera calidad y a 6 el de segunda.”

No satisfecho el Gobierno de España con el asiento que había celebrado con la Real Compañía, dictó una Real Orden en 28

---

(1) Este informe no tiene fecha. En el índice de sus obras se dice que es del año 1805.

de Junio de 1760 que tuvo por objeto el restablecimiento de la Factoría por cuenta de la Hacienda. Esta Real Orden declaró rescindido el contrato celebrado con la Compañía y dispuso que los cuatrocientos mil pesos que de las arcas reales se daban anualmente a la mencionada Compañía por cuenta de las compras que hacía de tabaco y remitía a España, se entregaran al Director de la nueva Factoría en los tiempos y plazos que pidiera y necesitara, y que si esa suma no era bastante para pagar todo el tabaco que se remitiera, se le entregara más, las cuales entregas habían de hacerse de acuerdo con el Gobierno y el Factor.

Pero antes de dictarse esa Real Orden se nombró Gobernador de la Isla a D. Juan de Prado en 13 de Mayo de 1760, quien llegó al puente de Santiago de Cuba el 6 de Enero de 1761, en el que se detuvo, haciéndose cargo de la Capitanía general en 7 de Febrero de ese año. Convino el Gobierno de España con D. Juan de Prado que al tomar posesión de su cargo, examinara e informara sobre el estado de la Real Compañía, contra la que se había formulado denuncias por su mala administración, denuncias que eran, en su casi totalidad, hechas por los accionistas de ella; y traía también el encargo de rescindir el contrato o asiento celebrado con ella para la compra de tabaco y restablecer, en virtud de la Real Orden citada, la antigua Factoría.

Sin pérdida de tiempo se ocupó el nuevo Gobernador de este asunto, convocando para el 27 de Febrero de 1761,—a los veinte días de haber tomado posesión,—a una junta a los vegueros para que fijaran las cantidades, clases y precios respectivos del tabaco que había de recibir y pagar la nueva Factoría. Esta quedó constituida, desde entonces con un Superintendente que lo era el Gobernador general, quien en virtud de las instrucciones que había recibido, formó una junta compuesta de sus jefes, el día primero de Marzo de 1761, y se formalizaron sus oficinas y dependencias, con un Administrador General, un Contador, seis Oficiales de cuenta y razón, dos de Tesorería, dos Reconocedores, un Visitador de vegas, dos Guarda-almacenes y molinos y seis Factores en el interior de la Isla.

Con fecha 5 de Marzo, remitió el Gobernador Prado al Ministerio de Hacienda de España, un testimonio del acuerdo que había tenido con los vegueros, y el Ministro español, Marqués de Esquilache, desaprobó el convenio en 20 de Julio de ese año de 1761, por estimar que sólo se había comprendido en la compra las cuatro clases mejores de hoja, excluyéndose las inferiores. Quería el Ministro citado que en el convenio se comprendiera todo el tabaco que se cosechara en la Isla, para impedir que los particulares negociaran con él, perjudicando al Tesoro. Nadie podía en absoluto sembrar tabaco que no estuviese destinado a ser vendido a la Factoría en varias ciudades de la Isla, llevándose a cabo la orden, que se hacía cumplir bajo penas muy severas. Esto constituyó el monopolio más irritante que se conoce.

Se nombró Contador a D. Manuel García Barreras, a quien sustituyó más tarde D. Nicolás José Rapun, y Factores en Santiago de Cuba, Mayarí, Holguín, Bayamo, Trinidad, Santi-Spíritus, Puerto Príncipe y San Juan de los Remedios; quienes eran los encargados de comprar todas las siembras de medio pie arriba o de altura que había en los campos. Desde el año de 1762 todo el tabaco que se cosechó en Cuba, quedó en poder de la Factoría, suprimiéndose la venta en el mercado particular.

En ese año surgieron complicaciones en la política europea, que influyeron en esta Isla. La toma de la Habana por los ingleses fué una consecuencia de ellas. Entre los artículos que se consignaron en la capitulación para la entrega de la Habana, el Gobernador D. Juan de Prado sometió a la aprobación de las autoridades inglesas el siguiente acuerdo: "IX. Que del mismo modo que los caudales efectivos que se hallan en esta ciudad pertenecientes a S. M. C., han de ser embarcados en los navíos de la escuadra que existe en este puerto para ser transportados a España, todos los tabacos que asimismo pertenezcan a S. M. C.; que será permitido aún en tiempo de guerra al mismo Soberano la compra de tabacos de la Isla, en el distrito de ella sujeto al Rey de la Gran Bretaña, por los precios que corren establecidos, y su libre conducción a España en embarcaciones propias o ex-



tranjeras, y que para el fin de su recolección, custodia y beneficio, conservará los almacénes, molinos y demás oficinas que están destinadas a estos fines, y mantendrá aquí los ministros que crea necesarios." Esta proposición fué negada por el Jefe de la Escuadra Inglesa. Ella indica el deseo de seguir ejerciendo el monopolio, con el cual obtenía exorbitantes ganancias el gobierno español.

El día 14 de Agosto de 1761 cesó la dominación española en la Habana, y con ella el monopolio comercial implantado y sostenido hasta entonces por España, sucediendo una ilimitada libertad mercantil, con derechos moderados para todas las mercancías que entraran en la Habana en buques de la Gran Bretaña o procedentes de sus posesiones. El movimiento comercial del puerto de la Habana fué extraordinario. Los géneros manufacturas y artículos extranjeros invadieron esta capital, y fué tal el movimiento, que durante los diez meses que duró la dominación inglesa, visitaron el puerto cerca de cinco mil barcos, cuando antes solo habían entrado cinco o seis al año. Como es lógico pensar, la Factoría de tabacos fué totalmente suprimida.

La restauración española se inició con el Gobierno del Conde de Ríela en 1761, quién tomó posesión el día seis de Julio de ese año. Latente aún el monopolio del tabaco y las ganancias que éste proporcionaba, se dictó en 1764 una Real Institución creando la Intendencia general del Ejército y ordenando que la Factoría de tabaco se siguiera rigiendo por la legislación que le era peculiar antes de la toma de la Habana por los ingleses.

Siguió el comercio del tabaco sujeto a ese monopolio, el que a pesar de él, no dejó de adquirir relativa importancia su exportación, pues en el año 1777 llegó el consumo en polvo, cigarrros y rama a 3,750.240 libras.

Poco influyó en el comercio del tabaco las Ordenanzas de 1778 llamadas del comercio libre, porque este siguió sujeto a las restricciones y monopolio de la Factoría. En 30 de Agosto de 1796 se promulgaron unas "Instrucciones para el gobierno del

ramo de tabacos en la Isla de Cuba", dictando reglas para "facilitar sus mayores progresos y persuadir a los labradores a que hagan siembras y beneficien los tabacos como corresponde para mejorar su calidad." Esas instrucciones sancionaron, una vez más, el absurdo monopolio a que estaba sujeto este artículo. Que esto lo sabía y temía el gobierno español, lo demuestra el artículo 9 de dichas Instrucciones, en el cual se consignó que "los dependientes de la Factoría trataran con agrado y afabilidad a los labradores; y si alguno los maltratase de palabras o de obra, le impondrá el Intendente por primera vez la pena que merezca según las circunstancias que intervengan, y por la segunda vez quedará separado del empleo."

Los artículos 22 y 23 de las referidas Instrucciones, consignaban: "22.—Se proveerá de tabacos al vecindario de la Habana por medio de los respectivós estanquillos, y se observarán exactamente la prohibición que se impuso a los particulares en la Real Instrucción de 26 de Agosto de 1783, de tener tahona o piedras para moler los suyos, a fin de evitar por este medio la extracción de tabacos de mejor calidad, y el envío que se notaba anteriormente de las cosechas de los campos. Y si averiguase que algún particular, ya sea dueño de hacienda, o cualquiera otro sin distinción, muele tabaco contraviniendo a lo mandado, acordará la Junta la providencia que estime conveniente a contener esta contravención." 23—Se continuará por ahora, y mientras la Junta de Factoría considere conveniente las molien-das de tabaco en el molino que el Conde de Gibacoa tiene en la ciudad de Matanzas, pagándose al dueño cuatro reales por cada arroba, como se practica actualmente; pero en el caso de que no deban continuarse en él, se inutilizará, respecto de que no debe hacerse otras que las que se ejecuten por cuenta de la Factoría." No pueden darse disposiciones más autoritarias y despóticas que las contenidas en estos artículos.

Fué tan horrible este monopolio, que todo tabaco que no comprara la Factoría, se quemaba para que no fuese vendido a particulares, pretextando ser de mala clase y nó vendible. D.

José de Coca, después de trece años de haber dejado este cultivo, refiere que en virtud de esas quemazones, él mismo dió fuego a sus once vegas que poseía en los alrededores de Güines, convirtiéndolas en potreros. En 1792 cuenta que llevó a la Factoría cincuenta y dos cargas de tabacos que fueron condenadas a las llamas por aquella, si embargo de hacer presente que había quien se las compraba y ser aquel el triste fruto de su trabajo.

Para que el lector se dé cuenta de las instrucciones que los factores estaban obligados a dar a los vegueros, vamos a transcribirlas.

Dicen así:

“I.—Que rieguen clara la semilla, porque de nacer espesa se cría delgada la postura o planta, y tiene poca resistencia para sufrir las inclemencias del tiempo.

“II.—Que escarden tres veces lo menos el semillero, para lograr por medio de estas limpias posturas o plantas lozanas.

“III.—Que desde principios de Agosto chapeen, o caven y aren la tierra donde estas posturas se han de trasplantar, dándola de cinco a seis hierros, con intermedio de ocho días lo menos, porque de atropellar esta operación enferma la tierra.

“IV.—Que empiecen a sembrar desde el 15 de Octubre hasta fines de Enero, porque si se siembra antes, es de poca calidad el tabaco, y se pinta.

“V.—Que siembren las matas con distancia de una vara de una a otra, y cinco cuartas de calle, pues así no se robarán mutuamente la sustancia que necesitan recibir de la tierra para su mejor nutrición, lograrán mejor calidad en el tabaco, y no ofenderán sus hojas el Labrador en las entradas y salidas a desbotonar, deshijar y perseguir el gusano.

“VI.—Que si no tuviere humedad la tierra la guataquen, pero sin arrimarle ninguna al tabaco, porque de hacerlo se viene con el botón, y se mantiene la mata enteca y pequeña, y aunque después llueva, no recibe beneficio.

“VII.—Que guataqueen y arrimen tierra al tabaco cuando éste tenga humedad, pues entonces es de gran beneficio; con-

tinuando dichas limpias, para que jamás tenga yerba la vega, porque ella absorberá la sustancia que necesita el tabaco.

“VIII.—Que desbotonen en la caza, porque de esperar a que eche el botón, resultan más hojas pero de menos cuerpo, a causa de que la fuerza con que lo echa, se la quita a la mata.

“IX.—Que deshijen el tabaco de tres a cuatro ocasiones, y si es posible desde que apuntan los hijos, para que éstos no quiten la fuerza a la mata, pues si se omite, y arranca después de crecido, ya le queda el daño, criando las hojas de poco cuerpo.

“X.—Que cojan siempre el tabaco en su verdadero punto de maduro, porque si lo cogen verde, se queda sin calidad y color, y si pasa de maduro, se vacía, pinta y reduce a libras.

“XI.—Que a este importantísimo fin depongan la viciosa costumbre en que están desde principios de este siglo de arrancar la mata entera para curar las hojas en ella dentro de las casas; y que observen la práctica de los labradores situados en la jurisdicción de la Habana, reducida a recoger las primeras hojas de arriba luego que las ven pintadas de maduro, dejando en la mata las subsiguientes por seis u ocho días más, para que el sol las sazone y madure, lo que no pudo hacer por las sombras que recibía de aquellas; previniéndoles asimismo, que es muy útil arrancar las hojas en el peso del día, porque entonces están amortiguadas, blandas y con correa, la cual mantienen después.

“XII.—Que enmallen y encugen las hojas de dos en dos, sin ponerlas muy unidas en los aposentos de la casa de tabaco, porque si lo hacen de este último modo, se zahornan y pierden.

“XIII.—Que procuren tener bien cerradas las casas de tabaco para que éste no se ventee, excepto que o sobrevenga algún temporal de aguas continuadas, porque en este caso deberán abrir claraboyas para que el viento circule, evitando por este medio la pérdida total de la cosecha, lo cual sucedería si el tabaco derritiese su miel con la excesiva blandura del tiempo que percibe no obstante su encierro.

“XIV.—Que éste tengan el tabaco del modo explicado por el espacio de cuarenta días para su más perfecta maduración,

principiándolo a basar luego que con las aguas de primavera se enternecen, y lanzan las hojas sin riesgo de romperse; y que puestas aún en los cujes, formen con ello el pilón, en que conservarían el tabaco todavía otros veinte o treinta días más.

“XV.—Que cuando traten de levantar cujes para hacer las respectivas separaciones de las hojas, conforme a las calidades contratadas, sea por la noche, estando el tiempo seco, y poniéndolas en barrederas para que reciban las hojas la humedad del rocío de la noche y amanezcan suaves y flexible.

“XVI.—Que pues se sabe que el tabaco enterciado, después de hechos los manojos de cien hojas entra la calentura, y si se ponen unos tercios sobre otros, se arde, y pega, lo que no sucede después que ha pasado aquella, cuiden de excusar este daño.

“Cuyas reglas observadas puntualmente, como pueden hacerlo los labradores de tabaco, les asegurará cosechas floridas, tanto más si se agregan la no menos esencial de no sembrar más que doce mil matas por hombre, que son cuantas la experiencia ha enseñado puede asistir para que les rinda mayor interés que veinte mil cuidadas con tropelía, como sería forzoso sucediese así, por ser éste un número muy excesivo para la atención de solo un operario.”

En 1805 presentó D. Francisco Arango y Parreño su célebre informe sobre el estanco del tabaco, en el que abogó valientemente por su abolición, acumulando en él datos preciosos que demostraban el perjuicio que producían a la Hacienda, en vez del beneficio que con él se buscaba. Abogó resueltamente Arango para que el tabaco entrara a gozar de las salidas y franquicias que tenían los demás frutos, y que mientras tal cosa se obtuviera, se reformara la manera de funcionar la Factoría a fin de que el comercio del tabaco fuera más libre.

Poco se obtuvo con esa propaganda, porque hasta el 23 de Junio de 1817 no se dictó el Real Decreto decretando el desestanco del tabaco y el libre cultivo, venta y tráfico del mismo, fijándose en la vigésima parte de la cosecha el tributo real que debía pagar. Ese Real Decreto declaró en su preámbulo que los

privilegios concedidos a la Factoría habían sido la causa de la decadencia de la cosecha del tabaco que antes ascendía a seiscientas mil arrobas, y en el día, según los informes más imparciales, no llegaba a la mitad.

Así terminó el estanco del tabaco: las atribuciones de la Factoría se limitaron a asegurar el tributo real y derechos señalados, a comprar tabacos a precios convencionales, y a remitirlos a España y a los puntos de América que se fijaran; no teniendo en las compras preferencias ni privilegio alguno la Real Hacienda. Se establecieron, al dictarse ese Real Decreto, tres distintos derechos reales sobre el tabaco que fueron: el llamado **tributo real de la vigésima**, el de **elaboración de cigarros** y el de **extracción**: solo este último subsistió.

---



# **Los Grandes Imperios del Perú y de México**

---

**ORGANIZACION POLITICA, INSTITUCIONES,  
LINGÜISTICA, ARQUEOLOGIA, PALEOLOGIA, LITERATURA.**

---

## **PERIODO PRECOLOMBIANO**

---

**ESTUDIO PRESENTADO ANTE EL CONGRESO AMERICANO  
DE BIBLIOGRAFIA E HISTORIA,  
REUNIDO EN BUENOS AIRES Y TUCUMAN EN  
JULIO DE 1916.**





# ADVERTENCIA

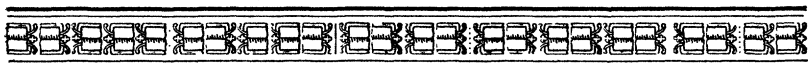
---

*Este estudio sobre la edad precolombina de los estados del Perú y México presentado ante el Congreso Americano de Bibliografía e Historia celebrado en Buenos Aires y Tucuman en Julio de 1916, ha tenido por base las obras citadas en la bibliografía que se menciona al final del trabajo: es un estudio, como generalmente se dice, “de biblioteca”.*

*Por indicaciones del Congreso este trabajo no debía pasar de cien páginas. No pretendo, pues, que se vean en él, descubrimientos o estudios especiales hechos por mí. Lo escribí por indicaciones de un amigo residente en Buenos Aires, quien me lo pidió, con objeto, según me dijo, “de que se viera en el citado Congreso la concurrencia de un cubano”, y hoy lo publico sin pretensiones de ninguna clase.*

---





## PRIMERA PARTE

---

# IMPERIO DEL PERU

---

## I

La antigüedad de las primitivas generaciones del Perú, es aún indeterminada. Al realizarse por los españoles la conquista de ese territorio, se encontraron funcionando el imperio de los incas, de un modo tan normal que hace suponer, forzosamente, que ese imperio tenía de existencia algunos siglos y que antes de él, debió existir un estado social primitivo. La civilización que acusan los incas, indican la evolución lenta y progresiva de razas inferiores que por acción del transcurso del tiempo, llegó al estado en que se presentó al realizarse la conquista. Estas generaciones primitivas, hasta hoy, permanecen ignoradas para nosotros; por eso se afirma, con razón, que la historia del Perú comienza con la fundación del imperio de los incas, pues poco o nada se sabe de los tiempos anteriores.

No deja de ser una conjetura de Delorme Salto cuando afirma que desde la época terciaria debió estar habitado el Perú, porque la antropología y la arqueología de consuno señalan a sus selvas y a las brasileñas como cuna del hombre, en las épocas intermedias de la edad terciaria. De aquellas primitivas generaciones, dice ese autor, que a fuerza de trabajos y de siglos lograron echar en el Perú las bases de una civilización explen-

dente, derívanse los indios peruanos , que ya cuando fueron reducidos por los incas, no conservaban ni vestigios de su pasado esplendor. Squier por su parte afirma también “que la civilización de los antiguos peruanos fué indígena, sin que quepa duda razonable sobre esto”. Baldwin dice, que las antigüedades peruanas, representan dos distintos períodos en la antigua historia del país, y que uno es más viejo que el otro. Prescott acepta la opinión de que existió en ese país una raza avanzada en la civilización antes de los incas, y que las ruinas de las orillas del lago Titicaca son anteriores al reinado del primer inca. Rivero y Tschendi haciendo la crítica de los monumentos dicen, que estos indican dos épocas muy diferentes en el arte peruano: una anterior y otra posterior al reinado del primer inca. Mitre, por último, sostiene que los monumentos americanos que señalan mayor adelanto en las artes y un grado más elevado de cultura intelectual o moral, no son los más modernos, sino los más antiguos.

Es indudable la existencia de razas anteriores a la de los incas; porque no es posible que el grado de civilización con que éstos aparecen en la historia, sea propio de un primitivo estado social, sino que tiene que obedecer al desenvolvimiento natural o evolución de razas primitivas en estado salvaje, hasta llegar a confundirse con las que aparecieron más tarde, entre las cuales fué la de los incas la principal que absorbió a las otras. Las tribus que existían antes de la conquista eran las de los abiticas, acos, ahives, amamaxos, ancas o angas, angarnes, aruporecas, asapupenas, atavillos, aullagas, antis, ayahuacas, ayaviris, aimareas, borillos, boroos, calca y laves, callisecas, calluas, canisienes, cavinas, cabos, cenomonas, charcas, chinataguas, chiquiguanitas, chiriguanos, chinecas, choromoros, chucunas, chunchos, chupachos, chuecos, ciriveres, coemonomas, coinguas, coscoacoas, caseremoniacos, fimayos, guatalmas, guantinguapas, guaicas, hancohuallúas, huancas, huaras, hubinas, ibitas, ipillos, lamas, matupeyapes, masques, masteles, mailonas, mogol-  
ves, motilones, mures, unidasos, pacajes, panataguas, payansos,

purasicas, quechuas, raches, tancas, xamoros y zepatos. Hemos hecho esta enumeración, para que se vea cuan variadas eran las tribus que poblaban el territorio peruano. Claro está que entre ellas existen muchas de escasa importancia; en cambio podemos citar a los chincas, que habitaban en las costas, a los aymareas que poblaban las altas llanuras del lago Titicaca y a los huancas habitantes de la región del Cuzco, que tenían importancia. Aquí fué donde apareció, según se dice, el Manco-Capac, fundador de la monarquía inca, que fué hijo del cacique de Pacaritambo y que se propuso libertar a los indios de la tiranía de los curacas. Tuvieron también importancia los quechua, cuyo nombre tomó la lengua que se habló en el Perú después de la conquista del quinto Inca Capac Inpanqui, teniendo su asiento en una y otra orilla del río Amancay.

Sobre estas primitivas tribus se dice, por ejemplo, que los collas, cultivaban la tierra y sabían conservar el fruto por un procedimiento que aún se ignora; tejían la lana y con ella hacían vestidos y gorros llamados chucos; vivían en casas de piedra de forma cónica y en sociedades regidas por instituciones libres e igualitarias y construyeron estatuas que han llegado hasta nosotros y grandes sepulturas en forma de torres de cuatro esquinas, labradas y cubiertas con paja o lozas, según la categoría del que la fuera a ocupar. Sobre los pocras y chacras, se afirma que vivían en los valles de Huamanga y Andahuailas, rodeados sus pueblos de fortificaciones, y en casas en forma de torres de una altura de cinco a seis varas, y una capacidad de seis pies de diámetro, entrándose a ella por una abertura de dos pies de ancho y medio de alto. Estas viviendas en su interior estaban distribuidas en tres departamentos, destinados a cocina, dormitorio y despensa. De los huancas, habitantes del valle de Jauja, sabemos que vivían en comunidades, regidas por un consejo electivo, en ciudades fortificadas y casas en forma de torreones. Los panos, en las orillas del Ucayalí y los indios de Chimú, se distinguían, los primeros por su escritura hechas en hojas de plátanos, ya con geroglíficos unidos, ya con caracteres sueltos, y

los segundos por sus confecciones de vasijas para beber, por sus esculturas de ídolos de oro y plata, a los que imprimían expresión. De los moxos, nos dice un escritor, que eran tan salvajes, que parecían manadas de fieras, y aficionados a ciertas bebidas espirituosas, como la chicha, que fabricaban embriagándose de tal modo que ocasionaban colisiones entre ellos. Sus costumbres, eran consecuencia lógica de un individualismo grosero, que no respetaba nada, que no buscaba otra cosa sino la satisfacción de los apetitos y la realización de las pasiones más brutales de la animalidad y de la carne. Los moxos se dividían en naciones, que poblaban el extenso territorio de Bolivia.

Delorme Salto no solo niega que esas tribus fueron originarias de emigraciones venidas de Oriente, sino que por el contrario sostiene, teniendo en cuenta el clima y la naturaleza, así como los monumentos que nos han dejado, que existió, sin duda alguna, el hombre cuaternario en las selvas peruanas, y que de esos monumentos debieron sacar el modelo los viejos pueblos del antiguo continente para la construcción de los suyos, por estar hoy admitido, por muchos sabios, la existencia de emigraciones americanas a la Atlántica y al viejo mundo en tiempos remotísimos, de cuyas emigraciones salieron los fundadores de las civilizaciones camíticas, ibérica, etrusca y aún del Asia. Es difícil aventurarse en estas afirmaciones: lo cierto es, que según la opinión, hasta hoy, generalmente aceptada, Manco-Capac en el siglo XI de nuestra era, cuyo origen se discute todavía, pues hay quien lo hace extranjero y otros peruano, fué el que fundó un gobierno regular, en medio de esas tribus esparcidas por todo el territorio. Para realizar esa organización se supuso hijo del Sol, asociando a su obra a su hermana y esposa Mama Oello-Huaco, a quienes instruyó, según se dice, en el modo de adorar a dicho astro, a cultivar los campos y les dictó leyes para fijar sus conductas. Sus virtudes y carácter bondadoso, hizo que rápidamente fuera adquiriendo prosélitos; y allí en el valle del Cuzco fundó el imperio de los incas, dándole por capital a la ciudad que estableció con ese nombre.

Durante su reinado, erigió un templo al Sol en la misma capital e inmediato a él una casa para las vírgenes de sangre real, que se consagraban al culto. Estableció también las insignias de su gerarquía, consistentes en una trenza de colores llamada "llauto", la cual la arrollaban a la cabeza, y terminaba con una borla encarnada que caía sobre la frente; en unas orejeras grandes formadas con unas planchas de oro con la cual se cubrían las orejas, y en el uso de cortarse el cabello, a diferencia de sus súbditos que debían llevarlo largo y suelto. El heredero de la corona, llevaba la borla amarilla.

El nombre inca, dice Garcilaso, significa rey o emperador, y en los de su linaje quiere decir hombre de sangre real, que habían de ser descendientes por la línea masculina y no por la femenina. Léase lo que sobre este punto escribe el citado autor: "Llamaban a sus reyes Capa Inca, que es solo rey, solo emperador o solo señor, porque Capa quiere decir solo; y este nombre no le daban a otro alguno de la parentela, ni aún al príncipe heredero hasta que habían heredado; porque siendo el rey solo, no podían dar su apellido a otro, que fuera ya hacer muchos reyes. Así mismo les llamaban Huacchacuyas, que es amador y bienhechor de pobres, y este renombre tampoco lo daban a otro alguno sino al rey, por el particular cuidado que todos ellos desde el primero hasta el último tuvieron de hacer a sus vasallos. Ya queda dicho la significación del renombre de Capac, que es, rico de magnanimidades y de realezas para con los suyos: dábansele al rey solo y no a otro, porque era el principal bienhechor de ellos. También le llamaban Intip chutin, que es hijo del Sol y este apellido se lo daban a todos los varones de la sangre real, porque según su fábula descendían del Sol, y no se lo daban a las hembras. A los hijos del rey y a todos los de su parentela por línea de varón llamaban Auquí, que es infante, como en España a los hijos segundos de los reyes. Retenían este apellido hasta que se casaban, y en casándose les llamaban Inca. Estos eran los nombres y renombres que daban al rey y a los varones de su sangre real, sin otros que adelante se ve-



rán, que siendo nombres propios se hicieron apellidos en los descendientes. Viniendo a los nombres y apellidos de las mujeres de la sangre real, es así que a la reina, mujer legítima del rey, llaman Coya, quiere decir reina o emperatriz. También le daban este apellido Mamanchic, que quiere decir nuestra madre: porque a imitación de su marido hacía oficio de madre con todos sus parientes y vasallos. A sus hijas llamaban Coya por participación de la madre y no por apellido natural; porque este nombre Coya pertenecía solamente a la reina. A las concubinas del rey que eran de su parentela, y a todas las demás mujeres de la sangre real, llamaban Palla, quiere decir mujer de la sangre real. A las demás concubinas del rey que eran de las extranjeras y no de su sangre llamaban Mamacuna, que bastaría decir matrona, más en toda su significación quiere decir mujer que tiene obligación de hacer oficio de madre. A las infantas hijas del rey, llamaban Nusta, quiere decir doncella de sangre real; pero era con esta diferencia, que a las legítimas en la sangre real decían llanamente Nusta, dando a entender que eran legítimas en sangre. A las no legítimas en sangre llamaban con el nombre de las provincia de donde eran natural su madre, como decir Coya Nusta, Huanca Nusta, Inca Nusta, Quito Nusta y así de las demás provincias. Este nombre Nusta, lo retenían hasta que se casaban, y casadas se llamaban Palla. Estos nombres y renombres daban a la descendencia de la sangre real por línea de varón; y en faltando esta línea, aunque la madre fuese parienta del rey, que muchas veces daban los reyes parientas suyas de las bastardas por mujeres a grandes señores, sus hijos e hijas no tomaban de los apellidos de la sangre real, ni se llamaban Incas ni Pallas, sino del apellido de sus padres, porque de la descendencia femenina no hacían casos los Incas, por no bajar su sangre real de la alteza en que se tenía; que aún la descendencia masculina perdía mucha de su ser real por mezclarse con sangre de mujer extranjera y no del mismo linaje, cuanto más la femenina. Cotejando ahora los unos nombres con los otros veremos que el nombre Coya, que es reina, corresponde al nombre Capa Inca, que es

solo señor; el nombre Mamanchic, que es madre nuestra, corresponde al nombre Huacchacuyac, que es amador y bienhechor de los pobres: el nombre Nusta, que es infanta, corresponde al nombre Auquí, y el nombre Palla, que es mujer de la sangre real, corresponde al nombre Inca''.

Estudiando la constitución del imperio de los Incas, se ve claramente la evolución lenta y progresiva de aquellas razas o tribus salvajes hasta constituir esa organización política con que se presentaron a los españoles en la época de la conquista. En el siglo XII aparece el Perú sometido a un régimen absoluto, que, según Greef, por medio de confederaciones y conquistas sucesivas, había pasado por los estados sucesivos, desde el punto de vista político de la estructura, de las hordas errantes sin dirección organizada, a las agrupaciones bajo la dirección más o menos fija de jefes militares y nigromantes, a la organización de claus con jefes hereditarios, luego a las de las tribus más o menos comunistas primero y después monárquicas, las cuales por último se habían desarrollado en monarquías bárbaras englobando cierto número de tribus para llegar a la constitución de un gran imperio. Este comprendió todos los territorios y las poblaciones que actualmente comprenden las repúblicas del Perú, la región montañosa del Ecuador, Bolivia, el litoral de Chile y los valles norte-occidentales de la República Argentina.

Los Incas, cuyo poder era más fuerte que el de las demás tribus y era también mayor su civilización, fueron subyugando poco a poco a las demás tribus, y así fueron sometiéndose a ellos los quinchuas, los aymara y los yunca, cuyos lugares de asiento ya hemos indicado.

En la época de la conquista, existían en la América los imperios del Perú y México con sus respectivas civilizaciones y una organización política peculiar. Muchos escritores sostienen que ambos imperios se desconocían, pues a pesar de que existían, en uno y otro, casi las mismas instituciones sociales, religiosas y políticas, en las que imperaba el despotismo, la propia intolerancia e igual crueldad, diferían en sus procedimientos guber-

namentales. Y esa semejanza no explica el conocimiento mútuo que ambos imperios se tuvieran, porque como observa Greef, sorprende hoy observar las notables afinidades del despótico imperio de Carlos V y particularmente de su sucesor, con el de Montezuma.

Este autor sin embargo se pregunta: ¿Era el Perú de civilización más antigua y no tan avanzada como la de México? El Perú no tenía escritura como México, aunque según Brinton, Rosney y otros, los mexicanos propiamente dicho carecían también de ella, si bien más tarde la adquirieron en virtud de la influencia poderosa de los mayas de Yucatán, que la conocían, ejercieron sobre ellos. Por estas circunstancias y además por el grado de inteligencia colectiva que poseían los peruanos, hace que se estudie primero el imperio de los Incas, por constituir México según el escritor ya citado, un estado superior de desarrollo. Quizás por eso también, en el tema que desarrollo se coloca primero el imperio de los Incas.

La monarquía del Perú, fundada por Manco-Capac, se hizo absolutista y hereditaria, siendo también el monarca el jefe de la religión, por lo que tenía el gobierno carácter teocrático muy marcado. Prueba ese absolutismo y la creencia de ser el rey hijo del Sol, las costumbres despóticas que existían, como la que ni aún los más ellegados de su familia podían comparecer ante la presencia real, sino descalzo y cargando en los hombros un ligero fardo, representación material de una sumisión abyecta.

Treinta y seis años reinó Manco-Capac sucediéndole su hijo en 1054 llamado Sinchi-Roca, quien tuvo por mujer a Mama-Cora y muchas concubinas, siguiendo la misma conducta de su padre: extendió sus dominios por el Sur y por el lado de los Andes hasta el río Calla-huaya. Reinó según unos 29 años y según otros 30, le sucedió Lloque-Inpanqui, su hijo. Sostuvo guerra con la nación Ayabirí, y agregó al imperio dos provincias y varios distritos, reinando 34 años, según unos y según otros 30 años. Se casó con Mama-Coba y tuvo varias concubinas. Sucedióle Mayta-Capac, su hijo a la edad de 51 años, rei-

nando 30 años según unos y 38 según otros. Conquistó por las armas el dominio de diez y siete grandes distritos, de los cuales dos limitaban con las llanuras de Chuqui-apu, nueve terminaban en Caracollo y la laguna de Paria y seis se extendían por el Occidente. Contruyó un puente sobre el Apurimac de bejucos. Se casó con su hermana Mama-Cuca. En el trono siguió Capac-Inpanqui primogénito y sucesor del anterior, reinó según unos 41 años y según otros 42, conquistando quince distritos y varios pueblos, subyugando a los aymares y fijando los linderos, con signos, de cada distrito, entrando triunfante, después de sus expediciones, en la ciudad del Cuzco. Se casó con su hermana Mama-Curiylipay. Sucedióle su primogénito Inca-Roca, que fué el primer emperador que organizó un ejército de treinta mil combatientes. Fué célebre su reinado por las naciones que venció y los veinte distritos que agregó al reino, mediante en guerras mandadas por él y por su hijo Yahuar-Huacac. Fundó escuelas para la educación de los príncipes de la familia real, a quienes se enseñaba el arte de los “quipus” o modo que se empleaba para suplir la escritura, y que consistía en la combinación de diferentes nudos hechos con cordones de distintos colores: sobre estos “quipus” hablaremos más adelante. Se casó este monarca con Mama-Micay con la cual tuvo muchos hijos, lo mismo que con sus concubinas. Reinó 51 años. Su hijo primogénito y sucesor Yahuar-Huacac sucedió en el trono y asoció a él a su hermano Inca-Mayta a quien confió una expedición contra el gran distrito Collasuyo, comprendido entre Arequipa y Tacama, el cual agregó al imperio. Durante este reinado aconteció la insurrección del distrito de Chíncha-Suyo cuyos habitantes se dirigían contra la capital. Al encuentro de los insurrectos salió el hijo del monarca llamado Inca-Rapac, quien alejado del trono por su padre en virtud de su carácter altivo e inquieto, y enterado de que su padre había abandonado la corte, reunió un ejército de ocho mil hombres más veinte mil que se le agregaron de las naciones fieles, y opuso resistencia a los revoltosos a quienes derrotó después de una sangrienta batalla que duró cerca de un

día retornando victorioso a la capital. En virtud del convenio tenido con su padre en la ciudad de Muyna, se hizo emperador, retirándose Yahuar-Huacac con su esposa Mam-Chieya. Se ignora el tiempo de su reinado. Inca Rapas al coronarse cambió su nombre por Viracocha-Inca y edificó un templo a diez y seis leguas del Cuzco a la memoria de su ascendiente; agregó a su territorio diez grandes distritos, con ayuda de su hermano Pahuac-Mayta-Inca; construyó grandes obras, entre ellas la acequia que terminaba en los Rucanas y ocupaban 120 leguas de camino, y a su poder se sometió voluntariamente el soberano de Tucuman. Mama-Runtu fué su esposa: reinó 36 años según unos y 50 según otros. A este sucedió Inca-Urco su primogénito quien a los once días fué depuesto por incapáz, siendo designado como sucesor su hermano menor Titu-Manco-Capac, quien hizo glorioso su reinado, construyendo palacios, templos, acueductos y otras obras; dictó leyes y acrecentó el territorio con 29 grandes distritos. Su esposa fué Mama-Huarcu de quien tuvo un sucesor. Vivió 103 años y reinó de 50 a 60 años. Inca-Yupanqui le sucedió, reinando un período de tiempo cuya duración se ignora: agregó al reino trece distritos o provincias: proyectó y principió la conquista de Quito: tuvo por esposa a Mama-Oella, y mereció por sus buenas obras el título de Tupac-Yaya o Padre que resplandece. Su hijo primogénito y sucesor Huayna-Capac, continuó las conquistas emprendidas por su padre y agregó al imperio veintitres distritos; subyugó a los carangües, extendiendo sus dominos por Quito, ocupando también la provincia de Pastos. Tuvov por esposa principal a Rava-Oello de quien nació Huascar-Inca; de su segunda esposa llamada Mama-Runtu, nació Manco-Inca, y de la tercera esposa nombrada Sciri-Paccha, hija del rey de Quito, a Athahualpa, llamado también Atabalipa. Al morir dejó a este último, con el consentimiento del primogénito, el reino de Quito. Esta división del imperio no fué respetada. Huascar-Inca exigió de Athahualpa obediencia, y fingiendo esta sumisión se acercó a la capital Cuzco con treinta mil hombres, so pretexto de asistir a los funerales de su padre. Descubierto el engaño no

pudo Huascar oponer resistencia a Athahualpa, el cual salió vencedor e hizo prisionero a su hermano y pasó por las armas a casi toda la familia de su hermano rival. Athahualpa último emperador, pagó la usurpación de imperio y el fratricidio, muriendo a manos de los españoles, al realizar éstos la conquista.

\* \* \*

De este brevísimo relato que acabamos de hacer, se vé, que el Inca tenía una mujer principal, que era su hermana, cuyo primogénito era también su sucesor, asegurándose así de este modo la sucesión al trono por ambas líneas: la paterna y la materna. Esa forma de sucesión solo regía para el trono, pues en otro orden la línea colateral era preferida siguiendo la costumbre de los pueblos más antiguos. Era legal que el monarca, además de su esposa, tuviera concubinas, cuyos hijos y éstas, formaban una casta aristocrática de primer grado, existiendo así una centralización política perfecta. La monarquía del antiguo Perú era absolutista y hereditaria, según hemos visto, poderosamente centralizada. Había dejado atrás, dice Greef, tiempo hacía, las formas políticas en uso, por ejemplo, entre los guaraníes, donde el mando pasaba, es cierto, del padre al hijo, pero en que el jefe guerrero continuaba siendo elegido, y en el antiguo Niágara, donde el jefe militar era también electo por los guerreros, siendo únicamente hereditario el jefe civil, el cual a veces acompañaba excepcionalmente el ejército.

Con relación a determinadas ceremonias dice Greef: “Ciertos incas eran divinizados en vida, lo mismo que los emperadores romanos; después de la muerte lo eran todos. Cuando uno de ellos “era llamado a las moradas del Sol, su padre”, sus entrañas eran llevadas a cinco leguas de Cuzco, en el templo de Tambo, y allí se las enterraba con la vajilla, las alhajas y algunas concubinas y sérvidores para el servicio del príncipe en su nueva morada. El mismo cuerpo del Inca, embalsamado, vestíanlo con un traje espléndido; y ya a partir de entonces permanecía sentado en una silla de oro en el gran templo del Sol, en

Cuzco, junto a sus reales antepasados, hombre y mujeres, unos a la derecha y otros a la izquierda. Las residencias del Inca fallecido quedaban cerradas con todo cuanto contenían; era una continuación de idénticas costumbres conservadas tradicionalmente de civilizaciones más groseras. Primeramente la casa misma del salvaje, con todo su contenido, sírvele de tumba, después se le entierra en la casa y finalmente fuera de ella. El templo se forma de la tumba diferenciada de la habitación. Sin embargo, las formas más antiguas se conservan precisamente mayor tiempo en las funciones sociales en que se resumen el mando y la autoridad”.

El primogénito y sucesor a la corona, era objeto de una educación muy severa; y no podía ocupar el trono hasta los diez y seis años. Si antes moría su padre, gobernaba en su nombre una regencia formada por un consejo.

El territorio del imperio estaba dividido en cuatro circunscripciones, las cuales tenían un virrey a la cabeza, y estos formaban, cuando era necesario, el Consejo de Estado del monarca. Estas circunscripciones estaban a su vez divididas en distritos, y estos en decenas, cincuentenas, centenas, etc., hasta diez mil habitantes, en los cuales existían los deceneros, cincuenteneros, centuriones, etc. que eran como administradores, celadores y defensores de la colectividad. Estas instituciones, como observa un autor, no eran creaciones de la autoridad real, sino supervivencia de las primitivas formas comunistas a las cuales se sobrepusieron las demás divisiones gubernamentales.

Sobre este asunto escribe Garcilaso de la Vega “Los reyes Incas dividieron su imperio en cuatro partes que llamaron Tawantinsuyo, que quiere decir las cuatro partes del mundo, conforme a las cuatro partes principales del cielo, oriente, poniente, septentrión y mediodía. Pusieron por punto o centro de la ciudad del Cuzco, que en la lengua particular de los Incas quiere decir ombligo de la tierra... Llamaron a la parte del Oriente Antisuyu, por una provincia llamada Anti, que está al oriente, por la cual llaman también Anti a toda aquella gran cordillera

de Sierra Nevada que pasa al Oriente del Perú, por dar a entender que está al Oriente. Llamaron Contisuyu a la parte del poniente, por otra provincia muy pequeña llamada Conti. A la parte del Norte llamaron Chinchaysuyu, por una gran provincia llamada Chíncha que está al Norte de la ciudad; y el distrito del mediodía llamaron Collasuyu por otra grandísima provincia llamada Colla que está al Sur''.

La organización política era la que hemos indicado y que con más detalles expone Garcilaso de la Vega. Según éste, los incas mandaron que en todos los pueblos del imperio se registrasen los vecinos por decurias de diez en diez; y que uno de ellos, que nombraban decurión, tuviese a su cargo a los nueve restantes: cinco decurias tenían otro decurión superior, el cual estaba encargado de los cincuenta: dos decurias de las cincuenta tenían otro superior que cuidaba de quinientos: dos compañías de a quinientos reconocían como jefe a un general que tenía dominio sobre mil; siendo éste el límite de las decurias.

Esta organización explica la constitución de una sociedad con tendencias muy diversas y en las que imperaban necesidades despóticas, guerreras y unitarias muy marcadas. Por esto, según un autor, esas dos tendencias divergentes, sirven para explicar la civilización del Perú, pues de otra manera resulta un fenómeno inexplicable, pues su función consistió precisamente en llevar a cabo, durante algunos siglos y en un vasto territorio, la civilización por medio de un régimen transaccional cuyos elementos, aunque inconscientemente, tornábanse a la vez, a las dos grandes corrientes que desde el origen, se disputan la dirección de la historia, la paz y la guerra, la libertad y el despotismo, la igualdad y la desigualdad, el amor y el odio.

## II

Entre las instituciones existentes en el antiguo imperio de los Incas, debemos citar la de los decuriones de diez vecinos,



que ejercían dos cargos: eran procuradores encargados de atender a las necesidades que se les ofreciesen a los vecinos, dando cuenta de ellas al gobernador o al encargado de atenderlas. Debían suministrar la semilla necesaria para la siembra, la lana para el vestido, construir las casas y reedificarlas si se caían o quemaban. Además de este cargo, ejercían los decuriones el de fiscal acusador de cualquier delito que alguno de su decuria cometiese, del cual daba cuenta al decurión superior, para que éste impusiera el castigo. Existían en este punto una verdadera jerarquía, tanto en lo que se refería a la gradación de la pena, como en la de los jueces llamados a imponerlas, evitándose con esto las apelaciones de juez en juez porque cada uno era competente para conocer en única instancia, de determinados delitos. La explicación que sobre esto nos da Garcilaso de la Vega es curiosa. Decía, repitiendo la tradición. “que por la demora del castigo se atrevían muchos a delinquir: y que los pleitos civiles por las muchas apelaciones, pruebas y tachas se hacían inmorales, y que los pobres por no pasar tantas molestias y dilaciones eran forzados a desamparar su justicia y perder su hacienda, porque para cobrar diez se gastaban treinta”.

Sin duda por esto en cada pueblo existía un Juez que conocía en única instancia de todos los pleitos; exceptuándose la contienda judicial entre dos provincias por los pastos o por los linderos o términos, en cuyo caso, el monarca nombraba un juez especial. A ningún Juez le era permitido transigir o modificar la ley, la cual debía ejecutar en toda su integridad sopena de muerte. Este principio lo explicaban atendiendo al fin moral que servía de base a la Ley, y sobre todo porque esta debía ser uniforme para todos, lo que no se conseguía si los jueces tuvieran la libertad de modificar o alterar el precepto legal.

Las sentencias así dictadas, debían comunicarse cada luna, a otros jueces superiores, y estos a otros de más grado, según la calidad y gravedad del delito. Esta comunicación, no era en vía de apelación contra el fallo, sino para que los superiores viesen si se había administrado recta justicia: en caso de no

ser así eran castigados con rigor. “La manera de dar estos avisos, cuenta Garcilaso, eran por ñudos dados en cordoncitos de diversos colores, que por ellos se entendían como cifras; porque los ñudos de tales y tales colores, decían los delitos que se habían castigado, y ciertos hilillos de diferentes colores que iban asidos a los colores más gruesos, decían la pena que se había dado y la ley que se había ejecutado: y de esta manera se entendían, porque no tuvieron letras”.

La controversia entre dos reinos y provincias sobre los términos o sobre los pastos, las decidía un juez especial, según ya dijimos, nombrado por el rey, de la familia real; el cual juez era el llamado a resolver en nombre del monarca, con objeto de que su decisión fuese inviolable. Si el juez no podía resolver, lo ponía en conocimiento del Inca quien fallaba si admitía la relación de hechos que le hacía el juez, y si no le satisfacía ésta, el rey personalmente giraba una visita a los lugares en pleito, y sentenciaba él mismo.

Existía también un registro de defunciones que llevaban los decuriones, debiendo dar cuenta de ellas a sus superiores de grado en grado. También se llevaba otro registro de nacimientos, y a fin de cada año se los comunicaban al rey para su conocimiento.

La legislación penal era muy variada. Al hijo de la familia se le castigaba, conforme a la gravedad de su falta, prescindiendo por completo de su discernimiento; cuya pena hacían extensiva al padre por ser él la causa, por no haber educado convenientemente al hijo; siendo el decurión el encargado de estas acusaciones. Las únicas penas que existían fueron las de privación de libertad; desconociéndose la de confiscación de bienes y multa. Y esta legislación se observaba hasta el extremo de que si algún curaca se revelaba, que era el delito que con más rigor se castigaba por los incas, se le aplicaba la pena de muerte, pero no se le privaba al sucesor de la herencia.

La obligación en que estaba el superior o decurión de ejercer debidamente el cargo de procurador, era tan estricta, que in-

curría en penas severas por las faltas que cometía. Garcilaso de la Vega sobre este extremo, dice: “Y el que dejaba de acusar el delito del súbdito, aunque fuese holgar un día solo sin bastante causa, hacía suyo el delito ajeno, y se castigaban por dos culpas, una por no haber hecho bien su oficio y otra por el pecado ajeno, que por haberlo callado lo había hecho suyo; y como cada uno, hecho capotal, como súbdito tenía fiscal que velaba sobre él, procuraba con todo cuidado y diligencia hacer bien su oficio y cumplir con su obligación, y de aquí nació que no había vagamundos ni holgazanes ni nadie osaba hacer cosa que no debiese, porque tenía el acusador cerca, y el castigo era riguroso, que por la mayor parte era de muerte por liviano que fuese el delito, porque decían que no lo castigaban por el delito que había hecho, ni por la ofensa ajena, sino por haber quebrantado el mandamiento y rompido la palabra del Inca, que lo representaba como a Dios; aunque el ofendido se apartase de la querella o no la hubiese dado, sino que procediese la justicia de oficio o por la vía ordinaria de los fiscales o caporales, le daban la pena entera que la Ley mandaba dar a cada delito conforme a su calidad de muerte, azotes, destierros u otros semejantes”.

Becker, con motivo de estas leyes dice: “Existían en sus leyes un principio de moralidad y de justicia, que fácilmente se deduce del resumen que de ellas hace un competente escritor anónimo de principios del siglo XVII: “Todo género de homicidio—dice—sea punido con pena de muerte. Quien mata a algún ministro del rey o a algún ministro de los dioses, o alguna virgen “acella”, que muera arrastrado o asañado. Quien matare a su mujer hallándola en adulterio, que sea desterrado por un cierto tiempo. Quien matare al rey o reina o príncipe heredero, muera arrastrado o asañado y sea hecho cuartos y su casa derrumbada y hecho muladar. El adúltero y la adúltera sean castigados con pena de muerte. Quien forzase doncella o la deshonrase, que muera apedreado. Quien tuviese cuenta con su propia hija, que mueran entrambos despañados; pero si fué

forzada y violada, que muera el padre y ella sea puesta para que sirva a las "acellas".

Era curioso el grado de moralidad que existía en el ejército, pues nunca se le permitía saquear a los pueblos conquistados, aunque lo fuesen por las armas.

La construcción de obras públicas corría a cargo de cada provincia y reino, a cuyo efecto, se les imponía esta obligación por vía de contribución: así se construían los puentes, caminos, calzadas, edificios reales y otros servicios semejantes. Comprendía también esta contribución, el envío de gente para la guerra, y su equipo. Al que desertaba del ejército se le condenaba con pena de muerte. Para poder fijar esta contribución de hombres, estaba establecido la formación de un censo en el que se fijaba cada año el número de los vasallos que de todas edades había en cada provincia y en cada pueblo.

La tierra era cultivada por el pueblo: ni el inca ni su familia, ni el clero se ocupaban de estas faenas, siendo de la comunidad. Las cosechas se dividían en partes desiguales entre el gobierno, el clero y los cultivadores. La parte del pueblo se repartía proporcionalmente entre los jefes de familia. Los ancianos, lisiados o inútiles eran mantenidos de la parte que correspondía al gobierno. La familia era patriarcal y monárquica y tenía sus propios manes y ritos. La elección de esposa no pertenecía al individuo. Cuando llegaba a la edad prescrita para ser jefe de familia, tomaba obligatoriamente la compañera que la autoridad quería dejarle. La comunidad fabricaba una casa a cada matrimonio, asignándole una parcela de terreno cultivable, que se aumentaba o disminuía en proporción al aumento o disminución de la familia.

En materia religiosa, los incas creían que el hombre estaba compuesto de cuerpo y alma inmortal, siendo el primero formado de tierra. El universo para ellos estaba dividido en tres partes o mundos: llamaban al cielo "hauan pacha", que quiere decir mundo alto, donde iban los buenos a ser premiados por sus virtudes; llamaban "hurin pacha", a la tierra que quiere decir

mundo inferior de allá bajo: y llamaban “ucu pacha” al centro de la tierra a donde iban a parar los malos. No concebían la otra vida espiritual, sino corporal, pues suponían allá arriba una vida tranquila, quieta, libre de todo trabajo y pesadumbre; en cambio se imaginaban la vida en el mundo inferior llena de dolores, enfermedades, penas y de todo género de calamidades.

López de Gomara hablando de los entierros que a los reyes y grandes señores se hacían, dice: “Cuando españoles abrían estas sepulturas y desparcían los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resucitar: cá bien creen la resurrección de los cuerpos y la inmortalidad de las almas”. Agustín de Zárate y Pedro de Cieza, repiten estas mismas palabras de Gomara.

Existe, una gran diferencia entre los sacrificios de los incas y el de los aztecas. Estos, veremos cuando nos ocupemos de su imperio, consistían en personas, mientras de los de aquellos consistían en animales domésticos que ofrecían al Sol. A semejanza de lo que pasaba en el pueblo hebreo, el sacrificio más principal y estimado era el del cordero, al que seguía el del carnero y luego el de las ovejas machorras. Se sacrificaban también los conejos caseros, las aves domésticas, sebos solos, mieses, legumbres y yerba cuca y hasta ropa de vestir, por vía de incienso. Existía la costumbre de no beber mientras se comía y antes de hacerlo, mojaban la punta del dedo del medio o mayor en el líquido, y lanzaban al aire la gota del brebaje, ofreciéndosela al Sol, en acción de gracia por haberles dado de beber, lanzando también al aire dos o tres besos en señal de adoración al mismo Sol.

Los sacrificios humanos eran, pues, desconocidos, entre los incas. Ellos tenían la creencia que la muerte era una especie de llamamiento que hacía el Sol para que descansaran con él. Así eran palabras corrientes las que pronunciaban aquellos reyes incas cuando al morir decían: “mi padre me llama que me vaya a descansar con él”.

Al frente de la jerarquía eclesiástica se encontraba el Sumo

Sacerdote, que no tenía traje especial, sino el generalmente usado por los demás, y que era de sangre real, siendo por lo general tío o hermano del rey. Todos los sacerdotes de la Casa del Sol debían ser de sangre real. En las demás provincias, los sacerdotes eran naturales de ellas, teniendo el sacerdote principal la categoría de Obispo y debía ser inca, para que hubiera uniformidad en el ritual de ceremonias y sacrificios.

Existía también las Casas de Vírgenes en donde a semejanza de nuestras monjas enclaustradas, guardaban perpetuamente su virginidad las que entraban en ellas; existiendo sin embargo otras, que servían de concubinas al rey.

El inca era el primer agricultor de su reino. Cada año, en las grandes fiestas, y escoltado de toda su corte, él trabajaba un campo. Era una ceremonia simbólica que servía para mantener viva la imaginación popular. Todo un sistema de canales y acueductos, ejecutados por los vecinos, utilizaban el agua de las montañas para suplir la rareza de las lluvias e irrigar convenientemente todas las tierras laborables, y con especialidad las del litoral. La situación del Perú imponía cultivos diversos. Al pié de las montañas crecían los cocoteros, las palmeras; más alto se sembraba maíz, del que se sacaba una especie de miel y una bebida; más alto aún, sobre las vertientes de las cordilleras, se cultivaba la patata. En el Perú se explotaba la llama, animal domesticado que los españoles tomaron como una especie de carnero. Este animal era muy estimado, estando prohibido matar a las hembras; cuya estimación no provenía por su carne, sino por su lana.

Con razón escribe Greef, que el Perú se nos presenta como un inmenso imperio donde se ven englobadas poblaciones numerosas y diversas, y cuya economía social funciona sin propiedad privada, a no ser que por tal consideremos los efectos que cada familia consume, sin impuestos, sin comercio, sin moneda, sin libertad industrial, sin permuta, si la ley de oferta y de la demanda. La explicación de esto estaba en el régimen socialista del Estado, que era incompatible con un gran desarrollo comer-

cial, puesto que impedía a los individuos la especulación para que no se enriqueciesen.

Este imperio subsistió durante infinidad de siglos, hasta el día en que las conquistas extranjeras lo derribaron. Aunque de manera despótica, había realizado, por medio de una notable conciliación de las formas conquistadoras con las formas igualitarias y comunistas primitivas, una estructura social casi análoga a la que en Europa iban a proponer al propio tiempo los Morus y los Campanella. ¿No es dable suponer que éste, gracias a su prodigiosa ciencia y a sus considerables relaciones, especialmente con los monjes italianos y españoles, tuviese conocimiento, cuando compuso, hacia el año 1602 su célebre “Ciudad del Sol”, de esa “Ciudad del Sol” tan real y llena de vida, de ese imperio prodigioso, cuya mecánica regular, a la vez despótica y relativamente bienhechora, excedía a las más hermosas utopías de los siglos XVI y XVII en Europa? (Greef).

### III

Una sola familia lingüística, la auca o aucania, ocupaba las dilatadas llanuras de la región de las Pampas. Perteneían a esta familia filológica, según un autor, no sólo las Pampas propiamente dichas, sino también los araucanos o mapuches del sur de Chile.

Según hemos dicho ya, los incas salieron de una de las seis tribus en que se dividían los quichuas, y de éstos tomaron el idioma. El quichua se dividía en cinco principales dialectos: el quichua propiamente dicho o dialecto Quito; el Tchintchay-souya (centro del Perú); el dialecto del Cuzco (extremo Sur del Perú); el dialecto de Cochachamba (Bolivia), y el caltchaki (veriente oriental de los Andes).

Del estudio hecho de esta lengua se ha llegado a la afirmación de que la aglutinación es el carácter principal de ella. Tiene como característica especial la de que las relaciones de los nombres entre sí y con las preposiciones, se expresan con la ayu-

da de subfijos; lo mismo que el del nombre cuando indica posesión.

En el quichua se conocen dos procedimientos de formación de las palabras: uno es por derivación y otro por composición. El orden de los términos, en la composición, es idéntico al de las lenguas indo-europeas: el número de estos términos no pasa generalmente de dos. Esta lengua tiene articulaciones que nos son desconocidas, y le faltan por otra parte, nuestras consonantes b, d, f, g, l, v. Las declinaciones tienen tres casos formados por flexiones. La conjugación es rica en tiempos, modos y voces; y muy notable por su perfecta regularidad, no teniendo verbos irregulares. El verbo se coloca con uniformidad al fin de la proposición.

La lengua aymara no es menos ruda que la quichua en su pronunciación, pero tiene de común con ella un crecido número de términos y formas gramaticales, que se hace ascender a un veinte por ciento. Es sin embargo inferior al quichua, sin dejar de ser uno de los más ricos y regulares de América. El verbo llevar, por ejemplo, tiene hasta doce acepciones, empleándose según el objeto a que se aplica y el modo que el sujeto tiene de obrar. Las relaciones nominales se indican, no por preposiciones, sino por aposiciones. El aymara se halla dividido en numerosos dialectos, que corresponden a las múltiples tribus en que se divide la nación.

La lengua de los moxo es suave y armoniosa; carece de las consonantes d, f, l, sin que se le duplique ninguna consonante. Cerca de ésta se halla la nación de los chiquiros, cuya lengua no posee los sonidos duros, ni la redundancia de consonantes de los idiomas del Perú occidental, por más que contenga muchos sonidos nasales y guturales. El lenguaje habitual de las mujeres del pueblo difiere del de los hombres por cierto número de voces y formas que indican respeto y sumisión. Citaremos todavía dos tribus del bajo Perú: una la de los panos que habita en la dirección del Ucayale, en la cual se ha encontrado el uso



de geroglíficos, y otra la de los carapuchos, cuya lengua está llena de sonidos roncós y guturales, de muy mal efectos.

Por lo que se refiere al quichua, era la lengua más generalizada por todo el Perú. El padre Blas Valero dice en sus "Memorias", que cada provincia tenía en el Perú su lenguaje propio especial; pero que había una lengua común, que se llamaba algunas veces lengua de Cuzco, y que en tiempo de los Incas se empleaba desde Quito hasta los reinos de Chile y Tumac. Cada vez que los incas sometían a una provincia, mandaban hombres encargados de enseñar a los nuevos súbditos del imperio la lengua de la capital, y no se elegía en todas las provincias para cargos públicos, sino aquellos que más expeditamente la hablaban. Por lo demás esta lengua la representa Balbi en sus "Atlas etnográfico", como muy armoniosa y dulce por más que algunos le han negado este carácter, presentándola por el contrario, como muy dura en su pronunciación, llena de sonidos extraños y de articulaciones violentas.

#### IV

Por las ruinas de los castillos y poblaciones que han llegado hasta nosotros, se demuestra el adelanto a que llegaron los incas en su arquitectura. Véase en prueba de esto también los vestigios que existen en el camino que iba desde el Cuzco a Quito y que pasaba por Baños en Huamalies. Allí se ven esos vestigios en Tarma, Conchucos y Cayamarca.

Por regla general las obras se construían con gran lujo, piso sólido y con antepechos en los costados; llamando la atención las acequias por donde conducían las aguas, según ya dijimos, atravesando inmensas distancias. Se unían las piedras sin mezcla, como se observa en la cañería hecha para regar el valle de Nasca. Cerca de Tambo en Calca, en el mismo Baños y en otros puntos se observan ruinas; admirándose por su grandeza las de las fortificaciones de Huambacho, en el distrito de Santa, donde se ve una gran muralla con baluartes, la cual se extendía a lo largo de una pequeña montaña contigua al Pacífico.

Se empleaban para la construcción de esas obras, grandes peñascos, labrados, cuya conducción, desde la cantera al lugar de la construcción, es hoy todavía inexplicable. Las ruinas más notables son: el palacio de Huascar Inca en el cerro de Rumicollca en Quispicauchi; el edificio destruído cerca de la villa de Huaracu, calcera que fué de Cañete; poblaciones y castillos que han desaparecido del distrito de Jauja, y la ciudad arruinada en el páramo de Chulucanas, entre Guancabamba en Piura y Ayavaca.

El Cuzco en especial, ofrece monumentos, que sobre ellos dijo en 1325 D'Leary lo siguiente: "Cuzco me interesa infinito. Su historia, sus fábulas y sus ruinas, son encantadoras. Esta ciudad puede con razón llamarse la Roma de América. La inmensa fortaleza en el lado del Norte de la ciudad, es su capitolio; y el templo del Sol, su coliseo. Manco-Capac fué Rómulo; Viracocha, su Augusto; Huascar, su Pompeyo, y Athahualpa su César. Los pizarros, Almagros, Valdivias y Toledos, son los Hunos, Godos y Cristianos, que la destruyeron. Tupac Amaru es su Belisario, que la dió un día de esperanza, y Pumacagua su Rienzi y último patriota".

En el Perú se encuentran los guacas o sepulcros en donde se han encontrado joyas de oro y plata que servían de adorno a los cadáveres; jarros de formas curiosas llenos de chicha; utensilios de caza, y maíz que han germinado después del tiempo transcurrido.

Entre los restos encontrados en Aymara en Traguamaco, cerca de la Paz, consistente en una cabeza de una estatua colosal y otras antigüedades de los quichuas, se notan bastante diferencia, acusando mayor grado de perfección en estos últimos. En la cabeza de Aymaras, se ven las líneas demasiado rectas y los ojos completamente circulares, llenando la cara unos dibujos a manera de tatuaje. En el de los quichuas la fisonomía de las cabezas es perfecta, acomodándose los rasgos fisonómicos a los de una persona.

En dos vasos antiguos de los quichuas de Bolivia se ven que son representativos de cabezas humanas de rasgos perfectos, sa-

liendo del centro de los mismos dos tubos que representan la boca de los vasos.

De las momias encontradas de los antiguos aymaras, se saca en consecuencia que acostumbraban a colocar los cadáveres sentados de tal manera que parecen con los fémures doblados contra el vientre y las tibias y peroné contra aquellos; teniendo los brazos rectos hacia abajo pegados a los costados y los antebrazos doblado hacia arriba contra estos. Estos cadáveres se envolvían dentro de una especie de canastas en las cuales se dejaban dos aberturas: una para ver el rostro del difunto y la otra por donde se veían las puntas de los dos piés.

## V

Los antiguos peruanos cultivaban la poesía, siendo el metro de su versificación muy variado. La poesía épica fué el género más usado de todos; por eso Raynal observa que “los hombres grandes, era el objeto ordinario de los poemas compuestos por los incas, para instrucción de los pueblos”.

También cultivaban la fábula o apólogo los amautas o filósofos, poniendo de este modo los principios de la moral al alcance del pueblo, y los avoricus o poetas, como dice un autor, “hacían más asimilable a la memoria la narración de los hechos históricos revistiéndolos con las formas poéticas”, lo que nos da a entender que también se cultivaba la epopeya.

Según afirma Garsilaso de la Vega, los peruanos tenían igualmente literatura dramática, representándose en la ciudad del Cuzco, comedias y tragedias. No faltó la poesía erótica, si bien la forma de ella fué de poca extensión, como la que tienen nuestros sonetos y redondillas.

De más está decir que no habiendo existido la escritura entre los antiguos quichuas, toda esa literatura se conservó por la tradición u oralmente.

Difícil es llegar una afirmación concreta, respecto a que si las tribus peruanas conocieron formas geroglíficas para expre-

sar la escritura; porque a los quipos no podemos considerarlos como tales, por más que suplieran de un modo imperfecto la escritura. Era sin embargo maravilloso el uso de estas cuerdas cuyos variados nudos y diversidad de colores servían para fijar los hechos, cuyo recuerdo importaba conservar, y que se guardaban bajo la custodia de depositarios fieles, constituídos por la autoridad pública. Hoy cuesta trabajo explicarse estos quipos de un modo satisfactorio; y sin embargo no cabe duda que se utilizaban, sobre todo, como instrumentos de cálculos; sirviendo los matices de los cordones para indicar la naturaleza de los objetos, y la forma de los nudos las cantidades o números. Debieron, a pesar de todo, ser los quipos, como observa Robertson “de muy escasa utilidad para conservar la memoria así de los acontecimientos como de las instituciones políticas”.

---





## SEGUNDA PARTE

# IMPERIO DE MEXICO

### I

Cuando se trata de averiguar el origen de la primitiva población de México, surgen varias teorías que tienen a su favor antecedentes más o menos atendibles, por los fundamentos científicos que le sirven de base, pero ninguna de ellas llevan al ánimo una convicción plena de sus certezas.

Según la hipótesis más corriente, admitida por Humboldt y Prescott, los mexicanos fueron emigrantes procedentes del Asia, llegados ya por el estrecho de Behering y las islas Aleutianas, ya por el Oceano y los grupos de islas de la Polinesia. Enfrente de esta opinión, podemos citar la de Blumenbasch, que afirma la existencia de una raza puramente americana, teniendo por base esta afirmación, el hecho de haberse descubierto, en territorio mexicano, los restos de un hombre de la edad cuaternaria, y por consiguiente, muy anterior a los primeros habitantes de los cuales tenemos noticias.

Sobre este particular es imposible fijar la ruta o rutas que siguieron los hombres cuaternarios del antiguo continente en sus inmigraciones al Nuevo, si es que de aquel vinieron a éste, dado que se da por seguro la existencia de estas inmigraciones, si bien se afirma que vinieron por tierra, porque las navegaciones de altura eran impracticables en aquellos remotos tiempos.

Lo que parece indudablemente es que todas las tribus que existieron en el nuevo mundo no se asemejaban ni tenían un tipo común o sello de igual origen; sin que podamos afirmar, como lo hace Link de un modo absoluto, que el Asia, en los tiempos históricos, haya poblado la América y por consiguiente que el mexicano indígena esté emparentado con el del Mogol y demás tribus del Asia oriental. No cabe duda que existió entre América y Asia, comunicaciones desde los primitivos tiempos, pero esto lo único que nos demostrará es la existencia de emigraciones parciales, que serán el origen de determinadas poblaciones americanas, pero que no pueden considerarse como madres de la gran masa de los primitivos pobladores americanos.

Existen en estos últimos ciertos rasgos fisonómicos que son peculiares de ellos y no comunes a los demás del viejo mundo. Un autor observa, por ejemplo, que la cara, la frente, la nariz, los dientes, las piernas, los pies, el cabello, la barba, el color de la piel y otras particularidades de los hombres de América son distintos en todo o en parte a los del resto del globo. Sin embargo, Malt-Brum, estudiando las analogías que existen en varias palabras de los idiomas de algunos pueblos asiáticos con los del nuevo mundo, ha querido ver en esto, líneas de emigración entre uno y otro continente. Esta teoría de Malt-Brum ha sido combatida por Klaproth, apesar de haber encontrado mayor cantidad de palabras análogas y semejantes entre los idiomas de los dos mundos. Si la América—dice este autor—hubiera sido poblada por tribus de origen asiático, debería ser este acontecimiento anterior a los tiempos históricos, y aún a la gran inundación que cubrió los lugares menos montañosos de la superficie del globo, porque es imposible que después de diez y siete siglos hayan podido cambiarse los idiomas de la América, hasta el punto de no encontrarse mayor número de voces análogas en origen con los idiomas del antiguo continente. Así se observa, por ejemplo, que el griego, el latín y otras muchas lenguas, conservan aún sus rasgos característicos, a pesar del tiempo transcurrido.

Al lado del idioma, se invoca también, para explicar esa identidad, la semejanza o igualdad entre las ceremonias religiosas de los americanos y asiáticos. Son de tan escasa importancia, que no merece consideración especial este argumento, por ser sus resultados vagos e indeterminados, dado que existen, entre ambas civilizaciones, diferencias tan radicales como la de prohibir la religión de Boudha matar, cualquiera que sea la causa, mientras que en México el culto tenía carácter sanguinario. Lo mismo se puede decir de los rasgos de arquitectura o figuras fantásticas, porque son detalles, repetimos, tan insignificantes que no pueden servir para dilucidar una cuestión tan importante como ésta.

Nosotros creemos sin embargo, que la primitiva población mexicana, fué indígena, sin que neguemos que en el transecurso del tiempo se haya mezclado, parte de ella, con esas emigraciones asiáticas de que nos habla Humboldt, Prescott y Malt-Brum. La existencia del hombre cuaternario, demuestra la certeza de lo que decimos. Esa invasión de hordas y tribus salvajes, más o menos independientes en su primitiva constitución, tuvieron, sin duda, su asiento en las elevadas mesetas del Anahuac, sin que podamos llegar a una completa clasificación. Cítanse, sin embargo, entre las más antiguas y poderosas, los Olmeques o Hulmecas, cuyas emigraciones alcanzaban hasta el golfo de Nicoya, a León de Nicaragua; los Xicalancas, los Tzapotecas y los Otomitas o Otomies. Según Humboldt, los olmecas y los xicalauacas, que habitaban la llanura de Tlascala, se vanagloriaban de haber subyugado, a su llegada, a una raza de gigantes, tradición que verosimilmente se funda en los enormes huesos fósiles de elefantes encontrados en las regiones elevadas del Anahuac. Todo el período que precedió a la gran emigración de los toltecos, no se menciona en la vaga tradición mexicana. Con relación esta emigración, se dice, que salió de una comarca que llamaban Hue-Hue-Tlapalan o Tlalpallan, en el año 554, de nuestra era. Los toltecos llegaron a Tollantzinco, en el país del Anahuac en 648 y a Tula hacia el 670. Iban buscando eli-



mas más suaves y tierras más fértiles que las suyas, en donde se establecieron, mezclándose con los habitantes de esas comarcas. Boturini les hace llegar al Anahuac con bastantes conocimientos, que más tarde debían ser utilizados por los aztecas. Respecto a esta cultura, nos dice Larenaudiere, que los aztecas consideraban la edad de los toltecos, como los siglos heroicos del Anahuac, y dándose un origen común, remontan hasta ellos su antigüedad. “Nosotros estamos lejos de admitirla, dice este último escritor, y todo nos conduce a pensar, que la civilización de aquella parte de México, es anterior al establecimiento de los toltecos; creemos que esta civilización no ha venido con los hombres salidos de norte América, salvajes habitantes de una comarca áspera, pero que es indígena y pertenece al pueblo no existente o extinguido por las gentes del Norte, que se liga con la civilización guatemalteca o místico-zapoteca o mayaquiza, que vive todavía, para nosotros, en las ruinas de Mitla y de Palenque”.

Pero apesar de esto, no se puede negar que la presencia de los toltecos, imprimió un gran desarrollo a la civilización indígena, y fué tal su pujanza, que obscureció a ésta, hasta el extremo de atribuirse aquellos las obras hechas por esos indígenas. En medio de esas tribus que ocupaban el Anahuac, pues, se fijaron los toltecas, que según la leyenda, fueron conquistadores y civilizadores a la par, y al establecerse, se dividieron en siete tribus. Procedían, según dijimos del Norte, y por el Norte hicieron su invasión a esa comarca; asegurándose por algunos, que cada tribu estaba dividida en siete cuerpos, por cuyo motivo, la conquista debió efectuarse en siete distintas expediciones. Esta irrupción se fija en el siglo VII, y adquirió su establecimiento gran preponderancia, constituyendo su centro político en la ciudad de Totlan, acualmente Tula, al noroeste de México. Esta denominación duró hasta fines de la undécima centuria. Los anales mexicanos refieren que una epidemia rápida en su marcha, y terrible en sus efectos, destruyó de un golpe toda la población; quedando el Anahuac, en pocos

años, convertido en un vasto cementerio. Las tres cuartas partes de sus habitantes perecieron, y sin braceros los campos, sucedió el hambre. El nombre de Toltecas como nacional desapareció. Un buen número de familias se quedaron en el país, otras fueron a establecerse en Yucatán; otras a Guatemala y a sus tierras vecinas, y otras se dispersaron por el valle de México y territorios de Cholula y Tlaximoloyan. En esa época se verificó la invasión de los chichimecas, que según Torquemada, ascendían a un millón de individuos, y otro historiador, Larenaudiere, reduce a algunos millares de cazadores salvajes, casi desnudos, conduciendo a sus mujeres e hijos y marchando bajo las órdenes de un Jefe o Rey llamado Xolotl, adorador del Sol.

La civilización tolteca fué muy importate. En la agricultura, fueron los primeros que cultivaron el maíz, el algodón y el pimientó; en mineralogía, fundieron el oro y la plata y trabajaron las piedras preciosas, llegando a decir Sahagun, que fué tan grande el adelanto, que alcanzaron acerca del conocimiento de las piedras, “que aunque estuviesen metidos dentro de alguna grande y debajo de tierra, con su ingenio natural y filosofía, las descubrían y sabían donde las habían de hallar”.

Respecto a los conocimientos astronómicos de los toltecos, dice Boturini, que observando en su antigua patria Tollan, la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil, intercalaron un día cada cuatro años, cuya innovación se verificó centenares de años antes de la era cristiana. El mismo autor agrega que reinando en el Anahuac su segundo monarca Yjthilcuechahuac, un célebre astrónomo llamado Huematzin, convocó, de acuerdo con el rey, a todos los sabios de la nación, los cuales trazaron el famoso libro llamado Teoamojtli, esto es, “librodivino”, en el cual se exponía, por medio de diversas figuras, el origen de los indios, su dispersión, después de la confusión de las lenguas en Babel, sus peregrinaciones al Asia, sus primeros establecimientos en el continente americano, la funda-

ción del imperio de Tula y sus progresos hasta aquella época. Así mismo describíanse en ese libro los cielos, los planetas, las constelaciones, el calendario de los toltecos, con sus cielos y las transformaciones mitológicas en la que se comprendía la filosofía moral de aquellos pueblos.

Según los datos que han llegado hasta nosotros, la primitiva forma de gobierno de los toltecas fué una monarquía, de la cual participaba el jefe de la religión. Esta monarquía parece haber comenzado en el año 667 y concluye en 1502. Durante este período, que tuvo de duración más de cuatro siglos, sólo se cuenta una sucesión de ocho reyes; corto número sin duda, pero que obedeció a una ley del país, según la cual un reinado debía de durar cincuenta y dos años. Si el rey fallecía antes de ese período de tiempo, gobernaba por lo que quedaba de tiempo, un consejo de nobles en su nombre; y si por el contrario vivía el rey más de los cincuenta y dos años, estaba obligado a renunciar el cetro, nombrándose enseguida el sucesor. Esta ley la menciona Clavijero, sin que exprese la fuente de donde la toma.

En el año 1170 se establecieron los chichimecas en el valle de México, mezclándose con los habitantes del país y especialmente con los toltecos. Su Rey Xolotl fijó su residencia en Temayuca, seis leguas al norte de México, y allí estableció su corte el hizo el empadronamiento de sus súbditos, lo que acusa un grado de adelanto político no común en esas tribus primitivas. A ese establecimiento de los chichimecas, sucedieron otros, como fueron los de las tribus de los Xochimilcos, los Chalcos, los Tepanescos, los Colhuas, los Tlahuica, los Tlascalteca y los Azteca o Mexicanos. Según la historia, estos se separaron de los Tlascaltecas en las montañas Zacatecas y llegaron después. Estas tribus fueron sucesivamente al valle de México, y acogidas por el rey chichimeco Xolotl, quien las dejó que se establecieran en las riberas y contornos de los lagos y en diversos lugares de su territorio, formando en los pocos años estados separados.

En el territorio del Anahuac aparecieron también en esta época los Alcolhuas, salidos de Teo-Alcolhuacan, guiados por

tres Jefes, jóvenes, de buena presencia y voz dulce y persuasiva, según dice la leyenda, quienes obtuvieron de Xolotl una buena acogida y que éste les ofreciera, para esposas, a sus dos hijas y a una joven virgen de Chalco, nacida de parientes toltecos. Aquí comienza la confusión de las tribus, que fué además sacionada por tratados de alianza que celebraron, constituyendo así una sola nación cuyo territorio tomó el nombre de Alcolhuacan. Esta unión que parecía ser sólida, se quebrantó por la emigración de los chichimecas, quienes no podían acomodarse a la vida sedentaria y agrícola, y cambiarla por la de cazador que hasta entonces habían llevado; verificándose la emigración hacia el Norte, en donde se reunieron con los otomías, que constituían una nación poderosa, bárbara e independiente, a quienes no pudieron conquistar los ejércitos de Montezuma y de Cortés.

La sucesión al trono de esta dinastía chichimeca alcolhua, tuvo como hecho importante, que el cuarto sucesor de Xolotl se estableció en Texcuco, cuyo territorio se prestaba mejor para el fomento de la capital del reino. Ocupó esta dinastía desde el siglo XII hasta la caída del imperio mexicano en 1521. Once reyes reinaron durante este período de 330 años. Fué el primero de ellos Xolotl, cuya muerte fué sentidísima en Anahuac. Dice con motivo de sus funerales un historiador: “El cuerpo del difunto cubierto de figurillas de oro y de plata bien trabajadas, fué colocado en una especie de caja, sobre una capa de goma copal y otras sustancias aromáticas. Así quedó cinco días, tiempo necesario para la llegada de los señores convidados a sus obsequios. Después fué quemado, según costumbre de los chichimecas. Reunieron las cenizas en una urna de piedra muy dura que quedó por espacio de cuarenta días expuesta en una de las salas del real palacio. Cada día se acercaba la nobleza a pagarle un tributo de lágrimas. Pasado este tiempo fueron en procesión al lugar de la sepultura de los reyes. Era éste una caverna cavada en un otero piramidal, de los muchos que hay en aquella parte de las Américas. Allí se colocó la urna, dejándola al cuidado del dios de la muerte”.

Los sucesores de Xolotl fueron casi todos hombres notables. La ciudad de Texcoco, fué durante esa dinastía un emporio de belleza y la resistencia de todos los sabios, poetas y artistas más célebres.

Dos reyes importantes tuvo esta dinastía chichimeca: Nezahualcoyotl, el Solón del Anahuac, como le llama Clavijero, y Nezahualpilli, su hijo. Durante el reinado del primero, se dictaron ochenta leyes que fueron después copiadas por sus descendiente Fernando de Alba Yjtliljochitl en su "Historia de los Chichimecas"; se reformaron los consejos establecidos por su abuelo Techotlalla, haciendo el rey que fueran servidos por personas aptas y dignas; se creó un consejo para las causas civiles y otro para las criminales; el consejo de guerra compuesto por los más famosos capitanes y guerreros del Acolhuacán; el de hacienda al que pertenecían los mayordomos de la casa real y los primeros comerciantes de Texcoco; se fijó en ochenta días, como máximo, la duración de las causas civiles y criminales, y que cada ochenta días se celebrase una reunión en el palacio real, a la cual concurriesen los jueces y los reos, para recibir éstos el castigo a que se habían hecho acreedores; se establecieron juntas o academias para el cultivo de la poesía, la astronomía, la música, la historia, la pintura y del arte de adivinación; se llamaron a la corte a los profesores más acreditados, fundándose escuelas en Texcoco para cada una de esas materias. Clavijero afirma que en el siglo XVI eran célebres los sesenta himnos que compuso el rey en loor a Dios, pues era un inspirado poeta.

Su hijo Nezahualpilli, fué como su padre muy versado en astronomía, observador de las leyes, enemigo de la idolatría y cultivador de la botánica y de las letras.

A estos chichimecas siguieron los aztecas quienes formaron parte, según dijimos, de la expedición de los Nahuatlacos. Los aztecas pretendían haber abandonado su país por orden de un oráculo que les mandó "abandonar su clima crudo y frío por otro de sol ardiente, y sus tierras frías por otras templadas y fértiles". Veamos como explica un autor esta leyenda: "Empieza como nuestras crónicas, por el diluvio, y concluye por el esta-

blecimiento de la nación viajera al sitio mismo de Tenechtlan o México. En una tabla geroglífica, vése a Coxcox, el Noé de los mexicanos, tendido en un barco en medio de las aguas, elevando las manos hacia el cielo. No lejos de él, también dentro de las aguas, aparece una alta montaña, el Ararat de los aztecas, al pié de la cual, se ven las figuars de Coxcox y su mujer. Una especie de altar colocado sobre el mismo sitio de Aztlan (tierra de las Picazas), es el punto de partida de la nación. Allí un grupo de hombres que nacieron mudos, después del diluvio, en pie delante de una paloma pendiente de un árbol reciben el don de las lenguas, figuradas por una multitud de virgulillas que le salen del pico. Enseguida estos hombres se ponen en marcha dispuesta a manera de procesión. Siguen por un largo cordón hecho nudos que describe varias sinuosidades, sobre las cuales está trazado el camino. De trecho en trecho algunas figuras geroglíficas indican los diferentes lugares en donde los aztecas han pernoctado y las ciudades que han edificado. Este cuadro de la emigración azteca forma parte de la colección de Sigüenza, quien lo tomó de un indiano, Juan de Alba Yztlilzochitl. Se nota en él muchas semejanzas con las leyendas cristianas, que inducen, tal vez, a creer en el origen asiático de esa emigración.

Otra leyenda nos dice que los aztecas se detuvieron en las orillas del río Gila, en donde existen todavía ruinas de habitaciones, llegando el mayor número a Tula y después a Tepeyac, sin que podamos, en el corto espacio de que disponemos, ampliar estos antecedentes, como quisiéramos.

Lo que parece cierto es que los aztecas estuvieron errantes, durante algún tiempo por la ribera accidental del lago Texcoco, agrupándose después en la colina de Chapoltepec. De allí emigraron a pequeñas islas próxima a las costas, huyendo de los habitantes de ese país, dando el nombre de Acocolco a su nuevo refugio en donde vivieron cincuenta años, en la mayor miseria. Llamados a tierra firme, so pretexto de darles tierras para su cultivo, fueron hechos prisioneros del jefe de los Colhuas, quien fué vencido por los aztecas, y los xochimilcos aliados. La

leyenda toma aquí también base para explicar el establecimiento de los aztecas, relacionando que la independencia fué anunciada por un oráculo que les había dicho que ellos concluirían su larga peregrinación en el lugar donde encontrarán un águila sobre un opal, y esta circunstancia se había dado en las más grande de las islas ocupadas.

La organización política de México empezó en el año 1325, siendo hasta el año 1352, su gobierno aristocrático. Según los historiadores, los más ricos, los más instruidos y los más valientes, componían la nobleza, que, como en todos los pueblos en sus comienzos, dividían el poder con la clase sacerdotal. Veinte nobles formaban el gobierno, cuyo sistema político fué modificado en virtud del ejemplo, que les ofrecían las demás naciones del Anahuac que se gobernaban por un rey. Adoptaron los mexicanos este sistema y establecieron también la elección para nombrar el monarca. El primer rey fué Acamapitzin, por ser el más valiente, noble y prudente. Este ejemplo fué seguido por los mexicanos de Tlateloteo.

Durante el reinado de Acamapitzin, el jefe de los tepaneucos, aumentó el tributo que le pagaban, a muchos millares de sueldos, gran cantidad de peces, plantas, legumbres y aves acuáticas. Construyó dicho rey canales, diques y edificios de piedras. Tenía muchas mujeres, si bien una sola tomaba el título de reina. En 1389 falleció, siguiendo a esta muerte un período de cuatro meses, durante el cual estuvo vacante el trono. Le sucedió Huitzililhuítl, quin fué ungido por el gran sacerdote y casó con la hija del jefe de los tapaneucos y después con otra princesa, con la cual tuvo a Montezuma. Este reinado fué notable por el gran desarrollo que obtuvieron los mexicanos, pues mediante guerras empiezan a adquirir territorios en tierra firme. Brillan en él los pintores, escultores, plateros, y se inicia el sistema de las corporaciones. Se dictó una ley estableciendo que los hermanos y sobrinos fueran llamados al trono con preferencia a sus hijos. Esta ley se puso en vigor a la muerte de Huitzililhuítl en 1409, pues le sucedió su hermano Chimalpopoca.

En este reinado se rompieron las hostilidades entre Tezozomoc, jefe de Azcapozalco e Yxtlilxochitl rey de Texcoco. Los mexicanos feudatarios del primero tuvieron que marchar con él, contribuyendo a la victoria que puso el imperio de los acolhuas en poder de los tepaneucos. A la muerte de Chimalpopoca, sucedió el general Itzcoatl, quien apesar de estar excluido de la sucesión al trono, por ser hijo de una esclava, lo ocupó. Encargó a Montezuma, que era su mejor general, para que negociara la paz con los texaneucos, la que no pudo lograr. Sobrevino la guerra que acabó por la derrota total de estos últimos. Desde esta época, 1425, data el rápido y prodigioso desarrollo del imperio mexicano.

Al fallecimiento de Itzcoatl, fué electo el general Montezuma, cuyo reinado se distingue por haber adquirido las instituciones un color de despotismo teocrático muy marcado y haber sido acallada la aristocracia, considerándose a los grandes como servidumbre del monarca.

Montezuma murió en 1464, sucediéndole su primo Axajacatl, por indicaciones suyas, quien hizo la guerra a las naciones vecinas, cuyas reseñas nos llevaría muy lejos, si bien diremos que adelantó sus conquistas hasta las fronteras del Mochoacan, quedando interrumpidas por su muerte en 1477.

A este príncipe sucedió su hermano Tizoc, cuyo reinado fué corto y oscuro: duró cuatro años; eligiendo los grandes electores del imperio, a su hermano Ahuitzotl en 1482. Durante este reinado se construyó el gran templo Teocali, en donde, según cuentan los historiadores, para inaugurarle, fueron degollados 60 mil prisioneros, y que Torquemada hace ascender a setenta y dos mil. Adelantó sus conquistas hasta Quahtematlan (Guatemala) y dió al imperio los límites que encontraron los españoles. Murió en 1502.

Le sucedió Montezuma, hijo del rey Axajacatl, con cuyo reinado dió fin el imperio mexicano.

Esta reseña es un ligerísimo bosquejo que no ampliamos por estimar que no lo exige el tema sobre el cual escribimos.



No existía en México durante este período, verdaderas castas; pero el sacerdocio asumía sin embargo la dirección de las demás clases del pueblo.

El sacerdocio estaba vinculado en la nobleza. La organización política, como dice un autor, en relación con esa estructura fundamental, estaba representada por una nobleza en parte afectada directamente a la persona del príncipe, y en parte feudal, mandada por reyes subordinados a su vez al más poderoso entre todos ellos, el cual tenía su residencia en México, la capital.

La conquista había formado una nobleza militar, que tenía un jefe supremo. Esta aristocracia guerrera se formaba por lazos consanguíneos; pero sin embargo no siempre los jefes militares fueron siempre hereditarios.

Durante el reinado del último Montezuma, en el territorio existían tres reinos confederados: el de Tlascala, en donde el poder lo asumían cuatro jefes iguales entre sí. Existía un Senado compuesto de cuatro jefes también y de la casta de los nobles. En esta corporación se discutían y decidían los asuntos más importantes, las guerras y los tratados. Este régimen republicano se substituyó por el monárquico..

En los otros reinos monárquicos, los nobles tuvieron también, al principio, un concejo aristocrático. Se cita por algunos, un pasado ya remoto, en que las tribus de los Pielas Rojas se reunían armadas en asambleas compuestas de todos los miembros de la comunidad en condiciones de llevar armas, donde la palabra de los oradores más sabios se escuchaban religiosamente.

En los consejos reales, las clases inferiores tenían representantes, al principio; pero este sistema fué suprimiéndose, avasallándolas después. México, rodeados de tribus y de estados monárquicos, explica la forma militar de sus instituciones. Así se observa que el rey fué electo, al principio por todo el pueblo; después la monarquía se hizo hereditaria en la línea colateral y debía ser general el monarca.

La forma de la elección exigía el ayuno del rey durante cuatro días en un templo; luego el gran sacerdote lo ungía emba-

durnándole el cuerpo con cierto ungüento negro y lo rociaba con agua bendita durante la solemne fiesta de Huitzilopochtli, el dios de la guerra.

Chavero explica la leyenda de este dios en la forma siguiente: “Huitzilopochtli significa colibrí siniestro. De este numen, dicen algunos que se le consideraba como espíritu puro, en tanto que, según otros, los mexicanos lo creían nacido de mujer que había sido fecundada de varón. Llámose tal hembra Coatlicue o Enagua de Culebras, y habitaba en villorrio de la sierra de Coatepec, o de la Culebra. Cierta día, barriendo el templo vió rodar un ovillo de plumas; lo alzó y se lo puso debajo del ceñidor, sobre el vientre, de lo que resultó encinta, dando a luz al Dios a los nueve meses, quien nació con una rodela en la mano izquierda y en la derecha un dardo azul, la frente con penachos de plumas verdes y el rostro espantoso y rayado, como un cuerpo. Al advertir sus otros hijos la preñez de Coatlicue, por afrenta tomaronlo y decidieron matarla; pero entonces ella escuchó una voz interior que le decía: “No tengas miedo, madre, que yo te salvaré con honor tuyo y gloria”. A punto de consumarse el crimen nació Huitzilopochtli, armado y revestido. Al nacer, hizo que se apareciera una serpiente a la que ordenó que matara al hijo que había ideado matar a su madre, mientras Huitzilopochtli se arrojaba sobre sus otros hermanos y les daba muerte. Este hecho consternó a todos los hombres”.

Después de ungido el rey empezaban los sacrificios de los prisioneros. En último lugar, el rey de Texcoco colocaba en la cabeza del príncipe la corona imperial en forma de mitra. En las armas del emperador figuraba un águila aprisionando entre sus garras un jaguar.

El emperador era considerado como una divinidad. En el acto de su coronación prometía que el Sol seguiría su curso, que la lluvia fecundaría la tierra, que los ríos regarían las cosechas; por eso los beneficios de la naturaleza se atribuían al trono.

Ciudades, provincias enteras, dice un historiador, subvenían especialmente a las diversas necesidades de la corte; veinti-

ocho mil poblaciones contribuían a los gastos del soberano y de su séquito, lo mismo que a la conservación de los edificios reales; cinco tenían el encargo de mantener en buen estado las habitaciones; ocho provincias suministraban sucesivamente por turno los empleados forestales, los guardianes, los jardineros y los obreros ornamentistas.

La nobleza como cuerpo político tuvo, en los primeros tiempos, una importancia considerable. El poder legislativo y el electoral, para elegir rey, lo ejercían a la vez. Existía en México treinta nobles de primer rango, y cada uno de ellos tenía en su territorio, y bajo su dependencia, cerca de cien mil súbditos, entre los cuales figuraban trescientos súbditos de clase inferior.

Con respecto a este extremo dice Larenaudiere: "Cada uno de estos jefes ejercía una jurisdicción territorial completa; todos imponían contingentes a sus vasallos; todos seguían el estandarte del monarca a la guerra; todos prestaban un número de hombres proporcionado a la extensión de sus dominios, y muchos pagaban tributos al rey como a su legítimo soberano. Este período en que el rey no estaba investido más que con el poder ejecutivo, su autoridad era en extremo limitada, y no podía ni declarar la guerra, ni disponer de las rentas públicas, sin el asentimiento de un consejo. Pero no existe en la tierra ningún poder rival que consienta estar mucho tiempo estacionado. El mando supremo de los ejércitos que pertenecía a los reyes, sirvió a la extensión de su autoridad. El prestigio que se une al título de conquistador, aumentó para ellos el respeto de los pueblos. Su influencia en materia de religión imprimió en sus personas un carácter sagrado, y las tribus levantadas sobre los pueblos vecinos en lo cual tenían una buena parte, permitieron se desplegasen ese fausto seductor y se rodeasen de una corte pagada y dependiente, concediendo sueldo a un guardia particular. Imposible es determinar la marcha progresiva del poder real. Le vemos ya desarrollarse en el gran Montezuma, y cambiarse insensiblemente en despotismo en pos de sus sucesores, y después en tiranía con el último de los príncipes de este nombre. El desprecio las

antiguas leyes, violó los privilegios más sagrados y redujo a todos los súbditos a la condición de esclavos. Los jefes o nobles del primer rango se habían sometido al yugo con tal repugnancia, que con la esperanza de sacudirlo y recobrar sus primitivos derechos, muchos de ellos buscaron la protección de Cortés y se unieron a un enemigo extranjero, contra un opresor doméstico. No es, pues, bajo el reinado de Montezuma, y si en el de sus predecesores que podemos reconocer la forma originaria y el espíritu del gobierno mexicano. Los escritores españoles han perpetuado esta confusión, y es imposible sacar de ellos una idea justa del sistema monárquico del imperio, pudiendo aún añadirse, que en los mismos días de Montezuma, el poder real tenía sus límites. Los negocios arduos se deliberaban en consejo. Una pintura de Mendoza, nos representa esta asamblea, en donde se ve al Monarca, y a los señores colocados según sus gerarquías, discutiendo sobre los negocios de estado. Más de una vez en los días críticos de la lucha con los españoles, se ve a Montezuma consultar con sus consejeros las pretensiones de Hernán Cortés''.

Tal era la organización política de México. Con razón observa Greef, que las creencias y las doctrinas políticas de aquel gran imperio no pueden deducirse más que de las instituciones y de los mismos hechos históricos, de la propia manera que para los organismos rudimentarios hay que interpretar su pensamiento político por su actividad y sus formas más generales, por su expresión exterior y material. Este mismo autor reconoce en la evolución del imperio mexicano las grandes leyes sociológicas de continuidad, solidaridad y correlación de todas las partes de la estructura social de variabilidad y diferenciación incesante, de formación de centros en continua elevación de dirección colectiva, de masas sociales sucesivamente más vastas, y en especial también aquella gran ley de homogeneidad de los fenómenos sociales, según la cual, en las mismas condiciones, los propios hechos se producen de idéntico modo en el tiempo y en el espacio, en virtud de la constancia y de la fijeza relativa y primor-

diales del medio inorgánico y de la unidad fundamental de la constitución fisiológica y psíquica del género humano.

## II

Una de las instituciones u organismos más importantes del imperio, fué el judicial, cuyo mecanismo demuestra una civilización bastante adelantada.

Los funcionarios judiciales debían su nombramiento a la elección popular y a la voluntad del soberano. El rey nombraba a los grandes jueces o magistrados supremos, quienes tenían su residencia en la capital, México, y en las ciudades más importantes. Ellos dictaban fallo, tanto en lo civil, como en lo criminal.

También el soberano nombraba los jueces inferiores, y existía un tribunal o especie de audiencia, compuesto de un presidente y tres consejeros, que conocía en última instancia de determinados asuntos civiles, y contra el fallo que dictaba en negocios criminales, podía apelarse a los jueces supremos. Existían también, en cada barrio de la ciudad, un juez de primera instancia que conocía de los asuntos de su barrio o circunscripción. Había unos funcionarios de policía encargados de vigilar la conducta de determinadas familias, dando cuenta diariamente al juez de todo lo concerniente al orden público.

La legislación se traducía en leyes positivas, que databan de tiempos antiguos. La ley penal era en extremo rigurosa, como sucede en los primitivos tiempos de todos los pueblos. La pena de muerte se prodigaba mucho. Así se ve que se imponía, por ejemplo, a los que maltrataban a los correos, a los embajadores, a los que quitaban un lindero en los campos, a los que empeñaban un combate sin permiso del Jefe, a los que alteraban las pesas y medidas y a otros muchos. La pena de muerte tenía también una original aplicación: a la mujer sorprendida en adulterio se la aplicaba el juez, sin que el marido pudiera por sí matar a su esposa.

Las penas más o menos graves eran numerosas, existiendo

diferencias en la aplicación de las mismas si el delincuente era un sacerdote o un seglar: si el primero, por ejemplo, abusaba de una mujer libre, la pena en que incurría era la de privación del cargo; si el delito lo realizaba un seminarista o seglar, podían ser condenados hasta a muerte.

La pena de horca se aplicaba a muchas clases de delitos, como por ejemplo: al hombre o mujer que cambiara el traje de su sexo; a los tutores infieles; a los que disipaban sus patrimonios en vicios; a los borrachos, si bien estos estaban exentos de responsabilidad al cumplir setenta años de edad. La pérdida de las orejas y los labios era otra pena que se aplicaba a los que cometían falso testimonio; y los padres que abandonaban a sus hijos, perdían sus bienes y su libertad.

No eran estas penas comunes a todo el territorio mexicano, sino peculiares del imperio propiamente dicho; las provincias conquistadas conservaban sus leyes particulares, sus jueces y su idioma.

En Texcoco, por ejemplo, la severidad era extremada, aplicándose la pena de decapitación a los asesinos, la de horca a los ladrones, y semejante castigo se aplicaba también a los historiadores que no relataban los hechos con toda exactitud. En Tlascala se imponía la pena de muerte a los hijos por su falta de respeto a sus padres.

Es un dato curioso en esta institución el respeto y consideración que se tenía a los llamados a ejecutar esas penas; respeto y consideración que tenía su origen en los honores que se tributaban al jefe supremo de la religión, que era el encargado de degollar a los prisioneros de guerra. El verdugo era a veces un magistrado o juez, y a falta de aquél uno de éstos lo reemplazaba. Eran, pues, en esa legislación, el juez que anunciaba la pena y el verdugo que la ejecutaba, personajes considerados como representantes del monarca.

Las prisiones en México eran de dos clases: una en las que se encerraban a los deudores insolventes y a los condenados a penas inferiores, y otra, más sólida, construída en forma de jau-

la, en donde se encerraban a los prisioneros de guerra. En esta también se ponían a los condenados que merecían la pena de muerte.

El servicio de correos se hacía con gran regularidad. Los caminos estaban poblados, de seis en seis leguas, con una torrecillas que se emplazaban sobre una altura del terreno, que servían como estaciones, pues en ellas residían uno o más correos que eran los encargados de conducir la correspondencia de torrecilla en torrecilla hasta Tenochtitlan o llevar recados a los jueces o generales.

El servicio militar era obligatorio: todo ciudadano que era apto para el manejo de las armas, debía ser soldado. Los jefes o señores feudatarios y los príncipes aliados debían contribuir con un contingente de hombres, que eran mandados, en caso de guerra, por esos jefes o señores. La organización del ejército no era permanente, siendo aún desconocida su organización: solo se sabe que los grados superiores estaban reservados a los nobles. Un general en jefe tenía el mando superior, y el último de los Montezumas había instituido tres órdenes militares para el ejército: la de los príncipes, la de las águilas y la de los tigres.

Su arte en la guerra acusaba bastante adelanto. Usaban corazas de algodón de tres centímetros de espesor para resguardar el cuerpo; un broquel de mimbre en forma de escudo; una maza hueca para arrojar las hondas, picas, dardos, que eran las armas más dañinas que usaban los aztecas. Se batían con fiereza, si bien la muerte de un general o la toma por el enemigo de un estandarte, los desconcertaba y hacían huir. Abundaban las fortificaciones, y así se observa que las pirámides de Cholula y de San Juan de Teotihuacan, las contrucciones de Xochicalco y otras, fueron a la vez edificios religiosos y plazas fuertes. Clavijero al hablarnos de muchos lugares fortificados, y cuyas ruinas existen todavía, prueba que los pueblos del Anahuac eran menos ignorantes de lo que se les supone en el arte de la defensa, y muy adelantados en el del ataque.

La propiedad privada era respetada y se trasmitía por per-

muta, venta o sucesión, ya a título oneroso, ya gratuito; conociéndose también la propiedad plena y la usufructuaria.

La propiedad territorial se dividía en su gran mayoría, entre la corona, la nobleza, las comunidades de las ciudades o pueblos y los establecimientos religiosos. Lo más curioso que había, era una especie de catastro pintado en unos cuadros murales sobre los cuales cada propiedad estaba indicada en superficie y límites y con un color especial. Las tierras de la corona estaban iluminadas de color violeta, las de la nobleza de encarnado y las de las comunidades de amarillo. Las tierras de la corona, se daban como feudo temporal, sin pagar renta ni tributo; pero los que la recibían se obligaban, en determinadas épocas del año, a ofrecer flores y pájaros al rey. La herencia de tierras entre nobles, se transmitían por la línea descendente, sin que pudieran ser vendidos a los plebeyos, siendo, verdaderas “manos muertas” las propiedades de las comunidades religiosas. En cada distrito, dicen Herrera y Torquemada, se destinaba al pueblo cierto número de tierras en proporción al de familias, que se cultivaban en comunidad llevándose su producto a un almacén común y se repartían entre las familias, según sus necesidades. Estas tierras se llamaban **altepetlalli**. Ningún individuo de la comunidad podía enajenar su porción, pues ésta quedaba indivisible y vinculada a la manutención de la familia.

Con respecto a los tributos, todas las provincias eran tributarias a la corona, en diversas formas: unas frutos, otras animales, algunas minerales, y otras productos de la tierra y de la industria del país. Existía en cada población un recaudador de la corona, encargado le cobrar esos tributos. En la colección de Mendoza se pueden ver treinta y seis cuadros que indican todas las poblaciones tributarias y la cantidad de tributos que debían pagar. Esto tenía su causa en no existir en México moneda acuñada.

La agricultura tuvo un gran desarrolllo, y son muy notable los esfuerzos que se realizaban para hacer producir la tierra, si se tiene en cuenta la carencia de instrumentos de labranzas.



Apesar de esto se servían del cobre para cavar las tierras, esparcían bien sobre ellas los granos o semillas, cercaban las tierras: de todo esto habla Clavijero con bastante minuciosidad.

Sinembargo la carencia de moneda no era tan absoluta, pués, se empleaban algunos metales como monedas entre los antiguos mexicanos, como signo representativo del valor de algunas cosas. El polvo de oro contenido dentro de tubos de plumas, piezas de cobre en forma de T romana, piezas de estaño fundidas, se usaban en algunas provincias y en los alrededores de Tasco.

El espíritu teocrático ejercía también su influencia sobre el estado civil de las personas. Se nacía libre aunque la madre fuese esclava; no pudiendo el padre privar de libertad al hijo, sino en el único caso en que pobre e incapaz de trabajar no pudiera subvenir a sus necesidades. De las colecciones de Mendoza se puede formar idea de la evolución que seguía el hijo desde su nacimiento. Al nacer lo colocaban en una cuna en donde había una flor. Cuatro días después lo llevaban a la alcoba de su madre y lo acostaban sobre juncos, lo lavaban en presencia de tres mozos, le ponían nombre y celebraban esta fiesta comiendo maíz tostado, colocando en las manos del niño las herramientas del trabajo a que estaba dedicado su padre. Si lo iban a dedicar al estado eclesiástico, lo llevaban al templo el vigésimo día después de la ablución, y depositaban sobre el altar ricos presentes. A los cinco años ya se dedicaban a trabajos fáciles manuales, como moler maíz, cargar fardo chicos, hilar y coser. A los ocho años se les enseñaba a tener temor al castigo, pero hasta los diez no podían ser corregidos. A los 13 o 14 años ya ayudaban a su padre según el oficio o profesión que éstos tuvieran.

La institución familiar tenía por base el poder del jefe de familia, que era muy lato y despótico. El hijo no podía dirigir la palabra a su padre, sin que éste le diera permiso para ello, y casi siempre seguía la misma profesión u oficio de su padre. Se casaban jóvenes, por lo regular antes de los 22 años, o se entregaban al culto, existiendo estados, como el de Tlascala, en donde los célibes eran despreciados. La ceremonia del matrimonio

se celebraba de este modo: Una de las ancianas de la familia del marido, era la encargada de agenciar la boda; y llegado el día de su celebración, ella era la encargada de conducir la novia al domicilio del novio, acompañada de los parientes, amigos y músicos, llevando cuatro mujeres teas encendidas. El novio y sus padres, recibían a la novia en la puerta de la casa, y después de quemar incienso, la hacían entrar en la casa en donde estaban reunidos los convidados. Sentábanse los novios en sillas, colocadas sobre una estera que ponían en el centro de la sala, y uno de los concurrentes, que era el ministro, ataba las faldas del vestido de la novia con la capa del novio, y con esto quedaba ya consumado el acto. Dos ancianos y dos ancianas le dirigían luego la palabra instruyéndolos de sus deberes; se quemaba incienso en honor de los dioses y una comida era el final del acto. Cuatro días después de la boda iban al templo y ofrecían a los dioses protectores de la familia la estera sobre la cual habían pasado los novios la primera noche. No eran, sin embargo, igual estas ceremonias en todos los casos; parece que variaban según el rango de los contrayentes. Clavijero da detalles que parecen indicar que la descripta debía aplicarse a las bodas de la nobleza y clases ricas de la sociedad.

La poligamia estaba sin duda permitida, según hemos visto al hacer la relación de los reyes: solo así se concibe que, según dice un historiador, el padre de Montezuma hubiera dejado más de cincuenta hijos.

La ceremonia usada en los funerales, era la siguiente: Muerto un azteca, dos viejos sacerdotes se apoderaban del cuerpo, le lavaban la cabeza, le envolvían con fajas de papel de oloes, le vestían con ídolos, representando al dios protector de la familia o de los de su profesión. Después sentaban al difunto en un sillón, ponían a su lado un jarro de agua y algunos pedazos de papel en los que estaban escritos caracteres o pinturas geroglíficas, que simulaban los pasaportes que debía usar el muerto en el viaje que iba a emprender y que servían para resguardarlos de los peligros del camino que eran muy numerosos y que sería

prolijo enumerar. Después quemaban el cadáver con sus vestidos, armas e instrumentos de profesión. Por último recogían las cenizas en un jarro de tierra que metían dentro de un agujero, y ochenta días después iban al lugar del sepulcro a derramar maíz y vino. Estos eran los funerales del pueblo; pues el de los reyes eran distinto. Véase como se verificaban. Luego que el emperador se hallaba en peligro de muerte, se cubrían las estatuas de los ídolos con un velo, y apenas expiraba se declaraba el duelo general. Los correos salían para todos los lugares del imperio, con la comisión de convidar para los funerales a los feudatarios y nobles principales. En presencia de estos personajes se lavaba y perfumaba el cadáver para evitar que se corrompiese, colocándole sobre una estera. Le velaban muchas noches y durante ellas, se demostraba un gran dolor con lloros, suspiros y gemidos: estas demostraciones eran del ceremonial. Se cortaban al cadáver un poco de sus cabellos, que se guardaban cuidadosamente y se le colocaba dentro de la boca una gruesa esmeralda. Sobre sus rodillas se ponían diez y siete cobertores riquísimos, cuya explicación simbólica se desconoce; y encima de todo se ataba la imagen del ídolo que había sido objeto durante su vida de la veneración particular del rey. Se le cubría después el rostro con una máscara adornada de perlas y piedras preciosas. El cadáver en esta forma se conducía acompañado por los nobles, sacerdotes y pueblo, al patio interior del gran templo, y se colocaba sobre una gran hoguera, a la cual cada concurrente arrojaba, como ofrenda, sus armas y objetos de valor. Un gran número de esclavos y mujeres eran inmolados para que le sirviesen en el otro mundo, así como jefes de la servidumbre y el uigier de la cámara real, encargado de las luces de palacio, a fin de que el monarca tuviese luz durante el camino. En esos sacrificios humanos, se comprendía también al capellán. Las cenizas de la hoguera encerradas en una urna que custodiaban en una de las torres del templo. En este punto Solís incurre en un error al afirmar que se trasladaba a Chapultepec. En estas torres, y no en el cementerio, tenían sus sepulcros los prin-

cipales personajes. Para terminar este particular, diremos que no es exacto lo que dice Acosta cuando afirma que en estas ceremonias eran sacrificados también algunos parientes del difunto.

El espíritu de asociación estaba muy arraigado, tal vez, como dice un escritor, debido al conocimiento que tenían de su debilidad individual. Así se asegura que en el Anahuac, nadie se atrevía a ponerse en camino solo, sino que se viajaba en caravanas. Los negociantes salían en cuadrillas de Tenotchtlan, para ir de provincia en provincia a cambiar los productos de México por otros que les hacían falta. En cada ciudad principal, existían grandes mercados que celebraban, en determinadas fechas, ferias, de manera que unas no perjudicaran a las otras. Cortés nos ha descrito el gran mercado de México, dos veces mayor, según él dice, que el de Salamanca. Véase como lo describe el conquistador. “Este mercado-modelo estaba circuido todo él de un pórtico inmenso en donde se encuentra expuesto a la vista de una muchedumbre, siempre renovada, todo cuanto puede servir a la vida, al vestido, y al adorno; si el lujo pudiera agotar sus deseos, el hombre sin hogar, hallaría allí todos los materiales necesarios para fabricarse una casa en veinticuatro horas. Hay calles para la caza, para las legumbres, y objetos de jardín, hay tiendas en donde los barberos con navajas de obsidiana raspan la cabeza. Hay otras como las de farmacia en las cuales se venden las medicinas preparadas, ungüentos, emplastos etc. Otras también en donde se da de comer y beber pagando. Cada clase de mercaderías se venden en un cuartel separado para evitar la confusión. En medio de la gran plaza se ve un edificio que llaman la Audiencia (Palacio de justicia) en donde están sentadas diez o doce personas que juzgan los altercados que se suscitan entre compradores y expendedores. Hay siempre entre la multitud algunos inspectores o vigilantes para observar si se vende con legalidad, y hacer trozos las medidas o pesos falsos cogidos in fraganti en manos del vendedor. No debe olvidarse que los aztecas no hacían uso de los animales de carga para el transporte de las mercancías. Los hombres llevaban sobre

sus espaldas todo peso, y este uso se conserva todavía en toda la parte montañosa de la Nueva España”.

El centro comercial del Anahuac era Tlatelulco, localidad próxima a México: era una especie de capital del comercio, y asiento de la gran “Compañía de Comerciantes”. Estos negociantes llevaban el título de príncipes y pertenecían a la nobleza. Los miembros de la Compañía gozaban de grandes privilegios: estaban exentos del servicio militar, tenían tribunales y leyes especiales, con facultad para castigar las violaciones cometidas por personas extrañas a la corporación. La Compañía hacía expediciones a países extranjeros, con fines comerciales y políticos. Antes de la partida de los expedicionarios, ofrecían estos un banquete a los viejos comerciantes de la ciudad, quienes daban noticias a los viajeros del país que iban a recorrer y de las mercancías que iban a comprar. Los comerciantes variaban la forma de comerciar, según que el país que atravesaban fuera amigo o enemigo, o según fuera simplemente a negociar o a espiar por orden del rey. En este último caso viajaban disfrazados para no ser conocidos.

El culto religioso carecía en México de espiritualismo: era muy material. Las imágenes, los ídolos, los altares, los templos se encontraban esparcidos por todas partes: en los bosques, en los campos, en los caminos y en las calles. Zumarragua primer obispo de México, afirma que solo los franciscanos destruyeron veintidos mil templos en ocho años, y Torquemada hace ascender la cifra a más de cuarenta mil. Clavijero hace ascender a un millón el número de los sacerdotes que existían.

El clero era rico, poseía grandes propiedades, no solo en tierras, sino en esclavos o sirvientes. La carrera eclesiástica a veces era temporal, pues se podía renunciar y pasar a otro estado. La jerarquía eclesiástica tenía por jefe dos grandes personajes: uno llevaba el nombre de señor espiritual y el otro el de gran sacerdote, y ambos eran electos por las corporaciones sacerdotales o por delegados del rey, escogidos entre la alta nobleza. Eran consejeros de estado, su opinión era necesaria para la de-

claración de guerra, y en materia religiosa eran infalibles. Sería enojoso describir aquí todos los detalles inherentes a los cultos y sus ministros. Clavijero y Torquemada las relatan con municioidad. Solo diremos que el sacerdocio se desempeñaba con gran austeridad, la falta de castidad se penaba con la muerte que se aplicaba por la noche y apaleando al reo. En algunas ciudades el gran sacerdote permanecía encerrado en el templo.

Existían también en el Anahuac órdenes religiosas, siendo las más notables la de la invocación de Quetzalcoalt, y entre las Totomacos el convento consagrado a Centeol diosa de la tierra. Allí se admitían solamente a hombres viudos de 60 años. Para formarnos idea del carácter que tenía el culto en México, véase lo que sobre esto dice Larenaudiere: “Las rogativas, maceraciones, ayunos, ofrendas, incienso a los ídolos, juegos, danzas, cánticos, procesiones y sobre todo los sacrificios humanos, componían todo el culto de los mexicanos. Allí no se veía ningún rasgo moral, ningún acto que llamase al hombre a los deberes sociales, a sentimientos de beneficencia, a la práctica de una mutua caridad. Allí solo la imagen terrible de divinidades irritadas, sedientas de sangre, que no se aplacan sino con el suplicio de las víctimas, y un pueblo niño ávido de espectáculos sangrientos, acompañados de la expresión de una alegría estrepitosa y salvajes diversiones, coronando tales ceremonias con horrosos fertines de carne humana. Tan execrable religión asemeja al terror adorado por la credulidad. Repugnan los detalles asquerosos de este bárbaro culto y por lo mismo abreviaremos su relación”.

Se veneraba a Tlaloc, dios de las aguas, a quien se sacrificaban niños guardados en jaulas como pájaros; a Xipe, dios del oro, en cuyas fiestas los mismos sacerdotes desollaban a algunos prisioneros de guerra; a la diosa de la tierra a la que ofrecían algunas víctimas que antes del suplicio las hacían pasear entre flores; en la ceremonia de Tezcatlipoca o fiesta de la penitencia los pescadores se arrojaban al suelo y comían el polvo y se mataba al prisionero de guerra más joven y hermoso; en la gran fies-

ta de Huitzilopochtli se reproducían muchos de estos sacrificios y se consagraba, en una de ellas, la famosa estatua de harina de maíz, legumbres y frutos mezclados y amasados con la sangre de los niños inmolados, se bailaba y se llevaba en procesión; en la fiesta de Ceuteotl espiraba una mujer al golpe de cuchillo. Clavijero y Humboldt describen la fiesta secular del cielo de 52 años en esta forma:

“Era antigua creencia y bastante extendida en el Anahuac, que el fin del mundo acontecería a la conclusión del ciclo de 52 años: que el Sol no volvería a aparecer en el horizonte y que los hombres serían devorados por los genios maléficos, bajo un aspecto horrible. En esta grande época se apoderaba la tristeza de todo el viejo México: se apagaba el fuego sagrado de los templos: los religiosos en sus conventos se entregaban a la oración. No se atrevían a encender lumbres en las casas: los vestidos estaban rotos: los muebles preciosos hechos pedazos. se despreciaban las cosas terrenas; las mujeres preñadas eran objeto de terror: se les escondía la cara con una máscara de papel de pita, se las encerraba en almacenes de maíz, persuadida la multitud, que en el momento de la gran catástrofe, se cambiarían estas en tigres y unirían a los genios maléficos para vengarse de la injusticia de los hombres. Empezaba la fiesta en la noche del último día complementario. Los sacerdotes tomaban las vestiduras de sus dioses, y seguidos por un inmenso pueblo, iban en procesión a la montaña de Huixachtecatl, dos horas distantes de México. Llegados a su cúspide, esperaban en silencio la hora de media noche, hora en que las pléyades ocupaban el centro del cielo. Un pobre prisionero de guerra esperaba también, y cuando dichas estrellas pasaban por el meridiano, caía muerto el desgraciado abierto el pecho por el cuchillo del gran sacerdote. En la herida abierta se colocaba el extremo del instrumento destinado a dar lumbre por fricción; con la madera inflamada, se encendía una enorme hoguera en la cual se arrojaba el cadáver de la víctima. El populacho entonces daba ahullidos de alegría con su gritería se repetía por aquellos, que no habiendo podido se-

guir la procesión, estaba asomados en las azoteas de las casas, sobre los pericuetos y colinas del lago, esperando las primeras centellas de la hoguera que se advertían de casi todos los puntos del valle de México. Mensajeros con teas encendidas, conducían nuevos fuegos de pueblo en pueblo, y los depositaban en los templos de donde se distribuían a los habitantes. Redoblábase la algazara al aparecer el Sol en el horizonte; y entonces la procesión emprendía su vuelta hacia la ciudad, y el pueblo creía ver a los dioses ocupar de nuevo sus santuarios. Las mujeres salían de su prisión: se ponía la gente vestidos nuevos, y los trece días siguientes se invertían en limpiar los templos, emblanquecer las paredes, renovar los muebles y todo lo demás que era de uso doméstico''.

Este relato del culto de los aztecas lo hemos transcripto por ser la descripción de una de las ceremonias más importantes, sin que descendamos a relacionar otras muchas que se celebrarían, pues haríamos muy extensa esta relación. Así se observa que en varios documentos geroglíficos y especialmente los de Veletri, nos ofrecen algunas pinturas de estos espantosos sacrificios, que más parecen, según observa un autor, establecidos por la combinación de un gobierno esencialmente conquistador, para buscar en ellos un punto de apoyo en el terrorismo religioso, que la obra ciega y bárbara de la superstición.

### III

Es en extremo difícil la lengua de las poblaciones anteriores a los aztecas: solo han llegado hasta nosotros algunos trabajos que nos dan una idea imperfecta de ella. La escritura geroglífica de los aztecas tenía signos simples para indicar el agua, la tierra, el aire, el viento, el día, la noche, etc. Los manuscritos mexicanos que conocemos son hechos de papel de pita, piel de ciervo o tela de algodón. Parece ser que los pueblos del Anahuac antes de la introducción de los geroglíficos, se servían de los "quipos", que eran uno nudos e hilos de varios colores.



Según opinión generalmente aceptada, el indio de norte América, hacía uso de los gestos y señales con gran amplitud e ingeniosa perfección. Estaba tan generalizado el lenguaje de gestos, que el sabio etnólogo Garrick Mallery, cita el ejemplo de un profesor de sordos mudos que pudo fácilmente entenderse con varias tribus indias, sin saber ni una sola palabra de sus lenguajes. (Navarro Lamarca).

Los estudios hechos sobre las lenguas y dialectos americanos, han dado por resultados la clasificación de estos entre las aglutinantes, conocidos con el nombre de Holofrástica o Polisintética. Este tipo glotológico, dice Navarro Lamarca, es una forma muy especializada de aglutinación, en la cual todas las partes de la oración tienden a amargamarse con el verbo. Su característica general es, la expresión del mayor número de ideas y hasta de frases enteras en una sola palabra polisilábica. Asombra a historiadores y filólogo el gran número de lenguas extinguidas en uso que se hallaron en el Nuevo Continente, así como sus hondas diferencias fonéticas dentro de la uniformidad de su estructura holofrástica. El "Bureau of Ethnology" de Washington ha clasificado al norte de México 59 familias lingüísticas comprendiendo cada una 30 o 50 lenguas distintas, y buen número de dialectos mutuamente ininteligibles aún para las tribus, a veces muy cercanas a que respectivamente pertenecían.

La lengua azteca, según todas las probabilidades, se extendía desde los 37 grados hasta el lago Nicaragua. Los toltecos, chichimecas, de los cuales descienden los tlascalanos; los acolhuas y los manatlacos, la hablaban también. Tenían un vocabulario propio, sin mezcla de palabras extranjeras, siendo menos sonora que la de los incas, pero lo suficiente extenso su léxico para poder expresar hasta las ideas abstractas. Tenía la lengua azteca una particularidad: apenas tenía monosílabos, siendo un aspecto peculiar de su formación lo largo de sus palabras: había algunas que tenían hasta diez y seis sílabas. Respecto a su gramática, carecía del superlativo, pero en cambio abundaban en ella los aumentativos y diminutivos. El verbo,

además de expresar la acción, servía como raíz para formar con él nombres, pues en ella no abundaban estos y había que formarlos de ese modo. Esta misma cualidad tenían los adjetivos. Su alfabeto carecía de las consonantes B, D, F, G, R y S; siendo excesivo el uso de estas letras combinadas: l, x, t, tl, tz y z, según se ha podido observar en los nombres que hemos citado en el curso de este trabajo. Respecto a su fonética escribe un autor: “Ningún nombre empieza con la letra L y todos tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son generalmente dulces, y ningún sonido nasal se apercibe en su pronunciación. Conoce perfectamente el modo de variar las palabras, según estas expresan la acción, o el resultado de la acción. Se acomoda fácilmente al estilo de la conversación, lo mismo que a las fórmulas de la etiqueta más ceremoniosa. Sus matices de política y sumisión son infinitos, y muchas causas contribuyen a la excesiva longitud de sus palabras. Una de las más frecuentes se encuentra en la manera de formar el plural, el que se lleva a cabo redoblando la primera sílaba y añadiendo al final “tin”. Algunas veces se hace esta repetición al centro de la palabra. Esta facultad de componer las palabras, tenía felices aplicaciones en la botánica y zoología, pues permitía indicar de una sola emisión, el género la calidad, y el empleo del objeto, como asimismo sus costumbres y hábitos. En geografía cada nombre de lugar, anunciaba también su situación, naturaleza y el rasgo característico de su historia”.

No fué la lengua azteca la primera y única que existió en este período. Junto con ella se hablaba la otomía, y también más de veinte, de las cuales, había catorce que tenían sus gramáticas y diccionarios. Las otras lenguas más principales eran: tarasca, zapoteca, misteca, maya, totonaca, popoluca, matlazinga, huasteca, mixa, caquiquela, taramara, tepehuena y cora. Esta variedad de lenguas, denuncia una gran variedad de razas y de orígenes.

Sobre esta variedad se ha tratado de buscar, como ya hemos dicho, analogía de origen con los pueblos del viejo continen-

te. Nájera, por ejemplo, nos dice que el otomí es chino, porque ambas lenguas son monosilábicas; López afirma que la lengua quichua es ariana; Brasseur de Bourbourg sostiene que el maya es lengua primitiva, de la que se derivan el griego, el latín, el inglés y el alemán. No hay duda, como observa Bancroft que torciendo y retorciendo palabras se pueden encontrar analogías entre dos idiomas cualquiera. En lo que están conformes los autores es en afirmar que el quichúa es la lengua más rica de América meridional, como la azteca es la más perfecta que se habla al norte del istmo. Después de la azteca, el otomí era la lengua más extendida en la zona mexicana. Y es una lengua digna de estudio, por ser la única monosilábica de toda América. (Geographical Magazini).

#### IV

La arquitectura durante el período precolombiano, tuvo un gran desarrollo. No es sólo del tiempo de los aztecas de donde datan esos monumentos que aún hoy se contemplan. Es indudable que anteriores a ellos se construyeron mucho; así se ve por ejemplo, que las dos grandes pirámides de San Juan de Tenochtitlan que existen en el valle de México, fueron construídas antes de la invasión de los aztecas. Esas dos pirámides llamadas "Casas del Sol y de la Luna", por estar consagradas a estas divinidades, se conservan aún, sin que hayan variado hoy sus formas principales. A la cumbre de estas pirámides se subía por una escalinata de piedras anchas y cortadas en la que existían altaritos con cúpula de madera y estatuas colosales cubiertas de hojillas de oro delgadas. Alrededor de estas "Casas del Sol y de la Luna", existía un sistema de pirámides de nueve o diez metros de elevación, formando calles anchas, alineadas en la dirección de las paralelas y de los meridianos, y desembocan a las cuatro fachadas de las grandes pirámides. Las pequeñas, según la tradición estaban dedicada a las estrellas. Es probable que sirvie-

ran de sepulcro a los jefes de las tribus. Todo este llano se llamó en lengua azteca o toltesca "Micoatl" o "El camino de los muertos".

Existía también al este la pirámide de "Papantla", compuesta de seis o siete pisos y estaba construída de piedra de sillería, cortadas con bastante regularidad. En la descripción que de esta pirámide hace Humboldt dice que se ven en ella pequeños nichos dispuestos con mucha simetría y cuyo número hace alusión a los 318 signos simples y compuestos del calendario civil de los toltecas.

Otra pirámide importante era el Teocalí de Cholula, llamado "monte hecho a mano", construída a 2,200 metros sobre el nivel del mar, sobre una vasta llanura sin árboles. Tiene cuatro asientos orientados en sus costados a los cuatro puntos cardinales, construídos por ladrillos superpuestos y entre ellos capas de arcilla. En el interior, existían cavidades considerables destinadas a sepulturas de los indígenas. Sobre su plataforma, que tiene 4.200 metros cuadrado, se elevaba en tiempos de los aztecas, un altar dedicado al "Dios del Viento".

Al lado de este monumento de aspecto religioso, existían otros de carácter militar, como el de Xochicalco o la "Casa de las flores", sobre el cual dice Larenaudiere, que era una colina aislada de 118 metros de elevación; masa de roca a la que la mano del hombre ha dado una forma cónica bastante regular; colina rodeada de un ancho foso, verdadero atrincheramiento o si se quiere fortaleza o templo fortificado. Está dividido por asientos; tiene una plataforma de cerca de nueve mil metros cuadrados, circundados de piedras de sillería pudiendo servir de defensa a los combatientes.

Existían también en la península de Yucatán las construcciones de "Uxmal", la "Casa del Gobernador", el "Palacio de las Monjas", la "Cueva de los Magos", las fábricas pétreas de "Chichen Itza", contruídas con columnas imitando serpientes, las reliquias de "Tikal", y por último, los despojos monolíticos de Copan, "la ciudad augusta de los mayas, que con las mencionadas ruinas de Yucatán, representan la cúspide cultural de

la "Sección mexicana", la nota arquitectónica más alta de los artifices y constructores indígenas".

Para formarse idea de lo que era la arquitectura mexicana, basta leer lo que Hernán Cortés dice en sus "Relaciones" a Carlos V: "La ciudad de Churultecal contiene veinticinco mil casas en el cuerpo de la población y otras tantas extramuros; desde lo alto de uno de los templos he contado más de 400 torres pertenecientes todas a diversos santuarios". "Tenía—dice refiriéndose a Montezuma—dentro de la capital, casas tan grande y maravillosas que no puedo dar a entender de otro modo su excelencia y grandeza, si no es diciendo que no las hay iguales en España". Estas casas mencionadas por Cortés eran construídas con piedra y cal, tenían dos pisos, por lo general, con sus salas, cámaras y patio, perfectamente distribuídos y el techo hecho de buena madera. Conocían, por lo que ha llegado hasta nosotros, el modo de fabricar arcos, bóvedas y cornisas.

Una de las obras notables, fué el acueducto de Chapultepec que servía para conducir el agua a México y era de piedra y mezcla, de cinco piés de alto y de dos pasos de anchura, construído sobre un camino abierto a propósito. También era notable el de Cempoalan hecho de cal y piedra, de 32 millas de largo, con tres puentes, el primero de 47 arcos, el segundo de 13 y el último de 67.

El examen técnico de los monumentos antiguos, revela un conocimiento extraordinario en sus autores, sobre todo en el empleo de las bóvedas y las formas variadas de sus puertas. Bien es verdad que el escultor mexicano era deficiente en la representación de las figuras humanas, pero estos errores desaparecían cuando las empleaban en el adorno de edificios, en los bajos relieves, como se nota en los del Palacio de Palanqué, en el cual se ve una gran energía en la expresión.

La arqueología mexicana, según observa un autor, es aún incapaz de establecer la cronología de las obras. Sobre las épocas y orígenes del arte mexicano, muchos americanistas se limitan provisionalmente, a adoptar las conclusiones siguientes:

1º la antigüedad de las ruinas mexicanas parecen haber sido sensiblemente exagerada: todas parecen posteriores a la era cristiana: su vetustez es una consecuencia del clima; y 2º apesar de la diferencia de detalles, todos los vestigios conocidos de arquitectura antigua están inspirados por una civilización común.

## V

Clavijero hace pomposo elogio de los talentos oratorios y del género poético de los aztecas. Se acostumbraba, dice, a los jóvenes desde temprana edad, a recitar largas arengas sobre materias políticas. Estas alocuciones tenían forma y cierto estilo oficial, al cual debían ajustarse.

La poesía lírica y épica se cultivaba con éxito, siendo muy numerosos los poetas y más considerados en Texcuco que en Tenochtitlan. La poesía tenía un carácter religioso y bélico, y se versaba también a las maravillas de los cielos y de la tierra, a los deberes de los hombres en las diversas condiciones de su vida y a las glorias de los reyes y de los vencedores. Los sacerdotes se contaban entre los poetas principales.

La poesía dramática tenía por objeto la representación material de la naturaleza, y las farsas se desarrollaban entre ciegos, sordos, cojos y jorobados, haciendo entre ellos diálogos humorísticos y chocarreros. La representación se efectuaba sobre terraplenes cuadrados, muy altos, colocados cerca de los templos o en los mercados. Otras veces los actores se disfrazaban de animales: osos, micos, escarabajos, sapos, tigres, cocodrilos, lagartos y serpientes.

Los escritores modernos clasificaban en dos grandes grupos las literaturas del antiguo México: uno que comprende la literatura maya y otro la literatura nahua. La primera predominó en los pueblos meridionales: Yucatán, Tabasco, Chiapas, y sobre la cual no han llegado hasta nosotros ejemplares de ella, porque los

conquistadores y misioneros españoles lo hicieron desaparecer en el fuego de la hoguera para librar a la población según decían, de esas obras impías. Solo cuatro manuscritos de los mayas se han conservado. Manuscrito troano, Codex cortesianus, Codex peresianus y Codex dieddensi, los cuales han quedado indecifrables. Solo el "Canto de amor en los bosques" que tiene la forma de un pequeño poema, ha llegado hasta nosotros, gracias a la traducción hecha por Brasseur de Bourbourg; y si a éste agregamos algunas crónicas de escasa importancia, escrita después de la conquista por indígenas, nos formamos idea de la literatura de los yucatecos y sus pueblos afines.

La literatura de los nahua es más conocida gracias a las publicaciones del Duque de Loubat comprensivas de los ritos, libros sobre astronomía, adivinación y cronología; faltando las obras literarias propiamente dichas. Sahugún en su obra, nos ha conservado, por haber vivido en países de lengua nahua, las "oraciones", o discursos que hemos mencionado, y las arengas o ruegos que los mexicanos pronunciaban en diversas situaciones de la vida. Estas obras citadas por Sahagún y sus aptitud para expresar ideas morales de gran elevación, en un estilo grave y digno. Sobre este punto escribe Pingeaud: "Por otra parte, un príncipe del siglo XV, de quien los historiadores mexicanos han hecho un Solon o un Numa, Nezahualcoyotl, rey de Acolhuacan o de Texcoco, ha encontrado para celebrar en versos líricos la unidad de Dios y la nada de las grandezas humanas, de los acentos penetrantes. Después de la fundación del imperio español, algunos indígenas ilustrados continuaron cultivando la literatura nacional, entre otros, Fernando Alvarado Tezosomoc y Domingo Chimalpahin, cuyas crónicas son fuentes preciosas. En resumen, las obras conocidas de los escritores nahua expresan tanto en su prosa como en la poesía, méritos reales, y el grado de civilización al cual había llegado el antiguo México.

---



# BIBLIOGRAFIA

## SOBRE LA HISTORIA DEL IMPERIO DEL PERÚ.

---

**Balbi.**—Essai statistique sur le nouveau monde. Revue encyclopedique. 1828. Tomo 38.

**Bancroft.**—Native races. . . . . Londres 1875.

**Belaunde.**—El Perú antiguo y los modernos sociólogos. Lima 1908.

**Betanzas.**—Suma y narración de los Incas. Madrid 1880.

**Briston.**—The american race. Philadelphia 1901.

**Delorme Salto.**—Los aborígenes de América. Madrid 1894.

**D'Orbigny.**—L'home americain. París 1840.

**Garcilaso de la Vega.**—Historia general del Perú. Madrid 1723.

**Greef.**—La evolución de las creencias y de las doctrinas políticas. Barcelona 1904.

**Humboldt.**—Histoire de la geographie du nouveau continent. París 1836.

**Letourneau.**—La evolution politique dans les diverses races humaines. París 1890.

**Letourneau.**—L' evolution du commerce dans les diverses races humaines. París 1897.

**Lorente.**—Historia antigua del Perú. Lima 1860.

**López de Gomara.**—La historia general de las Indias. Crónicas de Rivadeneyra. Madrid.

**Markhan.**—The Incas of Perú. Londres 1910.

**Prescott.**—History of the conquest of Peru. Londres 1847.



- Quesnay.**—Analyse du gouvernement des Incas du Perou. Paris 1767.
- Raynal.**—Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans deux Indes. La Haya 1774.
- Rosny, L. J.**—Etude d'archeologie americaine comparée. Paris 1864.
- Rosny, L. L.**—Essai sur le dechifrement de l'écriture hieratique de l'Amerique centrale. Paris 1882.
- Reclus.**—Geographie Universelle. Paris 1875.
- Robertson.**—Historia de la América. Barcelona 1840.
- Sarmiento.**—Historia de los Incas. Berlín 1906.
- Torquemada.**—Monarquía indiana. Madrid 1723.
- Vega.**—Historia general del Perú. Madrid 1723.
- Winsor.**—Narrative and critical history of America. Londres 1886.
- Dupaix, G.**—Antiquities mexicaines. Paris 1834.
-



# BIBLIOGRAFIA

## DE LA HISTORIA DEL IMPERIO DE MEXICO

---

- Acosta, J.**—Historia general y moral de las Indias. Madrid 1608.
- Bancroft.**—Popular history of the Mexican people. Londres 1888.
- Bandelier.**—On the mode of government of the anciens mexicans. Boston 1885.
- Beuchat.**—Manuel d'archeologie mexicaine. 1914.
- Biart, L.**—Les Azteques. Paris 1885.
- Blumeubasch, J. F.**—Manuel d' Histoire naturelle. Paris 1803.
- Boturini.**—Idea de una historia de Nueva España. Madrid 1746.
- Brasseur de Bourbourg.**—Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amerique centrale. París, 1857.
- Chavero.**—México a través de los siglos. Barcelona 1887.
- Clavijero.**—Historia antigua de México. Londres 1826.
- Cortés, Hernán.**—Cartas y relaciones de..... al Emperador Carlos V. Madrid 1877.
- De Greef.**—La evolución de las creencias y de las doctrinas políticas. Barcelona 1904.
- Delorme Sarto.**—Los aborígenes de América. Madrid 1894.
- Díaz del Castillo.**—Verídica historia de la conquista de Nueva España. México 1904.
- Herrera.**—Descripción de las Indias Occidentales. Madrid 1730.
- Gomara.**—Histoire générale des Indes. Amberes 1587.
- Humboldt, Al.**—Essai politique sur le royaume de la nouvelle Espagne. Paris 1827.
- Klaproth, H. J.**—Asia poliglotta. París 1823.

**Larenaudiere.**—Historia de Méjico. Barcelona 1844.

**Las Casas.**—Brevisima relación de la destrucción de las Indias. Madrid 1552.

**Las Casas.**—Historia de las Indias. Madrid 1875.

**Letourneau.**—L' evolution politique dans les diverses races humaines. Paris 1890.

**Letourneau.**—L' evolution du commerce dans les diverses races humaines. Paris 1897.

**Link.**—Histoire naturelle considérée comme commentaire du monde primitif et de l'antiquité. Paris 1834.

**Malt-Brun.**—Précis de géographie universelle. Paris 1810.

**Navarro Lamarca.**—Etnografía americana. Cultura de los pobladores de América en la época del descubrimiento. Barcelona 1914.

**Oviedo.**—Historia general de las Indias. Sevilla 1547.

**Prescott.**—Histoire de la conquête du Mexico. Paris 1843.

**Reclus.**—Géographie universelle. Paris 1875.

**Sahagun.**—Histoire générale des choses de la Nouvelle Espagne. Paris 1880.

**Solis.**—Historia de la conquista de México. Madrid 1783.

**Torquemada.**—Monarquía indiana. Madrid 1723.

---



## LA PRENDA AGRICOLA <sup>(1)</sup>

---

«Cuando en el Congreso español se discutió el articulado del Código Civil que rige entre nosotros, el ilustre Catedrático que fué de la Universidad Central de Madrid, el Dr. Luis Silvela, decía: “No se concibe prenda en el Código Civil sin que la cosa que asegura y garantiza este contrato pase a manos del acreedor o de un tercero. Pues, ¿y el crédito agrícola? Se dice al dueño de un ganado, que es realmente una cosa que puede servir para levantar fondos en una época determinada: tu ganado servirá perfectamente de prenda, pero es indispensable que le entregues al acreedor; el cual, al ver tanto ganado, preguntará ¿y lo tendré que mantener; pues llévase Ud. su prenda y yo me quedo con mi dinero. Es necesario que se quede el agricultor con el dinero y con la prenda, seguramente; más también se los ha de llevar el acreedor o un tercero. Esto es posible. ¿No se ha encontrado manera de establecer alguna preferencia bien establecida, algo que pudiera dar lugar al nacimiento del crédito agrícola, distinto del crédito hipotecario, a la manera de lo que acontece con la preferencia que tienen los docks; algo que hiciese que, sin salir la prenda del poder del dueño, sirviese de garantía?. Pues esto realmente era lo que se podía hacer en lo que se refiere a los contratos”.

---

(1) Trabajo presentado en el Congreso Jurídico celebrado en la Habana en Diciembre de 1916.

Este concepto de la prenda impugnado por el distinguido profesor, fué mantenido en el Código, y repetido más de una vez, por la Jurisprudencia de los Tribunales de Justicia. El artículo 1863 de ese cuerpo legal exige, como requisitos indispensables, para que exista ese contrato, la necesidad de que se constituya para asegurar el cumplimiento de una obligación principal; que la cosa pignorada pertenezca en propiedad al que la empeña; que las personas que la constituya tengan la libre disposición de sus bienes o, en caso de no tenerla, se hallen legalmente autorizados al efecto, y que se pongan en posesión de ésta al acreedor, o a un tercero de común acuerdo. La Jurisprudencia española ha declarado también, por medio de su más alto Tribunal (13 de Octubre de 1891 y 12 de Diciembre de 1893) que es indispensable en el contrato de prenda, que ésta se entregue al acreedor, que queda obligado a devolverla, a su tiempo al deudor.

En el terreno doctrinal la prenda tiene dos aspectos: se le estudia como un derecho real y desde el punto de vista de contrato.

La necesidad de una garantía, como dice un escritor, que no haga ilusorio el cumplimiento de las obligaciones y que dé al crédito una existencia real y positiva, es predicado de la razón y exigencia de la historia. No nacieron las garantías reales, antes de las personales: en la infancia del derecho se confunden, como observa Sumner Maine, correspondiendo esta distinción a los últimos tiempos del mismo.

No hemos de seguir el desenvolvimiento hitórico de estos derechos "in rem" e "in personam", expuesto con gran brillantez por el célebre Profesor de Derecho Romano de la Universidad de Génova, Cogliolo: pero sí haremos constar que los dos, derechos reales y contratos accesorios, que constituyen hoy la base universalmente aceptada para garantizar el cumplimiento real de las obligaciones, la prenda y la hipoteca, se confundieron en sus principios, hasta tal extremo que Marciano decía: que tan solo se diferenciaban en el nombre; *inter pignus autem et hypo-*

*thecam tantum nominis sonus differt*; concepto que aceptó el Tribunal Supremo de España cuando declaró en su sentencia de 13 de Octubre de 1891, que la palabra hipoteca, atendida su etimología y también su acepción vulgar, lo mismo puede referirse a la prenda que a la hipoteca propiamente dicha.

La evolución de la prenda, como contrato, fué rápida buscando una garantía real y efectiva, y así vemos que Ulpiano daba el nombre de prenda al derecho que conocemos hoy con este nombre, o sea cuando la garantía pasaba a nombre del acreedor; y el de hipoteca al que permanecía en la posesión del deudor: “*propie pignus decimus quod ad creditorem transit: hypothecam cun non transit, rec possessis ad creditorem*”.

Como se ve, desde Ulpiano, poco ha evolucionado el concepto de la prenda: el mismo que tuvo en la antigua Roma, fué traído al Código de las Partidas y de ahí fué copiado al vigente Código Civil. El poco respeto a la palabra, trajo como consecuencia la garantía real, y esta se estacionó en el derecho, sin comprender que nada en la naturaleza puede permanecer inactivo. La sociedad vive, se desenvuelve, aumenta cada día más su órbita de acción, y es lógico y natural que todos aquellos medios que la rodean y la sirven para ese engrandecimiento, sigan también ese paso, pues como ha dicho un autor, toda época que vive de la ciencia de otra anterior, es una época decadente.

El derecho no puede estacionarse; tiene que ser en muchas partes renovado, por la observación de los hechos sociales, como afirma Ferri, pues no en balde los fenómenos jurídicos constituyen una gran parte de los sociales, porque consisten en normas precisas que regulan las acciones más importantes de la vida social; tienen, pues, por su naturaleza, un aspecto externo visible y mayor precisión que los fenómenos de la moral, de la conciencia pública o de los sentimientos sociales. (Cogliolo).

La agricultura, la industria, el comercio, constituyen en la sociedad moderna grandes veneros de riquezas de las naciones; y es natural, lógico y necesario que se les preste ayuda, toda la que sea conveniente para aumentar el desarrollo de esas riquezas.

El capital debe concurrir a ese movimiento, pero debe ir, sin recelos, de buena fe, como un elemento cooperador, y no como elemento perturbar, es decir, vestido con el ropaje repugnante de la usura. Si el capital es receloso, si busca excesivas garantías para prestar su ayuda al crecimiento de las riquezas de un país, su ayuda lejos de ser benéfica, es perjudicial, porque ahoga el franco y libre desenvolvimiento que debe tener el elemento a quien pretende apoyar.

La prenda, tal como está establecida en nuestra legislación como contrato, es demasiado romana; vive aún la vida que le dió la legislación del Pueblo Rey, y resulta anticuada e inadecuada al medio de libertad, que en todos los órdenes de la vida, se agita la sociedad moderna. Es la prenda un contrato basado en la desconfianza extrema: pués llega hasta el despojo total de la propiedad que se da en garantía, dando derecho al acreedor para retener en su poder la cosa dada en prenda o en el de la tercera persona a quien hubiese sido entregada, hasta que se le pague el crédito (Artº. 1866 del Código Civil). Todavía aún hay más: se reconoce en el Código (Artº. 1866) que si mientras el acreedor retiene la prenda, el deudor contrajese con él otra deuda exigible antes de haberse pagado la primera, podrá aquel prorrogar la retención hasta que se le satisfagan ambos créditos, aunque no se hubiese estipulado la sujeción de la prenda a la seguridad de la segunda deuda.

Tiene además, el contrato de prenda, tal como está establecido en nuestro derecho, un campo de acción muy limitado; pués aunque enfáticamente dice el artículo 1864 que pueden darse en prenda todas las cosas muebles que están en el comercio, con tal que sean susceptibles de posesión, existen muchas que, comprendidas en esta declaración, escapan de la misma.

## II

¿Puede, con arreglo a nuestra legislación, constituirse el contrato de prenda quedando ésta en poder del deudor? He

aquí una pregunta que se ha tratado de contestar afirmativamente, sin resultados ciertos.

Se afirma por algunos tratadistas que de estas materias se han ocupado, que estableciendo el artículo 1863 del vigente Código Civil que el contrato de prenda puede perfeccionarse entregando la prenda en poder de un tercero, ¿porqué no ha de poderse dejar en poder del acreedor, si el Código no prohíbe esa disposición?

No negamos que esto se pueda hacer. En materia de contratación, la voluntad de las partes es ley del contrato, según nos dice el artículo 1091 del Código Civil; estableciendo el 1255 del propio cuerpo legal, que los contratantes pueden establecer los pactos, cláusulas y condiciones que tengan por conveniente, siempre que no sean contrarios a las leyes, a la moral, ni al orden público.

Es evidente que se podrá celebrar un contrato de préstamo con garantía de bienes muebles, quedando éstos en poder del deudor; pero este contrato nunca podrá ser el de prenda, toda vez que para que ésta exista, según el artículo 1863, ya citado, se necesita que se ponga en posesión de la prenda al acreedor o a un tercero de común acuerdo. No basta que las partes le den a ese contrato el nombre de prenda, porque la denominación arbitraria de un contrato no puede variar la naturaleza del mismo, conforme la doctrina sentada por nuestros tribunales.

No cabe, pues, discutir si el contrato de prenda que contenga esa cláusula será o no nulo; porque tendrá valor y eficacia desde el punto de vista de una convención especial, pero no como prenda. La sustitución del deudor por un tercero o por el mismo acreedor, es indudable que varía por completo la naturaleza del contrato cambiando su denominación. Se tratará de un préstamo con garantía de muebles, pero no de un puro contrato de prenda. ¿No tenemos, por ejemplo, en nuestro Código, que define el préstamo diciendo que en virtud de él, una de las partes entrega a la otra, o alguna cosa no fungible para que use de ella por cierto tiempo y se la devuelva, en cuyo caso se llama como-



dato, o dinero u otra cosa fungible, con condición de volver otro tanto de la misma especie y calidad, en cuyo caso conserva simplemente el nombre de préstamo?. ¿No se vé aquí que el préstamo varía de nombre según sea la naturaleza de la cosa entregada? Lo mismo pasa con la prenda. Si al contrato le falta uno de sus requisitos indispensables, como es el de poner en posesión de la prenda al acreedor o a un tercero, tan indispensable que el artículo del Código emplea la frase “se necesita” para constituir el contrato”, creemos que no puede existir la prenda sin su entrega a persona ajena al deudor.

No estamos conforme, pues, con la opinión de tratadistas tan competentes como Ramos y Navarro, Amandi al sostener la validez del contrato de prenda con ese requisito: repetimos que como convención tendrá toda la validez que le dan las leyes; pero ese contrato nunca será prenda, por la misma razón que si en un préstamo, como ya hemos dicho, se entrega alguna cosa fungible para que se use de ella por cierto tiempo, deja de ser préstamo y se llama entonces el contrato comodato. Por eso la prenda es un contrato real, porque la simple promesa de entregar la cosa empeñada sin su efectiva entrega, dice Sánchez Román, podrá constituir una obligación válida, eficaz para exigir la celebración posterior del contrato de prenda, pero no es el contrato mismo, que se perfecciona tan solo por la entrega de la cosa, y cuya materia, necesarios supuestos y fines de su creación, faltan por completo sin la realidad de dicha entrega.

Para que pueda constituirse el contrato de prenda, sin entregar ésta, es necesario, pues, modificar el Código Civil en ese sentido.

### III

Dada la naturaleza de nuestra riqueza agrícola, somos partidarios de una reforma de nuestro Código Civil, en ese sentido: debemos crear en él la prenda agrícola. Las ventajas de esta convención no necesitamos exponerlas. Hoy el terrateniente o hacendado, como le llamamos nosotros, carece de medios útiles,

para obtener recursos pecuniarios que le auxilien en sus tareas. Se ve muchas veces compelido a desistir del cultivo o a caer en manos de la usura.

Nuestro país es eminentemente agrícola; y a nadie se le debe ocultar, que prestarle a la agricultura todo el apoyo que necesita para su engrandecimiento y desarrollo, es propender eficazmente al bienestar de la República. La agricultura ha sido el gérmen fecundo de donde han brotado todas las demás industrias, el tronco de donde se han desprendido todas las ramas de producción, según nos enseñaron cuando aprendíamos Economía Política. Por eso debemos propender a que las causas que influyen en los adelantos de la agricultura figuren en primer lugar en las leyes que rigen o se relacionan con la propiedad territorial, permitiendo su desarrollo, en la proporción que garantice la posesión de dicha propiedad y permita su libre transmisión y movimiento. Con razón ha dicho un escritor, que la agricultura no puede existir, y mucho menos progresar, allí donde falte el respeto a la propiedad territorial, la seguridad de la posesión; porque el hombre, si desmonta los terrenos, si los deseca, si los planta y los siembra, es con la esperanza de recoger sus productos, y de no perder tantos esfuerzos y sacrificios. Allí donde los agricultores vivan expuestos a la violencia, a la expropiación, que bajo una u otra forma, de este o del otro modo, les puedan privar de su propiedad y de sus productos, la decadencia de la agricultura no se hará esperar.

Sin participar de la exclusiva opinión de los fisiócratas que en la producción agrícola veían la única fuente de riqueza, no puede desconocerse que es la primera y más importante de todas las industrias, no solo por el gran número de brazos que ocupa, sino por el fin a donde se dirigen sus esfuerzos.

En Cuba, está representada casi en su totalidad por dos principales industrias: la del tabaco y la de la caña; y ambas necesitan apoyo efectivo que permita que los capitales que en ellas se empleen, tengan la garantía real que necesitan, pero al mismo tiempo es necesario que esa garantía, por deficiencias de la Ley,

no se convierta en dogal que las ahogue y quite todo medio de desarrollo y engrandecimiento.

De aquí la imprescindible necesidad de reformar la legislación civil en cuanto a la prenda se refiere, por ser éste el contrato que con menos dificultad se puede adaptar a las conveniencias de esas industrias.

No podemos negar que nuestra legislación no le presta gran atención. Nuestros agricultores en vista de esto, se puede decir, han creado una legislación especial, *sui generis*, para suplir la falta de preceptos claros, terminantes y adecuados que regulen nuestras transacciones agrícolas. No encontramos más preceptos que traten esta materia, que los vagos e inaceptables que se consignan en los artículos del 92 al 95, ambos inclusive de la Ley Hipotecaria sobre el crédito refaccionario. Estos artículos nadie los utiliza; por lo menos en mi ya larga carrera de abogado no he visto ningún contrato ajustado a los mismos. Ellos tratan de la anotación que debe tomarse en el Registro de la Propiedad a favor del acreedor, la cual anotación caducará a los sesenta días de concluída la obra objeto de la refacción: pudiendo el acreedor convertir su anotación preventiva en inscripción de hipoteca, si al espirar este término no estuviese aún pagado por completo su crédito, por no haber vencido el plazo estipulado en el contrato.

Todos sabemos como se verifican las refacciones de nuestras fincas azucareras, y no hay, repetimos, quien se acomode a esos preceptos.

El hacendado necesita menos trabas, más libertad para desenvolverse. La producción de azúcar por ejemplo, (y cito esta industria por ser la más importante entre nosotros) no puede vivir dentro de los límites que le marca la Ley Hipotecaria; por ese motivo, sus preceptos son inaplicables. El agricultor o hacendado, como dijimos antes, ha creado, un contrato especial que denomina prenda, pero que no lo es por contener pactos contrarios a la Ley.

Se titula, por lo general ese contrato, de préstamo y pigno-

ración, dándole la intervención de un notario comercial para asignarle el carácter de mercantil al contrato y a los azúcares la condición de efectos o valores públicos. En ese contrato se estipula que el hacendado da en prenda los azúcares de su propiedad, los cuales consignan, y se obliga a tenerlos asegurados a su costo, contra incendio por una determinada cantidad, y pactan estas o parecidas cláusulas:

“Si al vencimiento no pagase el cliente el principal e intereses, o si antes del vencimiento bajare el precio del azúcar de tantos reales para arriba y no se presentare espontáneamente el prestatario a reforzar dicha garantía dentro de las veinticuatro horas siguientes, entregando azúcar adicional en cantidad suficiente para cubrir la merma, o su equivalente en efectivo, lo mismo que en el caso en que dejare de hacerlo con motivo de nuevas bajas que se produzcan después de reforzada la garantía, podrá el Banco vender cuando a bien lo tenga toda o parte del azúcar por medio del corredor Notario Comercial que elija, en la plaza mercantil que crea más conveniente”.

“Realizada la venta del azúcar el Banco la entregará al comprador, y percibirá el precio, con el cual se reintegrará de cuanto se le deba por gastos de conservación o venta, por principal o intereses de este préstamo y por cualquier otra deuda que tenga el Cliente con el Banco, que también se dará por vendida”.

“El sobrante, si lo hubiere, se entregará al Cliente, quien tendrá que pagar cualquier déficit que resulte, el cual podrá exigirle el Banco inmediatamente”.

Con facilidad se verá que esos préstamos no son ni pueden ser mercantiles, y que en el orden civil la venta de la prenda en la forma pactada, infringe abiertamente el artículo 1872 del Código que establece que el acreedor a quien oportunamente no hubiese sido satisfecho su crédito, podrá proceder por ante Notario a la enajenación de la prenda; efectuándose ésta precisamente en subasta pública y con citación del deudor y del dueño de la prenda en su caso, celebrándose una segunda subasta, con

iguales formalidades, si en la primera no hubiese sido enajenada la prenda, pudiendo el acreedor hacerse dueño de ella si no diere resultado esa segunda subasta.

Todavía hemos visto, en nuestra práctica, concertarse el contrato de prenda, sin la entrega de ésta. Se emplea la siguiente forma: El dueño de los aúcares expide una certificación que dice así poco más o menos: "Certifico: Qué existen depositados en los almacenes del Central "H", de mi propiedad, a la libre disposición del Señor X, la cantidad de doce mil sacos de azúcar de guarapo, de trece arrobas cada uno, elaborados en la misma finca". Y a continuación se pone lo siguiente: "Póngase a disposición del Banco "X" los doce mil sacos de azúcar centrífuga de guarapo, marcados con los números, 50, 199 al 262, 198 a que se refiere este certificado, los cuales quedan constituidos en prenda a favor de dicho Banco, según pignoración de fecha tanto del corriente celebrado con el mismo Banco".

Estos contratos tan originales, nos dan ideas de la necesidad de reformar nuestra legislación, aceptando francamente, sin rodeos de ninguna clase, la prenda agrícola, que sería de gran utilidad entre nosotros.

#### IV

Poco trabajo costaría hacer esta reforma. La base para la misma se podría redactar de este modo:

"Se mantendrá en el Código el contrato de prenda tal como hoy existe, pero se creará la agrícola sobre cosas, objetos y animales destinados a la agricultura, quedando en estos casos en poder del deudor la prenda; pudiendo constituirse por documento público o privado e inscribirse en un registro especial para que perjudique a tercero. El deudor podrá vender la prenda, previo aviso al acreedor, con las formalidades que se crean convenientes".

Aunque aquí no se trata de redactar el Código, sino unas bases para su reforma, se nos va a permitir que desarrollemos

esa base, que acabamos de consignar en los artículos tomando como fundamento el articulado actual del Código Civil.

Este dice en su artículo 1863:

“Además de los requisitos exigidos en el artículo 1857, se necesita, para constituir el contrato de prenda, que se ponga en posesión de ésta al acreedor, o a un tercero de común acuerdo”.

Este artículo podría adicionarse con estos párrafos:

“La prenda puede quedar en poder del deudor cuando se constituya para garantizar un préstamo, cuyo capital se invierta:

1º.—En recolección de cosechas.

2º.—En plantaciones o renovación de las mismas.

3º.—En conservación de frutos recolectados.

4º.—En adquisición o renovación de máquinas, aperos de labranza y cualquier instrumento destinado a la agricultura.

5º.—En la adquisición de animales destinados a labores agrícolas.

6º.—En la cría, recría y cebo de animales para la agricultura y ganadería.

7º.—En la conservación de objetos muebles pertenecientes a la agricultura y al servicio de la misma.

El deudor quedará responsable de los objetos dados en prenda y sujetos a responsabilidades del párrafo segundo del artículo 550 del Código Penal.

El acreedor podrá ceder a otro su crédito.

El deudor podrá pagar en parte su crédito, si ello consintiere el acreedor”.

El Artículo 1864 que establece que “pueden darse en prenda todas las cosas muebles que están en el comercio, con tal que sean susceptibles de posesión”, deberá redactarse comprendiendo también los semovientes, apesar de que el Código indirectamente en su artículo 335 parece comprenderlo entre los bienes muebles.

El Artículo 1865 dice:

“No surtirá efecto la prenda contra tercero si no consta por instrumento público la certeza de la fecha”.

Este artículo se puede adicionar con el siguiente párrafo:

“Si se constituye la prenda para garantizar el capital invertido en las cosas y para los objetos enumerados en el artículo 1863, podrá constituirse también por documento privado, siempre que las firmas que autoricen éste sean legalizadas ante un Notario Público y se inscriba éste en el Registro del Crédito Agrícola”.

El Artículo 1866 dice:

“El contrato de prenda da derecho al acreedor para retener la cosa en su poder o en el de la tercera persona a quien hubiese sido entregada, hasta que se le pague el crédito. Si mientras el acreedor retiene la prenda, el deudor contrajere con él otra deuda exigible antes de haberse pagado la primera, podrá aquel prorrogar la retención hasta que le satisfagan ambos créditos, aunque no se hubiese estipulado la sujeción de la prenda a la seguridad de la segunda deuda”.

A este artículo solo habría que agregarle un párrafo que exceptuara de esas disposiciones a la prenda agrícola, toda vez que ésta no está en poder del acreedor sino en el del deudor.

El Artículo 1867 dice:

“El acreedor debe cuidar de la cosa dada en prenda con la diligencia de un buen padre de familia; tiene derecho al abono de los gastos hechos para su conservación, y responde de su pérdida o deterioro conforme a las disposiciones de este Código”.

A este artículo se le puede agregar este párrafo.

“El deudor, cuando tenga la prenda en su poder, tendrá también esos mismos deberes y obligaciones que se dejan consignados en el párrafo anterior”.

El Artículo 1868 dice:

“Si la prenda produce intereses, compensará el acreedor los que perciba con los que se le deben; y, si no se le deben, o en cuanto excedan de los legítimamente debidos, los imputará al capital”.

A este precepto se le podría agregar:

“Si se tratare de prenda agrícola, el deudor hará suyo los

frutos naturales, industriales y civiles de los bienes dados en prenda, salvo pacto en contrario”.

El Artículo 1869 dice:

“Mientras no llegue el caso de ser expropiado de la cosa dada en prenda, el deudor sigue siendo dueño de ella. Esto no obstante, el acreedor podrá ejercitar las acciones que competan al dueño de la cosa pignorada para reclamarla o defenderla contra tercero”.

Este precepto podía quedar redactado en esa misma forma, pues, es aplicable lo mismo a la prenda en general que a la agrícola en particular.

Lo mismo podemos decir del artículo 1870 que dice así:

“El acreedor no podrá usar la cosa dada en prenda sin autorización del dueño, y si lo hiciese o abusare de ella en otro concepto, puede el segundo pedir que se la constituya en depósito.

El Artículo 1872 dice:

“El acreedor a quien oportunamente no hubiese sido satisfecho su crédito, podrá proceder por ante Notario a la enajenación de la prenda. Esta enajenación habrá de hacerse precisamente en subasta pública y con citación del deudor y del dueño de la prenda en su caso. Si en la primera subasta no hubiese sido enajenada la prenda, podrá celebrarse una segunda con iguales formalidades; y, si tampoco diese resultado, podrá el acreedor hacerse dueño de la prenda. En este caso estará obligado a dar carta de pago de la totalidad de su crédito. Si la prenda consistiere en valores cotizables, se venderán en la forma prevenida por el Código de Comercio.”

El derecho que da este artículo debe aplicarse también al deudor, agregándose al precepto estos párrafos:

“Cuando el deudor tuviere la prenda en su poder, podrá venderla, previo aviso al acreedor para que concurra a la venta a percibir el importe de su crédito y si éste no concurriera a la venta, el deudor estará obligado a depositar el importe del crédito en el tesoro público a disposición del acreedor; no pudiendo en este caso, el deudor si el acreedor no se presta a ello, obligar



al acreedor a recibir menos de lo que tenga derecho a percibir por el contrato.—Si apesar de esto la venta se hace, con perjuicio para el acreedor, incurrirá el deudor en responsabilidad penal, conforme al segundo párrafo del artículo 550 del Código Penal.

“Vencido el plazo en la prenda agrícola, o sea cuando esté en poder del deudor, el acreedor podrá requerir al deudor de pago ante Notario y si en el acto no le abona el crédito reclamado, pondrá en subasta pública, ante el mismo funcionario, los bienes pignorados, quedando desde el momento del requerimiento dichos bienes en depósito.

“Las subastas a que se refiere este artículo se anunciarán por edictos por el Notario ante el cual se vaya a celebrar, y por término de cinco días naturales, publicándose los edictos en un periódico de la localidad en donde estén sito los bienes pignorados”.

El Artículo 1873, último que de esta materia trata el Código Civil, quedaría redactado tal como está, sin sufrir modificación alguna.

Ahora bien: la prenda agrícola necesita un complemento indispensable: un registro especial en donde conste su inscripción para que perjudique a un tercero.

Sobre este punto se podía publicar también una Ley sencilla y concreta, que estableciera solo lo necesario para la inscripción y efectos contra tercero de la prenda agrícola. Varias tentativas se han hecho en España a este objeto, pudiendo citarse los proyectos de leyes de los Sres. Sanchez de Toca, Suárez Inclán, y Montero Ríos, creando la prenda agrícola y el registro para su inscripción. Esos proyectos como es de suponer, no llegaron a tomar nunca vida legal.

Del estudio que hemos hecho de ellos, podemos llegar a la conclusión, de que se podría adoptar un articulado que dijera poco más o menos lo siguiente.

“Artículo 1º.—En todos los registros de la Propiedad existentes y que se crean en la República, se llevará un libro en la

misma forma que los que se llevan en esas oficinas para la propiedad inmueble que se llamará “Registro del Crédito Agrícola”, cuyo objeto es la inscripción de los contratos de crédito agrícola con garantía pignoratícia, en la forma que, dispone el artículo 1863 del Código Civil.

“Artículo 2º.—La inscripción es potestativa en las partes interesadas en los contratos; pero mientras no se verifique, no perjudicarán éstos a tercero.

“Artículo 3º.—Las obligaciones inscriptas tienen preferencia por el orden de la fecha de su inscripción sobre todas las posteriores de su clase y sobre las anteriores no inscriptas.

“Artículo 4º.—La inscripción se verificará en el Registro de la jurisdicción en donde estuviere sita la finca, si se tratare de bienes pertenecientes a una; y si no existen éstas en el domicilio del deudor. Si el contrato comprendiese bienes sitos en varias jurisdicciones, la inscripción se hará en cada uno de los registros establecidos en las mismas.

“Artículo 5º.—Si los bienes pignorados fueran trasladados de una jurisdicción a otra, deberá inscribirse el contrato en el Registro a que pertenezca el lugar en donde se hubiera hecho el traslado, porque de lo contrario los bienes no gozarán de los beneficios que les dá la inscripción.

“Artículo 6º.—La inscripción podrá hacerse mediante escritura pública o documento privado, legalizada, en este caso, las firmas de los contratantes por Notario público; no pudiendo en ningún caso negarse el registrador a la inscripción, a menos que estime que se ha cometido un delito en el documento que se le presenta para inscribir. La inscripción se verificará transcribiendo íntegramente el contrato.

“Artículo 7º.—Las inscripciones se cancelarán por sentencia judicial y por voluntad de las partes, expresada en la misma forma en que se verifica el contrato, pudiendo, sin embargo, cancelarse por documento privado el contrato celebrado por escritura pública y vice-versa.

“Artículo 8º.—El Registro del crédito agrícola es público,

pudiendo el Registrador ponerlo de manifiesto y dar del mismo las certificaciones que se le pidieren.

“Artículo 9º—A todo lo que no se oponga esta Ley, será supletoria de la misma la Ley Hipotecaria y su Reglamento.

## VI

La legislación extranjera nos lleva gran ventaja en esta materia. Francia fué la primera nación que se ocupó del crédito agrícola, tratando de modificar el artículo 2076 de su Código Civil que trata de la necesidad de que la prenda pase a poder del acreedor, sin cuyo requisito no puede existir.

Varias fueron las tentativas hechas para darle forma a la prenda agrícola. Tenemos un proyecto de Ley formulado en 1851 que estableció para las colonias la prenda agrícola sin que tuviera que entregarse al acreedor; en 1856 el Conde M. Germiny y M. Mosselmann se ocuparon de esta cuestión queriendo establecer entre el acreedor y el deudor una Compañía intermediaria que garantizara la prenda que quedaba en poder de este último; en ese mismo año la comisión encargada del crédito agrícola, trató de reformar el citado artículo 2076 del Código, admitiendo de un modo completo la prenda agrícola; en 1897 se suscitó de nuevo la cuestión redactándose un proyecto sobre los warrants agrícolas; en ese mismo año M. Meline encargó al Consejo superior de agricultura la redacción de un proyecto sobre warrants quien cumplió el encargo en Octubre de 1897, el cual proyecto fué aprobado por el Gobierno en Julio de 1898, y por último en 30 de Abril de 1906 se constituyó definitivamente la prenda disponiendo la Ley en su artículo primero que todo agricultor puede dar en prenda los productos agrícolas o industriales que no se consideren inmuebles por su destino, comprendiéndose las sales marinas, los animales que le pertenezcan y la horticultura.

En Italia la Ley de 21 de Junio de 1869 permitía pactar y abrir crédito y cuentas corrientes sobre prendas fácilmente rea-

lizables consistentes en cédulas hipotecarias o productos agrícolas depositados en los almacenes generales o en poder de personas notoriamente solventes y responsables. Esta Ley no dió resultado, y fué reformada por las de 23 de Enero de 1887 y 26 de Julio de 1888, que no llegaron aún a constituir la verdadera prenda agrícola, y como afirma el señor Brú, adolece en general de cierta vaguedad y falta de previsión en establecer y regular el crédito agrícola; revelando cierta desconfianza en sus resultados y falta de convicción en los principios y bases a que la misma obedece. De ahí el proyecto de warrants en el que se consigna en su artículo primero que “la prenda de warrants puede quedar en manos del deudor, en poder de tercera persona escogida de común acuerdo entre deudor y acreedor o, finalmente depositada en almacenes generales”.

El Código Alemán en lo que al contrato de prenda se refiere, sigue su abolengo romano, del que no ha podido desentenderse, estableciendo en su artículo 1205 que para establecer el derecho de prenda será preciso que el propietario entregue la cosa al acreedor, y que ambos estén de acuerdo con el objeto de la garantía.

El Código Suizo que rige desde 1912 establece al igual que todas las legislaciones, la precisa entrega de la cosa, para que el derecho de prenda exista, no constituyéndose ésta mientras el deudor conserve exclusivamente el dominio útil de aquella. No es sin embargo ese precepto de carácter absoluto; entre las excepciones que tiene podemos citar la comprendida en el artículo 885 al establecer que los derechos de prenda sobre el ganado podrán constituirse sin transmitir la posesión, por una inscripción en el Registro público, y mediante aviso dado a la oficina de embargos, para garantizar los derechos de establecimientos de créditos y de sociedades cooperativas, que hayan obtenido de las autoridades competentes del Cantón en donde tienen su residencia el derecho de realizar esas operaciones.

De los pueblos de América nos limitaremos a mencionar al Brasil. A consecuencia de la celebración de un Congreso Agrí-

cola celebrado en 1878, se dictó la Ley de 5 de Noviembre de 1885 que admite la prenda en poder del deudor. En 23 de Enero de 1886 se promulgó un decreto para la ejecución de esa Ley y en 2 de Mayo de 1890 el Reglamento para la ejecución de la Ley Hipotecaria de 19 de Enero de 1890; y en esa Ley se establece en su artículo 108 que “el objeto constituido en prenda quedará en manos del propietario, que la poseerá a nombre del acreedor sin que pueda distraerla ni disponer de él bajo responsabilidad penal como depositario, para los efectos de derecho”.

## VII

La naturaleza y los límites de este trabajo no permiten entrar en detalles. Nos basta haber enunciado solamente un concepto, que, bien estudiado, podrá ser fecundo en útiles resultados. En la reforma que pedimos, se revela la expresión de una tendencia general de los tiempos modernos, y que de cualquier modo, hay por fuerza que obedecer, porque sería vano ir contra la nueva dirección que está obligado a seguir el derecho civil. Con razón ha dicho Cimbali que el movimiento de la Historia es fatal; a los hombres no le es dado otra cosa que percibirlo y, pudiendo conocerle, facilitarlo. Si este movimiento también revela, como en otras ramas, aún en la esfera del derecho civil, quiere decir que también para él ha llegado el tiempo de un radical transformación, que le coloque en situación de adquirir las condiciones para adaptarse a las exigencias presentes de la civilización, y de la necesidad de tomar una forma y una organización correspondiente a los otros organismos de la vida social.

Solo nos resta para terminar hacer una súplica.

No se nos oculta lo difícil que será obtener del Congreso de la Nación una reforma total de nuestro Código Civil, como se pretende en este Congreso Jurídico, por razones que no he de ex-

poner en este momento; pero dada la importancia que para nuestra agricultura tiene el problema de la prenda agrícola, propondríamos que, a reserva de acometer esa reforma tan extensa, se limitara de momento a la de la prenda. Si ésto se consiguiera, habríamos realizado un trabajo esencialmente fecundo en estas sesiones.







# LA CARRERA COMERCIAL

---

**¿Como puede una Nación preparar de la manera más efectiva a sus jóvenes para la carrera comercial que deba emprenderse, bien sea en dicha Nación o en un país extranjero? (1)**

---

La legislación que rige en Cuba y que reglamenta los estudios de comercio, es la Orden N° 470 de 15 de Noviembre de 1900 que establece la forma en que ha de hacerse esa clase de estudios.

Según esa orden, la carrera comercial debe cursarse en la Escuela de Comercio, anexa al Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana, y que es la única que existe en la República, aprobándose las siguientes asignaturas: Aritmética y Algebra, Geografía universal, Cálculos mercantiles, Teneduría de libros y contabilidad aplicada al comercio, empresas y oficinas públicas, Práctica de comercio, Geografía industrial y comercial, Economía política y nociones de hacienda pública, Estadística, Legislación mercantil, Derecho internacional mercantil, Historia del comercio, Historia y reconocimiento de los productos comerciales, Idioma inglés, Idioma francés.

---

(1) Estudio presentado ante el Segundo Congreso Científico Panamericano celebrado en Washington, E. U. de A., de Diciembre de 1915 a Enero de 1916.



Con el estudio y aprobación, mediante exámenes de esas materias, se obtiene el título de Profesor mercantil. La práctica hasta ahora seguida es la de agrupar las materias de manera que se empleen cuatro años en obtener ese título; pero esta distribución no está sancionada por la ley; porque ésta exige únicamente, que el estudio debe hacerse cuidando que la Aritmética y álgebra preceda a los Cálculos mercantiles y teneduría de libros, y éstos a la Práctica de comercio; la Geografía universal y Estadística a la Geografía industrial y comercial, y la Legislación mercantil al Derecho mercantil internacional. Observando estas precedencias, la carrera de Profesor mercantil puede cursarse en tres años legalmente.

Poca utilidad presta ese título académico en Cuba. No por que creamos que la organización de la Escuela sea deficiente; sino porque desde tiempo inmemorial, se le ha prestado poca o ninguna atención.

En Cuba, país eminentemente comercial y agrícola, se nota que la inmensa mayoría de sus hijos, dedican sus aficiones a las carreras de abogados y médicos, en primer lugar, abandonando toda otra dirección por estimarla poco productiva. Desde que ocurrió en Cuba el cambio político y se constituyó en nación independiente, se ha iniciado una favorable reacción en favor del comercio, pero no de los estudios comerciales. Hoy se ven las casas de bancas ocupadas en su gran mayoría, por un personal compuesto de hijos del país, que desempeñan los cargos más importantes, pero que no han pasado por un establecimiento técnico que les haya dado la preparación necesaria a ese objeto. Ellos se preparan y adquieren esos conocimientos, prácticamente, e ignoran, como es consiguiente, aquella materia que debe conocer un comerciante y que no se adquieren sino en academias y escuelas.

Nosotros entendemos que dentro del plan de estudio de una Escuela de Comercio deben comprenderse todas aquellas direcciones de la actividad que se relacionen con el comercio. Por eso, con muy buen acuerdo, las Escuelas de París y Amberes,

comprenden, como una rama de la carrera comercial, los estudios que deben hacer los agentes consulares y otros cargos afines.

En Cuba, por abandono de los llamados a atender estos asuntos, se ejercen muchas profesiones y destinos, para los cuales debían exigirse estudios especiales. Así tenemos, por ejemplo, los agentes de comercio, los periciales de aduanas, los miembros de la junta de protestas sobre aforos de aduanas, los cónsules, fieles almotacenes, contadores, y tenedores de libros de las oficinas públicas del Estado, la Provincia y el Municipio y otros por el estilo.

Claro es que esos estudios que hoy se cursan en la Escuela de Comercio de la Habana, deben ser ampliados para que dentro de su medio de acción comprendan a esos cargos especiales, ampliación fácil de hacer, porque la base o fundamento está hecho ya.

A ese cuadro de estudios establecidos en Cuba por la citada Orden 470 de 1900, debían agregarse las siguientes materias: Legislación y práctica fiscal y aduanera, legislación mercantil extranjera comparada, nociones de derecho civil y administrativo, legislación sobre marcas y patentes, redacción de instrumentos públicos y documentos comerciales, idioma alemán.

Esta ampliación de estudios abarca, como se ve, las carreras consulares y todo lo que a las aduanas se refiere, haciendo que el estudiante sea apto para el desempeño de dichos cargos, y sepa, ya que los cónsules tienen funciones notariales, redactar documentos de esta clase. Conviene sí, que la "Práctica del Comercio", se concrete especialmente al estudio de los bancos y bolsas a fin de comprender a los agentes y corredores de comercio. A los idiomas francés e inglés, convendría agregar el alemán, ya que el desarrollo comercial de Alemania es tan grande desde 1870 a la fecha, que aconseja el aprendizaje de ese idioma.

Todos estos estudios deben hacerse con marcada dirección práctica, por ser ésta la única manera de obtener un satisfactorio resultado en la enseñanza.

Creemos, pues, que el plan o cuadro de estudios que debe seguirse para una carrera comercial, es el siguiente: Teneduría

de libros y contabilidad en general aplicada al comercio, práctica del comercio, especialmente en bancos y bolsas, geografía industrial y comercial, economía política y hacienda pública con relación al comercio, estadística aplicada al comercio, legislación mercantil, derecho mercantil internacional, nociones de derecho civil y administrativo, legislación sobre marcas y patentes, historia del comercio, reconocimiento de productos comerciales, idiomas inglés, francés y alemán, legislación y práctica fiscal y aduanera, legislación y práctica consulares, legislaciones mercantiles extranjeras comparadas, redacción de instrumentos públicos y documentos comerciales.

No pedimos exclusivamente para nuestra nación ese plan: pensamos que debe ser general, porque estimamos que no son necesarios ni más ni menos estudios para obtener una instrucción suficiente para una carrera comercial.

Poco nos debe importar la distribución de esas materias en cursos, si bien deben observarse las naturales incompatibilidades que deben resultar y resultan del estudio simultáneo de alguna de ellas.

Creemos innecesario hacer distribuciones respecto a las clases de Escuelas en las cuales deben hacerse los estudios; porque consideramos que tanto en las Escuelas que forman parte del sistema escolar público, como en las sostenidas por dotaciones particulares, así como en las escuelas especiales de comercio que se hallen bajo la administración particular, la enseñanza debe ser uniforme y exigida por el gobierno. No se nos oculta que esas exigencias tienen sus límites naturales y legales; pero su radio de acción debe hacerse sentir no dando validez académica a los estudios hechos en forma distinta de la acordada por el Estado o por lo menos validez oficial para el desempeño de cargos públicos utilizados por el Estado.

El plan de estudios que proponemos es el que a nuestro juicio prepara mejor a los jóvenes para aprender la carrera comercial y que más se adapta a nuestro sistema educativo, y creemos que con muy poca diferencia es el que se sigue en casi todas las

escuelas de comercio, y no sería difícil adoptar un plan uniforme de instrucción mercantil para todos los países panamericanos.

Ahora bien; ese plan de estudios comprende toda la actividad comercial y tal vez parezca muy vasto. Este defecto aparente se podría remediar con facilidad, haciendo o creando dentro del plan general, determinadas secciones para carreras especiales, que no necesitan estudios tan extensos, dejando la totalidad de éstos para los que deseen obtener, entre nosotros, el título de Profesor Mercantil, y en otros países el de Doctor en ciencias comerciales u otro título cuya denominación uniforme se acuerde.

Para que pueda apreciarse el plan de estudios que proponemos y sus diversas secciones, vamos a presentar el esquema de dichos estudios, expresando las carreras y las asignaturas que deben cursarse.

## I

**Profesor Mercantil, Dr. o Licenciado en Ciencias Comerciales.**—Teneduría de libros y contabilidad en general aplicada al comercio, práctica del comercio especialmente en bancos y bolsas, geografía industrial y comercial, economía política y hacienda pública, con relación al comercio, estadística aplicada al comercio, legislación mercantil, historia del comercio, reconocimiento de los productos comerciales, legislación mercantil internacional, nociones de derecho civil y administrativo y legislación sobre marcas y patentes, legislación y práctica fiscal y aduanera, legislación y prácticas consulares, legislaciones mercantiles extranjeras comparadas, redacción de instrumentos públicos y documentos comerciales, idiomas inglés, francés y alemán.

## II

**Agentes mediadores de comercio (agentes de cambio y bolsas y corredores de comercio).**—Teneduría de libros y contabi-

lidad en general aplicada al comercio, práctica del comercio, especialmente en bancos y bolsas, legislación mercantil, reconocimiento de productos comerciales, redacción de instrumentos públicos y documentos comerciales, idiomas—inglés, francés y alemán, legislación sobre marcas y patentes y legislación y práctica fiscal y aduanera.

### III

**Vistas o periciales de aduanas.**—Teneduría de libros y contabilidad en general aplicada al comercio, estadística aplicada al comercio, legislación mercantil, legislaciones mercantiles extranjeras comparadas, derecho mercantil internacional, reconocimiento de productos comerciales, legislación y práctica fiscal y aduanera, idiomas: inglés, francés y alemán, legislación sobre marcas y patentes.

### IV

**Agentes o corredores de aduanas.**—Teneduría de libros y contabilidad en general aplicada al comercio, legislación mercantil, legislaciones mercantiles extranjeras comparadas, reconocimiento de productos comerciales, legislación y práctica fiscal y aduanera, estadística aplicada al comercio, idiomas—inglés, francés, y alemán, legislación sobre marcas y patentes.

### V

**Carrera consular.**—Teneduría de libros y contabilidad en general aplicada al comercio, estadística aplicada al comercio, legislación mercantil, nociones de derecho civil y administrativo y práctica fiscal aduanera, idiomas: inglés, francés y alemán, extranjeras comparadas, derecho mercantil internacional, geografía industrial y comercial, reconocimiento de productos comerciales, legislación y práctica consulares, redacción de ins-

trumentos públicos y documentos comerciales, legislación y práctica fiscal y aduanera, idiomas: inglés, francés y alemán, historia del comercio.

## VI

**Peritos tasadores.**—Geografía industrial y comercial, legislación mercantil, reconocimiento de productos comerciales, legislación y práctica fiscal aduanera, idiomas: inglés, francés y alemán, legislación sobre marcas y patentes.

Estas son las secciones que podrán comprenderse dentro de la carrera comercial, reglamentando los estudios en cursos para su aprendizaje.

Como se comprenderá fácilmente, puede esa distribución ser objeto de modificaciones, pero en lo fundamental debe existir.

Bien ha hecho la sub-sección 10 sobre instrucción comercial, de la sección IV del Congreso en dedicar su atención a este problema, porque desde hace largo tiempo, a los estudios comerciales no se les dedica la atención que se merecen.

Con razón ha dicho M. Léautey que a las clases superiores repugna el comercio; la clase media no le da sino los menos inteligentes y los menos instruídos de sus hijos; las clases inferiores ponen a los jóvenes estudiosos en las escuelas del Estado. Y cuando los unos y los otros, de estas dos últimas clases, se deciden, faltos de medios, a dirigir a sus hijos a los estudios comerciales, es porque creen que esta carrera no necesita de otra preparación que la de la práctica. Esto, como se comprenderá fácilmente, es erróneo.

Hoy por fortuna se empieza a ver la necesidad e importancia de los estudios comerciales; se reconoce con justa razón, que la formación de un buen comerciante exige tanto método, estudio y esfuerzos, como la de abogado, médico o ingeniero; y es que el campo de acción del comercio es considerable, dado el desenvolvimiento que cada día adquiere, debido a los múltiples medios de comunicación.

El comercio reclama hoy hombres instruídos, científicos; no prácticos, y lejos de condenar a una vida monótona y pasiva al individuo, como afirman algunos, exige de éste un espíritu siempre despierto y una inteligencia siempre viva.

Una educación técnica comercial es necesaria para el engrandecimiento de la nación, y por eso debemos propender a que los ciudadanos adquieran esos conocimientos sólidamente, a fin de que constituyan hombres de acción y sean el exponente de la cultura de su patria, ya que el comercio, según se ha dicho, es el vehículo más poderoso de la civilización y el progreso.

---



# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria .....	5
Derecho de familia. ¿Hasta qué punto nuestra legislación civil, res- pecto a las relaciones de familia, es inadecuada a nuestro medio social? .....	7
La trata de chinos en Cuba.....	23
El estanco del tabaco en Cuba. 1698-1817.....	45
Los grandes imperios del Perú y México.....	67
Advertencia .....	69
Primera parte: Imperio del Perú.....	71
Segunda parte: Imperio de México.....	97
Bibliografías .....	131 y 133
La prenda agrícola.....	135
¿Cómo puede una nación preparar de la manera efectiva a sus jó- venes para una carrera comercial que deba emprenderse bien sea en dicha nación o en un país extranjero?.....	155

---





In compliance with Section 108 of the  
Copyright Revision Act of 1976,  
The Ohio State University Libraries  
has produced this facsimile on permanent/durable  
paper to replace the deteriorated original volume  
owned by the Libraries. Facsimile created by  
Acme Bookbinding, Charlestown, MA



2002

The paper used in this publication meets the  
minimum requirements of the  
American National Standard for Information  
Sciences - Permanence for Printed Library  
Materials,  
ANSI Z39.48-1992.



